



CARLO COLLODI

*Las aventuras de Pinocho*

Introducción de JACK ZIPES

Lectulandia

Aunque se trata de una de las historias más célebres del mundo, *Las aventuras de Pinocho* es al mismo tiempo una obra en gran medida desconocida. Las aventuras de un trozo de madera parlante no son aquí un cuento moralizante ni sentimental, sino un relato profundamente subversivo sobre la infancia perdida, transido de crueldad, magia y sátira, en el que se entreveran la picaresca, el teatro callejero y los cuentos de hadas de un modo que anticipa el surrealismo e incluso el realismo mágico.

Jack Zipes, eminente estudioso de la narrativa fantástica popular, firma la introducción que abre el presente volumen. La traducción al castellano es fruto del laborioso trabajo de Miquel Izquierdo, que dota a este clásico insoslayable de una actualidad palpitante.

### **Paul Auster dijo...**

«Comparable a *En busca del tiempo perdido* de Proust, la historia de Collodi constituye la búsqueda de una infancia perdida.»

**Lectulandia**

Carlo Collodi

# **Las aventuras de Pinocho**

**Penguin Clásicos**

ePub r1.0

Titivillus 03.08.16

Título original: *Le avventure di Pinocchio*  
Carlo Collodi, 1883  
Traducción: Miquel Izquierdo  
Comentarista: Jack Zipes

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## INTRODUCCIÓN

Si uno confiara en la versión estadounidense de Walt Disney de *Pinocho* (1940), creería que al final de sus andanzas la marioneta de madera se convierte en humano y acaba siendo un niño feliz. Después de correr innumerables aventuras, Pinocho aprende que la honestidad es la mejor de las reglas con que regirse, mensaje que ha ido reiterando Pepito Grillo, la voz moral de la película. Sin embargo, la novela italiana de Carlo Collodi que vio la luz en 1883 se aleja, y mucho, de esta descripción. Es cierto que Pinocho se alegra de convertirse en humano al final de la historia, pero cada capítulo posee un elemento tragicómico que provoca que uno se pregunte por qué la marioneta debe soportar tanto sufrimiento para convertirse en un chico honesto y correcto. ¿Pretendía el autor ejemplificar con Pinocho, el arquetipo del buen chico malo, que hay que aprender a asumir la responsabilidad de los propios actos? ¿O bien pretendía mostrar la dura realidad de la infancia de los pobres en la Italia del siglo XIX? ¿O acaso es Pinocho una reflexión crítica sobre la infancia del escritor? Al fin y al cabo, Carlo Collodi no nació en el seno de una familia adinerada, ni con el apellido Collodi. Sus padres eran sirvientes, por lo que las probabilidades de que acabara siendo un periodista importante o un escritor famoso eran muy pocas. Su propia educación y evolución tienen un aire a cuento de hadas, de modo que para poder entender exactamente por qué su Pinocho, en contraste al personaje de Walt Disney, es así de tragicómico, tendríamos a bien observar la vida y la época en que vivió Collodi.

Nacido en Florencia el 24 de noviembre de 1826 bajo el nombre de Carlo Lorenzini, Collodi se crió en el seno de una familia de clase baja junto con nueve hermanos, de los cuales solo dos sobrevivieron, debido a las precarias condiciones en las que vivían. Sus padres, Domenico y Angela Lorenzini, eran sirvientes del marqués Lorenzo Ginori, un aristócrata rico que pagó la educación de Collodi. De hecho, sin su ayuda nunca habría ido a la escuela. Sus padres eran muy pobres y tenían tantos hijos que mandaron a su primogénito, Carlo, a vivir con sus abuelos al pequeño pueblo natal de su madre, Collodi, a las afueras de Florencia. Cuando cumplió diez años, el marqués Ginori, a modo de «hado padrino», se ofreció a correr con los gastos de sus estudios y envió al joven Carlo a estudiar sacerdocio en el seminario de Colle di Val d'Elsa. Collodi era travieso por naturaleza y le desagradaba la disciplina monástica, así que pronto se dio cuenta de que no estaba destinado a convertirse en cura. A los dieciséis años empezó a estudiar filosofía y retórica en el instituto de los padres escolapios de Florencia. Dos años después encontró un trabajo en la librería Piatti, un establecimiento de renombre donde ayudó a elaborar catálogos a Giuseppe Aiazzi, uno de los especialistas en manuscritos antiguos más importantes de Italia. En

aquella época Collodi conoció a muchos intelectuales y periodistas, y despertó su interés por la literatura. En 1848, sin embargo, se vio arrastrado por el fervor patriótico a tomar parte en la lucha por la independencia de Italia contra los austríacos. Después de la derrota de las tropas italianas aquel mismo año, tuvo la suerte de conseguir un puesto como funcionario en el gobierno municipal de Florencia mientras, a la vez, ejercía como periodista, editor y dramaturgo. En 1853 fundó la revista de sátira política *Il Lampione* con el propósito de alumbrar a sus compatriotas sobre la opresión política, pero pronto se prohibió su publicación porque el Gran Duque, leal a las autoridades austríacas, consideraba subversivos sus polémicos escritos. Sin darse por vencido, Collodi fundó otro periódico, *Lo Scaramuccia* (1854),<sup>[1]</sup> más versado en teatro y artes que en política, y que se comercializó hasta 1858. Aparte de publicar numerosos artículos, también intentó escribir comedias, pero no gozaron de mucho éxito. En realidad, gozaba de mayor éxito con la política, y era un conocido activista entre los círculos liberales.

Cuando estalló la segunda guerra de la Independencia en 1859, Collodi se presentó voluntario para la caballería, y esta vez vencieron los italianos. No solo derrotaron a los austríacos en el norte de Italia, sino que además, en 1861, Giuseppe Garibaldi unificó casi todo el país. Fue en el período entre 1859 y 1861 cuando Collodi, todavía conocido como Lorenzini, se vio envuelto en una discusión sobre la unificación italiana con el profesor Eugenio Alberi de Pisa, un reputado periodista político. Para contestar a la postura contraria de Alberi, Collodi escribió un panfleto que reivindicaba la nueva Italia, titulado *Il signor Alberi ha ragione! Dialogo apologetico* (1860), y lo firmó con el seudónimo de Collodi, en honor a la aldea natal de su madre. Esa fue la primera vez que usó tal nombre, sin saber que así sería como acabaría resultando conocido mundialmente, sobre todo tras la publicación de un libro para niños.

A pesar de estar convencido de que la unificación era positiva para Italia, Collodi pronto se percató de que los cambios sociales que se esperaban para todos los italianos nunca ocurrirían. Al contrario, la nobleza se aprovechó de la derrota de los austríacos para perpetuar la corrupción existente en un gobierno que apoyaba el desarrollo de la industria y de las clases acomodadas. Él, no obstante, fue afortunado, pues desde 1860 hasta 1881 mantuvo el cargo de funcionario en la comisión de censura teatral y en la prefectura de Florencia. Estos puestos de trabajo le permitieron convertirse en el director de escena del Teatro della Pergola de Florencia y participar en el comité editorial que emprendió la investigación para crear una enciclopedia del dialecto florentino. Con todo, Collodi, que seguía firmando con su nombre, no abandonó su carrera como periodista ni escritor independiente. De hecho, publicó una serie de cuentos en *Io Fanfulla. Almanacco per il 1876* (1876) y en *Il Novelliere* (1876), los cuales fueron reescritos como escenas de la vida florentina y publicados en *Macchiette* (1880), el primer libro que firmó con el seudónimo de Collodi. Además, tradujo una selección de relatos franceses del siglo XVIII de Charles Perrault,

madame d'Aulnoy y madame Leprince de Beaumont, publicados en 1876 bajo el título *I raconti delle fate*. En 1879 decidió versionar los cuentos didácticos del escritor italiano del siglo XVIII Parravinci en el libro *Giannettino*, el primero de una saga que continuó con *Il viaggio per l'Italia* (1880), *La grammatica de Giannettino* (1882), *L'abbaco di Giannettino* (1885), *La geografia di Giannettino* (1886), entre otros, todos ellos libros de texto para niños de primaria.

Todos estos trabajos prepararon el camino para *Las aventuras de Pinocho*, aunque en realidad no fuera concebido como un libro. El verano de 1881 los editores de un semanal infantil, *Il giornale per i bambini*, encargaron a Collodi una serie de cuentos, el primero de los cuales, publicado en julio de aquel mismo año, se tituló «Storia di un burattino». Durante los dos años siguientes, Collodi siguió escribiendo las historias de Pinocho para el semanal, y en 1883 Felice Paggi las reunió en un libro que llevaba por título *Las aventuras de Pinocho*. A pesar de que el volumen fue todo un éxito, y que cuando Collodi murió en 1890 ya había alcanzado la cuarta edición, el autor nunca obtuvo beneficios de su comercialización ya que no existían leyes de derechos de autor que ampararan a los escritores. El libro fue traducido por primera vez al inglés en 1892 por Mary Alice Murray, y a mediados del siglo XX ya se había publicado en cien lenguas diferentes, y se había abreviado, censurado, parodiado y adaptado al teatro, al cine y a la televisión.<sup>[2]</sup> Que gozara de tanta popularidad se debe seguramente al hecho de que *Pinocho* es una historia simbólica sobre la infancia que trasciende su origen italiano y habla tanto a los jóvenes como a los ancianos de la formación de un gándul. Es la historia consumada del Horatio Alger del siglo XIX, un cuento sobre cómo salir adelante con los propios medios, que demuestra que hasta un trozo de madera tiene la capacidad de ser bueno, humano y útil para la sociedad. Además, es también una historia de castigo y conformidad, un relato sobre una marioneta que, sin cuerdas, está atada a la coacción social de tal forma que no puede seguir su propio camino, sino que lo manejan fuerzas superiores, simbolizadas por el Hada y Geppetto. Es gracias a esta tensión tragicómica que el personaje de Pinocho vive y atrae a todos los públicos. Y aún más relevante resulta la estructura de cuento, que reviste los episodios de optimismo y nos permite olvidar hasta qué punto la infancia puede llegar a ser dura y traumática, sobre todo la infancia en la Italia del siglo XIX.

En este sentido es importante recordar la manera única con que Collodi empieza *Las aventuras de Pinocho*:

Érase una vez...

—¡Un rey! —dirán enseguida mis pequeños lectores.

No, chicos, os habéis equivocado. Érase una vez un trozo de madera.

El autor plantea desde un buen principio que trabajará la tradición cuentística de una forma muy innovadora, igual que habían estado haciendo en Inglaterra William Thackeray (*La rosa y el anillo*, 1855), Lewis Carroll (*Alicia en el País de las*

*Maravillas*, 1865) y George MacDonald (*La princesa y los trasgos*, 1872). Como Hans Christian Andersen, que había empezado a escribir sus inusuales relatos en 1835, Collodi fusionó géneros basados tanto en el cuento oral popular como en el literario para crear su propio mundo mágico habitado por criaturas estrambóticas. Dar la vuelta a los géneros y al mundo real le sirvió para cuestionar las normas sociales de su época y poner en duda las nociones sobre la infancia.

Collodi, de forma consciente, usa el folklore para jugar con la tradición universal de los «Jack tales»<sup>[3]</sup>, que normalmente tratan sobre un chico ingenuo y bienintencionado que, a pesar de no ser muy listo, se las compone para llevar una buena vida y superar todos los peligros que encuentra. A veces, incluso, al final del relato acaba siendo rico y exitoso, pero en general ya se da por satisfecho solo con volver a casa sano y salvo. En Italia hay una larga tradición de cuentos orales sobre campesinos desmañados, cuya ingenuidad es una bendición que les permite vencer las dificultades aventura tras aventura. También en la Toscana, la región donde creció Collodi, eran costumbre los cuentos sobre sus habitantes, como «El florentino», de Italo Calvino, publicado en *Cuentos populares italianos*, y en el que se narra la historia de un joven florentino que cree que es un zopenco porque nunca ha salido de Florencia y no tiene aventuras que contar. Cuando se marcha de su ciudad para viajar casi pierde la vida en el enfrentamiento contra un gigante despiadado, del que consigue escapar, pero pierde un dedo en el intento. Después de esta aventura, a su regreso a Florencia, ya está curado de las ganas de ver mundo. Lo significativo en todos los cuentos de este estilo, sin importar el país o región de origen, es que la «bondad» esencial del protagonista —es decir, su buena naturaleza— lo protege de las fuerzas del mal, y en muchos casos aprende a usar su ingenio para engañar a los enemigos que lo quieren confundir o aprovecharse de él.

Los cuentos de «Jack», género que prevalece en muchas naciones, no abundan en la tradición literaria europea, porque aquí las narraciones estaban destinadas a adultos de determinada clase social. Los campesinos desmañados no despertaban ningún interés a las clases educadas, excepto como objeto de burla. Sin embargo, las narices sí que gozaban de gran éxito, y Collodi lo sabía gracias a los cuentos franceses que había traducido. Por ejemplo, en el relato de Charles Perrault «Los deseos ridículos» (1697), un leñador maldice a su esposa, a quien se le pega una salchicha a la nariz. En el cuento de madame Leprince «Prince Désir» (1757), un príncipe nace con una nariz muy larga y obliga a todos sus vasallos a pensar que las narices largas son las más bonitas hasta que una vieja hada lo castiga por su arrogancia y vanidad. Además de las narices, el burro o el asno también resultaban familiares y atractivos. El ejemplo más famoso es *El asno de oro* de Apuleyo, escrito en el siglo II, que cuenta la historia de Lucio, un hombre joven que se convierte en asno a causa de llevar una vida decadente, y que para volver a su forma humana debe probar a la diosa Isis que conoce el verdadero significado del amor. Hay un gran número de cuentos populares y de hadas, desde *Sueño de noche de verano* de Shakespeare (1600) hasta *El pequeño*



*Muck* de Wilhelm Hauff (1827), en los cuales un hombre es convertido en asno como castigo por un comportamiento inmoral o estúpido. Los tópicos de la nariz extraordinaria o de la transformación en asno, en efecto, atraían a Collodi, pero no son solo ellos los que hacen tan especial la historia de *Pinocho*. Lo que de verdad la convierte en una historia fascinante es esa combinación de las tradiciones popular y literaria que refleja la situación de los niños pobres, analfabetos y traviesos durante la segunda mitad del siglo XIX en Italia. Además, Collodi nunca escribió tan solo para lectores jóvenes. Su obra pretendía llegar también a los adultos, con la intención de sugerir una forma de educar a los niños, en especial a los que parecían tener más dificultades.

Si se lee como una especie de *Bildungsroman*, como un cuento de hadas con la estructura de una novela de aprendizaje, se puede interpretar que *Las aventuras de Pinocho* son la representación de cómo los niños pobres, si se les da la oportunidad, pueden responsabilizarse de ellos mismos y de sus familias, y convertirse en personas de provecho para la sociedad y en seres humanos compasivos. Después de todo, Pinocho está literalmente tallado en madera, una sustancia inanimada, y se convierte por arte de magia en un niño humano, a cargo del bienestar de su pobre padre. El tema de la educación o de la evolución, sin embargo, es muy complejo, pues en un principio Collodi no tenía planeado dejar que Pinocho creciera. De hecho, había intentado terminar la serie publicada en *Il giornale per i bambini* en el capítulo 15, donde el protagonista acaba colgado de la rama de un roble, visiblemente muerto. Incluso llevaba impresa la palabra «finale» al final del episodio cuando apareció en la entrega del 10 de noviembre de 1881, pero al recibir tal alud de quejas por parte de los lectores, tanto jóvenes como adultos, Collodi se vio forzado a retomar las aventuras de Pinocho en el periódico del 16 de febrero de 1882. En otras palabras, se obligó al autor a «educar» a su protagonista de madera a pesar de la perspectiva pesimista inicial. De un modo irónico, el autor puso en duda desde el principio el tema principal de la obra, la evolución de un trozo de madera en niño, de la misma forma que cuestionó la estructura optimista de los cuentos de hadas. Este cuestionamiento es consecuencia de la tensión entre el escepticismo y el optimismo en la novela. Además, la propia estructura de los episodios también contribuye a esa tensión porque nunca se concibieron para culminar en una novela, de la misma forma que Pinocho nunca se concibió para que acabara siendo un humano. En principio tenía que servir como un ejemplo negativo de lo que le sucede a un niño pobre que, a la que tiene la oportunidad de prosperar en la sociedad, sucumbe a las tentaciones del placer. La decisión de ahorcarlo en el fascículo de noviembre de 1881 de *Il giornale per i bambini* suponía un castigo por el mal comportamiento y la ignorancia de Pinocho. Pero, como ya he mencionado, no se permitió que el ahorcamiento durara mucho.

Collodi concibió cada capítulo para el periódico de tal forma que se mantuviera el interés de los lectores por el extraño destino de un trozo «vivo» de madera que se

convierte en una marioneta. Y lo consiguió a través de la ironía y el suspense. Sin caer en lo predecible, casi cada episodio empieza con una situación extraña que lo arrastra hacia la tragedia y que roza el ridículo al mismo tiempo. Sin embargo, Collodi creó un mundo de cuento de hadas patas arriba que recordaba en cierto modo a la Toscana, pero que cambiaba la forma sin cesar, en el que cualquier cosa era posible, y jugaba con picardía con los lectores, dejándolos en suspenso al final de cada capítulo. Cada episodio es un embrollo, y un embrollo lleva a otro. Nunca terminaba ningún capítulo. Hasta el mismo final del libro puede considerarse «inacabado», pues es incierto lo que le depara a Pinocho una vez convertido en humano. Todavía es un niño, dispone de muy poco dinero y no tiene estudios. Nada indica que vaya a prosperar como lo suele hacer el protagonista de un cuento de hadas tradicional, por mucho que haya desarrollado el sentido de la responsabilidad y de la compasión. Pinocho sobrevive a la infancia y se le ha civilizado para encaminarse hacia la edad adulta, pero no queda claro hacia donde dará el primer paso.

Dado el carácter inacabado de la evolución de Pinocho, el mayor y más persistente interrogante que surge a lo largo de este cuento de hadas transformado en novela de aprendizaje es si merece la pena volverse «civilizado». Es lo que Mark Twain se preguntaba en la misma época, cuando escribió *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884), pues de algún modo su protagonista es la versión americana de Pinocho, porque los dos chicos se ven expuestos con brutalidad a la hipocresía de la sociedad, y además les obligan a adaptarse a los valores y normas que en un principio les llevarán a triunfar. Huck acaba rechazando la civilización, mientras que Pinocho hace las paces con la ley y el orden.

Además, por último, Collodi hace que nos preguntemos de dónde ha surgido esta socialización, y si nos fijamos en cómo la gente y las fuerzas sociales de su alrededor tratan al inocente trozo de madera, cuyos pecados consisten en ser travieso e ingenuo, descubriremos que hay algo trágico en la forma en que le pegan y lo someten para domesticarlo. Desde el principio, los orígenes de Pinocho están marcados por el hecho de que Geppetto talle la marioneta en forma de niño porque quiere ganarse la vida con él. Por decirlo de forma simple, su padre lo «pare» porque quiere usarlo para embolsarse dinero. Geppetto no tiene ningún interés en averiguar quién es su hijo ni qué deseos tiene. Es una inversión de futuro. Esto no implica que Geppetto sea un padre insensible, pero su relación con Pinocho es ambivalente a causa de su deseo inicial de crear una marioneta que sepa bailar, hacer esgrima y dar saltos mortales para ganarse un mendrugo de pan y un vaso de vino. En otras palabras, se supone que Pinocho tendrá que complacerle, y Geppetto, literalmente, tiene en sus manos los hilos de su destino. En el capítulo 7, después de que Pinocho pierda los pies, Geppetto se niega a hacerle unos nuevos, pero Pinocho le convence diciéndole: «Le prometo, papá, que aprenderé un oficio y que seré el consuelo y el báculo de su vejez». Geppetto cumple el deseo de su marioneta, y esta le demuestra su gratitud

expresándole el deseo de asistir a la escuela. Poco después se conmueve cuando Geppetto vende su zamarra para poder comprarle el abecedario que necesita para estudiar. Collodi escribe: «Y Pinocho, aunque fuese un chico muy alegre, se entristeció también; porque la miseria, cuando es auténtica miseria, la entienden todos, hasta los niños».

Por un lado, Pinocho quiere existir y socializa para satisfacer a su padre; y por otro, no puede controlar sus instintos naturales, que lo llevan a explorar el mundo y a buscar el placer. Atrapado en un dilema (complacer a su padre significa renunciar a los placeres), Pinocho, como niño pobre y analfabeto, debe aprender que «pueden pasar mil cosas», como dice Geppetto; es decir, puede ser físicamente sometido y obligado a ejercer como un trabajador de provecho, con los instintos rebeldes reprimidos. El autor muestra con un minucioso análisis de clase que los italianos pobres de aquella época no tenían otra elección si querían prosperar en la vida. Usando a Pinocho como una figura simbólica, Collodi tortura y castiga a la marioneta cada vez que se desvía de la norma y del comportamiento aceptable: pierde las piernas porque se le queman, le crece la nariz cuando miente, lo cuelgan del roble, lo meten en la cárcel cuatro meses, un granjero lo captura y lo utiliza de perro guardián, un pescador lo captura con una red y casi lo fríe como si fuera un pescado, se transforma en burro, lo obligan a trabajar en un circo, casi se ahoga para evitar que lo despellejen y se lo traga el escualo gigante.

Collodi no era para nada un sádico en su forma de educar a los niños. Él, sobre todo, creía en «el que evita la vara, estropea a su hijo», pero disfrutaba representando castigos desproporcionados para los «crímenes» de los jóvenes. A propósito de esto, se aprecia un paralelismo interesante con el libro ilustrado de cuentos infantiles del siglo XIX *Pedro Melenas* (1845), de Heinrich Hoffmann, que contiene siete hilarantes historias aleccionadoras en verso. Sin afectación, cada uno de los relatos ilustrados de Hoffmann cuenta a los niños con detalles muy gráficos qué les ocurrirá si no hacen lo que les mandan. Con la excepción de la historia de Paulina y los cerillos y la del cazador desalmado, todos sus versos ingeniosos tratan sobre niños malcriados que reciben sus merecidos castigos por desobedecer las normas burguesas de la decencia. Así, Federico debe guardar cama con mucho dolor mientras el perro que ha maltratado se come su apetitosa cena; un sastre le corta los pulgares a Conrado porque no deja de chupárselos; y Juan se cae en un río, pierde la cartera y casi la vida porque no mira por dónde pisa. En estas historias los versos son más crueles que en *Las aventuras de Pinocho*, pero lo importante es que tanto Hoffmann como Collodi son muy representativos de la idea general que se tenía en Europa sobre qué actitud debía tenerse con los niños y sobre la importancia del castigo corporal. Ambos apoyaban la educación moral y rigurosa y al mismo tiempo, de un modo inconsciente, la cuestionaban a través de los retratos cómicos de sus buenos chicos malos.

Las formas de castigo de la novela de Collodi son, por supuesto, tan absurdas que pueden hacer reír a los lectores, pero la risa se mezcla con el alivio de no tener que

sufrir esas torturas. Además, esa risa es instructiva, pues van aprendiendo qué deben evitar a través de los errores de Pinocho y cómo alcanzar la dignidad. Es la consecución de esa dignidad personal como ser humano el elemento más crucial del fin de las aventuras de Pinocho. Como en la mayoría de cuentos de hadas, el protagonista se ve obligado a cumplir una serie de cometidos para obtener su recompensa, dos de ellos clave: en primer lugar, Pinocho tendrá que salvar a Geppetto, y en segundo, deberá cumplir la promesa que le hace al Hada y demostrar que puede ser obediente, honesto y diligente. Sin importar todo lo que sufre, se esfuerza y acaba por ganarse el reconocimiento de esta. También aprende a distinguir entre el bien y el mal, entre el comportamiento de la marioneta ridícula y el del niño responsable. En este sentido, la narración de Collodi es un cuento de hadas novelado sobre la formación de su protagonista claro y sobrio, más allá de las escenas humorísticas y grotescas.

En el revelador trabajo *Adam and Eve and Pinocchio: On Begin and Becoming Human*, el psicoanalista Willard Gaylin usa la novela como paradigma para explicar cómo, a partir del lado narcisista de un niño, se crea un ser humano vivo y sensible.<sup>[4]</sup> Se centra en temas como la dependencia, el trabajo, la conciencia y el amor para demostrar cómo Pinocho adquiere la dignidad humana a través de diferentes experiencias de aprendizaje que lo capacitan para entender de qué modo sus actos afectan a la gente que lo rodea y, al mismo tiempo, a su entorno. Hacia el final de la novela, es decir, hacia el final del proceso de formación de Pinocho, este comprende que el amor no significa autocomplacencia narcisista, sino el placer profundo de darse a los demás que contribuye a la fuerza de la cohesión, de la moral y la civilización en la vida humana.

Para los lectores de la época de Collodi, la mayoría de clase media y con estudios, *Las aventuras de Pinocho* supusieron un modelo de comportamiento civilizado que lanzaba una advertencia a los granujas traviesos. Y lo más importante, la novela buscaba distinguir el comportamiento moral del inmoral. Por lo que se refiere al mismo Collodi, podemos especular que este consideraba *Las aventuras de Pinocho*, en parte, como representativas de las dificultades que él mismo sufrió y que tuvo que superar para que la sociedad florentina de la época lo aceptara, una perspectiva que coincidiría con la de otros lectores de clase baja. El público de hoy en día se sorprenderá al descubrir que la novela no es como la película de Disney, que seguramente habrá visto antes de leer la obra original. Se dará cuenta de que el autor dio rienda suelta a su imaginación con mayor vigor que Disney, y que hizo evolucionar la marioneta a muchos niveles, con el firme propósito de entender y preguntarse qué significa «civilizar» a un niño. En realidad, gracias a la imaginación desbordante de Collodi, tenemos un ejemplo completo de lo que implicaba para un niño pobre crecer en la sociedad italiana del siglo XIX. Pero es quizá más importante que este cuento de hadas novelado trascienda de preguntas sobre la identidad y la historia nacional hasta lograr que nos cuestionemos cómo «civilizamos» a los niños

en estos tiempos incivilizados.

JACK ZIPES

*1996*

# LAS AVENTURAS DE PINOCHO

*De qué modo maese Ciruela, carpintero, halló un trozo de madera que  
lloraba y reía como un niño*

Érase una vez...

—¡Un rey! —dirán enseguida mis pequeños lectores.

No, chicos, os habéis equivocado. Érase una vez un trozo de madera.

No era una madera de lujo, sino un simple leño de los que en invierno se meten en las estufas y chimeneas para encender el fuego y calentar las habitaciones.

No sé cómo fue, pero el caso es que un buen día este trozo de madera apareció en el taller de un viejo carpintero llamado maese Antonio, aunque todos le llamaban maese Ciruela, pues tenía la punta de la nariz siempre reluciente y morada como una ciruela.

Tan pronto como maese Ciruela vio aquel trozo de madera se alegró mucho y, restregándose satisfecho las manos, farfulló:

—Este leño me viene de perilla: lo utilizaré para hacer una pata de mesa.

Dicho y hecho. Cogió el hacha afilada para empezar a descortezarlo y pulirlo; pero, cuando estaba por propinar el primer hachazo, se quedó con el brazo suspendido en el aire, pues oyó una voz muy fina que decía implorante:

—¡No me des muy fuerte!

Imaginaos como se quedó el viejecito maese Ciruela.

Volvió los ojos extraviado por el taller para ver de dónde podía salir aquella vocecita, y no vio a nadie; miró bajo el mostrador, y nadie; miró dentro de un armario que siempre mantenía cerrado, y nadie; miró en el capazo de las virutas y del serrín, y nadie; abrió la entrada del taller para echar una ojeada a la calle, y nadie. ¿Entonces?

...

—Ya lo entiendo —dijo riéndose y rascándose la peluca—: resulta que la vocecita me la he imaginado. Volvamos al trabajo.

Y, retomando el hacha, propinó un golpe imponente al trozo de madera.

—¡Ay, me has hecho daño! —gritó lamentándose la misma vocecita.

Esta vez maese Ciruela se quedó de piedra, con los ojos que se le salían de las órbitas por el miedo, la boca abierta y la lengua colgando hasta el mentón, como una máscara grotesca.

Cuando recuperó el uso de la palabra, temblando y balbuciendo, empezó a decir:

—Pero ¿de dónde habrá salido esta vocecita que ha dicho ay?... Porque aquí no hay una alma viva. ¿Y si por casualidad fuera este trozo de madera, que ha aprendido a llorar y a quejarse como un niño? No me lo puedo creer. Este trozo de madera basta mirarlo: es un leño para la chimenea, como todos; y si lo echo al fuego me podré hervir una cacerola de alubias. ¿Entonces?... ¿Se habrá escondido alguien dentro? Si

hay alguien escondido, peor para él. ¡Ahora se va a enterar!

Y, mientras decía esto, sostuvo con ambas manos aquel pobre trozo de madera y se puso a azotarlo sin piedad contra las paredes del taller.

Luego se dedicó a escuchar, por si oía alguna vocecita que se quejara. Esperó dos minutos, y nada; cinco minutos, y nada; diez minutos, y nada.

—Ya lo entiendo —dijo entonces, esforzándose por reír y desgrenándose la peluca—: parece que la vocecita que ha dicho «ay» me la he imaginado yo. ¡A trabajar de nuevo!

Y como le había entrado un espanto atroz, probó a canturrear para darse algo de coraje.

Mientras, apartando el hacha, agarró la garlopa para pulir el trozo de madera; pero mientras procedía arriba y abajo, oyó la misma vocecita que le dijo riendo:

—¡Para! ¡Que me haces cosquillas por todo el cuerpo!

Esta vez el pobre maese Ciruela cayó como fulminado. Cuando volvió a abrir los ojos, se vio tendido en el suelo.

Su rostro parecía desfigurado, y hasta la punta de la nariz, de morada como la tenía casi siempre, se veía ahora turquesa por el pánico.



*Maese Ciruela regala el trozo de madera a su amigo Geppetto, que lo acepta para fabricarse una marioneta maravillosa que sepa bailar, hacer esgrima y pegar saltos mortales*

En aquel momento, llamaron a la puerta.

—Pasen —dijo el carpintero, sin fuerza para tenerse en pie.

Entonces entró en el taller un viejecito muy vivo que tenía por nombre Geppetto; aunque los chicos del vecindario, cuando querían que se saliera de sus casillas, lo llamaban con el apodo de Papillita, debido a que su peluca amarilla se parecía muchísimo a la papilla de maíz.

Geppetto era muy iracundo. ¡Ay de quién le llamara Papillita! Se enfurecía como una bestia, y ya no había manera de retenerle.

—Buenos días, maese Antonio —dijo Geppetto—. ¿Qué hace tirado así en el suelo?

—Enseño cálculo a las hormiguitas.

—Que le aproveche.

—¿Qué le trae por aquí, compadre Geppetto?

—¡Las piernas!... Sepa, maese Antonio, que he acudido a usted para pedirle un favor.

—Aquí estoy, dispuesto a servirle —replicó el carpintero, irguiéndose sobre las rodillas.

—Esta mañana se me ha ocurrido una idea.

—Oigámosla.

—He pensado en fabricarme una hermosa marioneta de madera, pero una marioneta maravillosa, que sepa bailar, hacer esgrima y pegar saltos mortales. Con la marioneta aspiro a viajar por el mundo, para ganarme un mendrugo de pan y un vasito de vino. ¿Qué le parece?

—¡Bravo, Papillita! —gritó la misma vocecita que no se entendía de dónde salía.

Al oírse llamar Papillita, compadre Geppetto se puso rojo como un tomate por la ira y, girándose hacia el carpintero, le dijo encolerizado:

—¿Por qué me ofende?

—¿Quién le ofende?

—Me ha llamado Papillita.

—Yo no he sido.

—¡No, si habré sido yo! Digo que ha sido usted.

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

Y acalorándose cada vez más, pasaron de las palabras a los hechos y, una vez enzarzados, se arañaron, se mordieron y se sacudieron.

Terminado el combate, maese Antonio se vio con la peluca amarilla de Geppetto entre las manos, y Geppetto notó que llevaba en la boca la peluca encanecida del carpintero.

—¡Deme la peluca! —gritó maese Antonio.

—Y usted deme la mía, y hagamos las paces.

Los dos viejecitos, tras recuperar sus respectivas pelucas, estrecharon sus manos y juraron que seguirían como buenos amigos toda la vida.

—Así que, compadre Geppetto —dijo el carpintero como gesto de pacificación—, ¿qué favor quiere de mí?

—Querría un poco de madera para fabricar mi marioneta. ¿Me la daría?

Maese Antonio, muy contento, acudió enseguida a recoger del banco aquel trozo de madera que había sido causa de tantos miedos. Pero una vez allí para entregárselo al amigo, el trozo de madera pegó una sacudida y, deslizándose violentamente de las manos, fue a dar contra los enjutos tobillos del pobre Geppetto.

—¡Ah! ¿Es con esa gracia, maese Antonio, que usted regala sus cosas? Casi me deja cojo.

—¡Le juro que no he sido yo!

—No, si habré sido yo.

—Toda la culpa es de este leño.

—Ya sé que es del leño, pero es usted quien me lo ha arrojado a las piernas.

—¡Yo no se lo he arrojado!

—¡Mentiroso!

—¡Geppetto, no me ofenda! ¡Que si no le llamo Papillita!

—¡Burro!

—¡Papillita!

—¡Asno!

—¡Papillita!

—¡Simio deforme!

—¡Papillita!

Al oírse llamar Papillita por tercera vez, Geppetto perdió el mundo de vista, se arrojó contra el carpintero, y allí se repartió leña a espuestas.

Acabada la batalla, maese Antonio se vio con dos arañazos en la nariz, y el otro, con dos botones menos en la chaqueta. Equilibradas las cuentas de ese modo, se estrecharon la mano y juraron seguir como buenos amigos toda la vida.

Mientras, Geppetto tomó su buen trozo de madera y, dando las gracias a maese Antonio, regresó a casa renqueando.

*Geppetto, de vuelta a casa, empieza enseguida a fabricarse la marioneta y le pone el nombre de Pinocho. Primeras travesuras de la marioneta*

La casa de Geppetto era un cubículo a pie de calle que recibía luz de una claraboya. El mobiliario no podía ser más simple: una mala silla, una cama precaria y una mesita ruinosa. En la pared del fondo se veía un hogar con el fuego encendido; pero el fuego estaba pintado, y junto al fuego aparecía dibujada una olla que hervía alegremente y arrojaba una nube de humo que parecía de verdad.

Recién entrado en casa, Geppetto tomó enseguida los arneses y se dispuso a tallar y a fabricar su marioneta.

«¿Qué nombre le pondré? —se preguntó—. Le quiero llamar Pinocho. El nombre le dará suerte. Conocí a una familia entera de Pinochos: Pinocho el padre, Pinocha la madre y Pinochos los niños, y a todos les iba bien. El más rico de todos pedía limosna.»

Una vez que hubo hallado el nombre para la marioneta, se puso a trabajar a conciencia y enseguida tuvo hecho el pelo, luego la frente, y también los ojos.

Una vez hechos los ojos, imaginad lo maravillado que se quedó cuando se dio cuenta de que los ojos se movían y que lo miraban fijamente.

A Geppetto, que se veía mirar por aquel par de ojos de madera, casi le sentó mal y dijo con acento receloso:

—Ojazos de madera, ¿por qué me miráis?

Nadie respondió.

Entonces, después de los ojos, le hizo la nariz; pero la nariz, una vez hecha, empezó a crecer y, crece que crecerás, en pocos minutos pasó a ser una nariz interminable.

Después de la nariz le hizo la boca.

No había aún terminado con ella cuando Pinocho empezó a reírse y a mofarse de él.

—¡Deja de reír! —dijo Geppetto, susceptible; pero fue como hablarle a la pared.

—¡Deja de reír, te repito! —aulló amenazante.

Entonces la boca dejó de reír, pero le sacó toda la lengua.

Geppetto, para no estropear su ilusión, fingió no darse cuenta y siguió trabajando. Después de la boca, le hizo el mentón, y luego el cuello, los hombros, la barriga, los brazos y las manos.

Cuando tuvo terminadas las manos, Geppetto notó que le arrebatában la peluca de la cabeza. Se volvió, y ¿qué vio? Vio su peluca amarilla en manos de la marioneta.

—¡Pinocho! Devuélveme enseguida la peluca.

Y Pinocho, en lugar de devolvérsela, se la puso a sí mismo en la cabeza y quedó

sepultado debajo, casi sofocado.

Ante aquella insolencia burlona, Geppetto se entristeció y, melancólico como no lo había estado en su vida, volviéndose hacia Pinocho, dijo:

—¡Piel del diablo! ¡No estás terminado aún y ya empiezas a faltarle al respeto a tu padre! ¡Mal, hijo mío, mal!

Y se secó una lágrima.

Faltaban todavía por hacer las piernas y los pies.

Cuando Geppetto terminó de hacerle los pies, sintió que le propinaban una patada en la punta de la nariz.

«Me lo merezco —dijo para sí—. Debería haberlo pensado antes: ahora ya es tarde.»

Luego se puso la marioneta bajo el brazo y la depositó en el suelo para hacerla caminar.

Pinocho tenía las piernas entumecidas y no sabía moverse, y Geppetto lo llevaba de la mano para enseñarle, un paso detrás de otro.

Cuando se le desentumecieron las piernas, Pinocho empezó a caminar y a correr por la habitación, hasta que, llegado a la puerta de entrada, saltó a la calle y se dio a la fuga.

Y el pobre Geppetto venga a correr detrás de él sin poder alcanzarle, porque aquel diablillo de Pinocho brincaba como una liebre y, golpeando con sus pies el adoquinado de la calle, armaba un escándalo como de veinte pares de zuecos.

—¡Agarradlo! ¡Agarradlo! —gritaba Geppetto, pero la gente que iba por la calle, viendo a aquella marioneta de madera que corría como un caballo árabe, se detenía encantada a mirarla y reía de todo corazón sin dar crédito.

Al final, por suerte, apareció un carabinero que, oyendo todo el alboroto y creyendo que se trataba de un potrillo que se hubiera revuelto contra su amo, se plantó valientemente con las piernas extendidas en medio de la calle, resuelto a pararlo e impedir que ocurrieran mayores desgracias.

Con todo, Pinocho, al percibir de lejos al carabinero que bloqueaba la calle, optó por pasarle sorpresivamente por debajo de las piernas, pero fracasó.

El carabinero, sin moverse un ápice, lo agarró limpiamente por la nariz (se trataba de una narizota desmesurada, que parecía hecha aposta para ser atrapada por los carabineros) y se lo entregó a Geppetto, que, como correctivo, se dispuso a propinarle enseguida un buen tirón de orejas. Pero imaginaos cómo se quedó cuando, al buscarle las orejas, no consiguió encontrarlas; y ¿sabéis por qué? Porque durante el frenesí de la talla había olvidado esculpir las.

Entonces lo agarró por el cogote y, mientras se lo llevaba de vuelta, le dijo meneando amenazadoramente la cabeza:

—Vámonos enseguida a casa. Cuando llegemos, no te quepa duda de que pasaremos cuentas.

Pinocho, ante aquella advertencia, se tiró al suelo y no quiso caminar más.

Mientras, los curiosos y los gandules empezaban a rondar y a hacer corrillo.

Uno soltaba una, y otro, otra.

—Pobre marioneta —decían algunos—, tiene razón de no querer regresar a casa. ¡Vete a saber cómo le azotaría ese hombracho de Geppetto!

Y el resto añadía maliciosamente:

—Ese Geppetto parece un caballero, pero es un auténtico tirano con los niños. Si se ve con la pobre marioneta entre las manos, es muy capaz de hacerla añicos.

En definitiva, tanto hablaron y tanto hicieron que el carabinero volvió a dejar en libertad a Pinocho y se llevó al pobre de Geppetto a la cárcel. Este, falto como quedó entonces de palabras para defenderse, se puso a llorar como un ternero y, al encaminarse a la cárcel, balbucía sollozando:

—¡Desgraciado hijito mío! ¡Y pensar los afanes que he pasado para que fuera una marioneta decente! Pero me lo merezco: debería haberlo pensado antes.

Lo que sucedió después es una historia como para no creérsela, y os la contaré en los siguientes capítulos.

*La historia de Pinocho con el Grillo Parlante, donde se ve cómo fastidia a los niños malos verse amonestados por quienes saben más que ellos*

Os contaré pues, chicos, que, mientras el pobre Geppetto era conducido sin culpa a prisión, ese pícaro de Pinocho, libre de las garras del carabinero, salió a todo correr a campo traviesa, para llegar antes a casa; y en su gran afán corredor saltaba hondos taludes, setos de endrinos y charcas profundas, como si fuese una cabritilla o una liebre perseguida por un cazador.

Una vez delante de casa, encontró la puerta entornada. La empujó, entró y, una vez la tuvo cerrada a cal y canto, se sentó en el suelo, dejando escapar un gran suspiro de alegría.

Pero la satisfacción le duró poco, pues oyó a alguien en la habitación que hizo:

—Cri, cri, cri.

—¿Quién me llama? —preguntó Pinocho muy asustado.

—Soy yo.

Pinocho se volvió y vio a un gran Grillo que subía pausadamente por la pared.

—Dime, Grillo, ¿quién eres tú?

—Soy el Grillo Parlante, y vivo en esta habitación desde hace más de cien años.

—Pero hoy esta habitación es mía —dijo la marioneta—, y si quieres hacerme el favor, vete enseguida sin ni siquiera darte la vuelta.

—Yo no me voy a ir de aquí —respondió el Grillo— hasta que no te haya dicho una gran verdad.

—Dímela y date prisa.

—Ay de los niños que se rebelan contra sus padres y abandonan caprichosamente la casa paterna. No les irá bien jamás en este mundo, y antes o después deberán arrepentirse amargamente.

—Canta, canta, Grillo mío, como gustes; pero yo sé que mañana al alba me quiero ir de aquí, porque, si me quedo, me pasará lo que les pasa a todos los niños; o sea, que me mandarán a la escuela, y por gusto o por fuerza me tocará estudiar; y yo, por decírtelo en confianza, de estudiar no tengo ningunas ganas. Me divierto más corriendo tras las mariposas y subiéndome a los árboles para coger pajaritos del nido.

—¡Pobre tarugo! Pero no sabes que, obrando así, de mayor te convertirás en un fantástico borrico y que todos te tomarán el pelo.

—¡Cállate, grillote de mal agüero! —gritó Pinocho.

Pero el Grillo, que era paciente y filósofo, en lugar de tomarse a mal la impertinencia, prosiguió en el mismo tono de voz:

—Y si no te va lo de ir a la escuela, ¿por qué no aprendes al menos un oficio como para ganarte honestamente un trozo de pan?

—¿Quieres que te lo diga? —replicó Pinocho, que empezaba a perder la paciencia—. Entre todos los oficios del mundo, solo hay uno que me guste.

—¿Y cuál sería ese oficio?

—El de comer, beber, dormir, divertirme y de la mañana a la noche hacer vida de vagabundo.

—Para tu información —dijo el Grillo Parlante con su calma acostumbrada—, todos los que se dedican a ese oficio acaban casi siempre en el hospital o en la cárcel.

—Ojo, grillo de mal agüero... ¡si me da un berrinche, ay de ti!

—Pobre Pinocho, de verdad que me das pena.

—¿Por qué te doy pena?

—Porque eres una marioneta y, lo que es peor, porque tienes la cabeza de madera.

Al oír estas últimas palabras, Pinocho saltó colérico y, tras coger del banco un martillo de madera, lo arrojó contra el Grillo Parlante.

Quizá ni siquiera creía que acertaría; pero desgraciadamente le dio de lleno en la cabeza, hasta el punto de que el pobre grillo apenas tuvo el aliento de hacer cri, cri, cri, y luego se quedó allí muerto y pegado a la pared.

*Pinocho tiene hambre y busca un huevo para hacerse una tortilla, pero en el mejor momento la tortilla se le escapa volando por la ventana*

Entretanto, empezó a hacerse de noche, y Pinocho, acordándose de que no había comido nada, sintió una punzada en el estómago que recordaba mucho al apetito.

Pero el apetito de los niños va deprisa y, de hecho, pasados unos minutos, el apetito se convirtió en hambre, y el hambre, en un tris, pasó a ser de lobo, un hambre que podía cortarse con cuchillo.

El pobre Pinocho corrió enseguida hacia el hogar, donde había una cacerola hirviendo, e hizo el gesto de destaparla para ver qué había dentro; pero la cacerola estaba pintada en la pared. Imaginaos cómo se quedó. La nariz, que ya era larga, se le alargó al menos diez centímetros más.

Entonces se puso a correr por el taller y a hurgar en todos los cajones y armarios en busca de algo de pan, aunque fuera pan seco, un mendruguito, un hueso que le hubiera sobrado al perro, un poco de polenta mohosa, una espina de pescado, un hueso de cereza, vamos, cualquier cosa para masticar; pero no encontró nada, absolutamente nada de nada.

Mientras, el hambre iba en aumento, y el pobre Pinocho no tenía otro alivio que el de bostezar, y daba unos bostezos tan grandes que por momentos la boca le llegaba hasta las orejas. Y después de bostezar, escupía y sentía que el estómago se le iba.

Entonces, llorando y desesperándose, decía:

—El Grillo Parlante tenía razón. He hecho mal rebelándome contra mi papá y huyendo de casa... Si mi papá estuviera aquí, ahora no me vería muriéndome a bostezos. ¡Oh, qué atroz enfermedad es el hambre!

Cuando hete aquí que le pareció ver en la pila de basura algo redondo y blanco que parecía un huevo de gallina. Pegar un brinco y arrojarlo encima fue todo uno. Era un huevo de verdad.

El gozo de la marioneta es imposible de describir: hay que saberlo imaginar. Casi creyendo que se trataba de un sueño, le daba vueltas al huevo entre sus manos y lo tocaba y lo besaba, y al besarlo decía:

—Y ahora, ¿cómo debo cocinarlo? Voy a hacer una tortilla... No, es mejor al plato... O... ¿no estaría más sabroso frito en la sartén? ¿Y si lo preparase como para beberlo?... No, lo más rápido es cocinarlo al plato o en la sartén: tengo demasiadas ganas de comérmelo.

Dicho y hecho, dispuso una sartencita sobre un hornillo lleno de brasas vivas, puso en la sartén, en lugar de aceite o mantequilla, algo de agua, y cuando el agua empezó a humear, ¡toma!... quebró la cáscara del huevo y lo escudilló dentro.

Pero en lugar de la clara y la yema, escapó un pollito jovial y ceremonioso que,



con una delicada reverencia, dijo:

—Mil gracias, señor Pinocho, por haberme ahorrado la fatiga de romper la cáscara. Hasta la vista, que vaya bien y recuerdos en casa.

Dicho lo cual, extendió las alas y, encarando la ventana, se fue volando hasta perderse de vista.

La pobre marioneta permaneció allí como embrujada, con la mirada perdida, la boca abierta y la cáscara del huevo en la mano. Ya recuperado del primer desconcierto, empezó a llorar, a chillar, a golpear desesperadamente con los pies en el suelo, y llorando decía:

—Pues sí, tenía razón el Grillo Parlante. Si no hubiera huido de casa y si mi padre estuviera aquí, ahora no me vería muriéndome de hambre. ¡Oh, qué atroz enfermedad es el hambre!

Y visto que el cuerpo le seguía rezongando más que nunca, y no sabía cómo acallararlo, pensó en salir de casa y escapar hasta el pueblo de al lado, con la esperanza de hallar a alguien caritativo que le diese algo de pan como limosna.

*Pinocho se queda dormido con los pies en el brasero y a la mañana siguiente se despierta con los pies bien chamuscados*

Precisamente, era una tremenda noche de invierno. Tronaba fuerte, relampagueaba como si el cielo fuera a incendiarse y una ventisca fría y desgarradora, soplando rabiosamente y levantando un inmenso nubarrón de polvo, hacía aullar y chirriar todos los árboles del campo.

Pinocho tenía mucho miedo de los truenos y de los rayos; solo que el hambre era peor que el miedo; motivo por el cual entornó la puerta de casa y, tomando carrerilla, tras un centenar de saltos llegó al pueblo con la lengua fuera como un perro de caza.

Pero lo encontró todo oscuro y desierto. Las tiendas estaban cerradas, las puertas de las casas cerradas, las ventanas cerradas, y por la calle no se veía ni siquiera un perro. Se antojaba el país de los muertos.

Entonces Pinocho, acuciado por la desesperación y el hambre, se arrimó al timbre de una casa y empezó a tocar sin cesar, diciendo para sí: «Alguien se asomará».

De hecho, se asomó un viejecito con la gorrita de dormir en la cabeza, que gritó muy amoscado:

—¿Qué quieres a estas horas?

—¿Me haría el favor de darme algo de pan?

—Espérame aquí, que vuelvo enseguida —respondió el viejecito, creyendo que debía tratar con uno de esos chicos revoltosos que se divierten por las noches tocando los timbres de las casas para molestar a la buena gente que duerme plácidamente.

Pasado medio minuto, la ventana se abrió de nuevo, y la voz del viejecito le gritó a Pinocho:

—Ponte debajo y abre el sombrero.

Pinocho se quitó enseguida el sombrero; pero, mientras se dedicaba a abrirlo, sintió que le llovía encima una palanganada de agua que lo bañó de la cabeza a los pies, como si fuera la maceta de un geranio marchito.

Regresó a casa empapado como un pollito y destrozado por el cansancio y el hambre; y como no tenía ya fuerzas para mantenerse en pie, se sentó, apoyando los pies calados y embarrados en un brasero lleno de brasas vivas.

Y así se durmió; y mientras dormía, los pies, que eran de madera, prendieron, y poco a poco se le fueron quedando carbonizados hasta convertirse en cenizas.

Y Pinocho seguía durmiendo y roncando, como si sus pies fueran de otro. Por fin, al hacerse de día, se despertó porque alguien había llamado a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó bostezando y restregándose los ojos.

—Soy yo —respondió una voz.

Era la voz de Geppetto.

*Geppetto vuelve a casa, rehace los pies de la marioneta y le da el desayuno que el pobre hombre traía para él*

El pobre Pinocho, que seguía con los ojos soñolientos, todavía no se había visto los pies, que se le habían quemado; de modo que, tan pronto como oyó la voz de su padre, se escabulló de la silla para correr a abrir el pestillo; pero, en su lugar, tras dos o tres trompicones, se cayó de bruces y se quedó tirado en el suelo.

Y al golpearse contra el suelo hizo el mismo ruido que habría hecho un saco de cucharones caído de un quinto piso.

—¡Ábreme! —gritaba Geppetto desde la calle.

—Papá mío, no puedo —respondía la marioneta llorando y rodando por el suelo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque se me han comido los pies.

—¿Y quién se te los ha comido?

—El gato —dijo Pinocho mirando al gato, que, con las patitas extendidas, se divertía meneando unas virutas de madera.

—¡Ábreme, te digo! —repitió Geppetto—. ¡Si no, cuando entre en casa el gato te lo voy a dar yo!

—No puedo tenerme en pie, de verdad. Oh, pobre de mí, pobre de mí, que me tocará andar de rodillas toda la vida.

Geppetto, creyendo que todos esos gimoteos eran otra travesura de la marioneta, se decidió a terminar de una vez y, trepando por el muro, entró en casa por la ventana.

Entró dispuesto a darle su merecido; pero luego, cuando vio a su Pinocho tendido en el suelo y verdaderamente sin pies, se enterneció y, colgándose enseguida del cuello, se puso a besarlo y a darle mil caricias y a hacerle mil zalamerías y, con unos lagrimones que le resbalaban mejillas abajo, le dijo sollozando:

—Pinochito mío, ¿cómo te has podido quemar los pies?

—No lo sé, papá, pero créase que ha sido una noche infernal, de la que me acordaré mientras viva. Tronaba, centelleaba y yo tenía un hambre feroz, y entonces el Grillo Parlante me dijo «Te lo mereces: has sido malo, y te lo has ganado», y yo le dije «Ojo, Grillo...», y él me dijo «Tú eres una marioneta y tienes la cabeza de madera», y yo le arrojé el astil del martillo y se murió, pero la culpa fue suya, porque yo no quería matarlo, y sirva de prueba que puse una sartén sobre las brasas encendidas del hornillo, pero el pollito se escapó y dijo «Hasta la vista... y recuerdos en casa», y cada vez tenía más hambre, por eso aquel viejecito con la gorrita en la cabeza, asomándose a la ventana, me dijo «Ponte debajo y abre el sombrero», y yo con aquella palanganada de agua en la cabeza (porque pedir un poco de pan no es una vergüenza, ¿verdad?), regresé inmediatamente a casa y, como seguía teniendo un

hambre de lobo, puse los pies en el brasero para secarme, y usted ha regresado y me los he encontrado quemados, y eso, ¡sigo con el hambre y he perdido los pies! ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!

Y el pobre Pinocho empezó a llorar y a berrear tan fuerte que se le oía desde cinco kilómetros de distancia.

Geppetto, que de todo aquel cuento embarullado había entendido una sola cosa, esto es, que la marioneta se moría de hambre, sacó del bolsillo tres peras y ofreciéndoselas le dijo:

—Estas tres peras eran para mi desayuno, pero te las doy con gusto. Cómetelas, y buen provecho.

—Si quiere que me las coma, hágame el favor de pelarlas.

—¿Pelarlas? —replicó Geppetto atónito—. No habría creído jamás, hijo mío, que fueras tan melindroso y tan asquerosillo de paladar. ¡Mal! En este mundo, desde niños hay que habituarse a saber comer de todo, porque nunca se sabe lo que puede pasarnos. ¡Cualquier cosa!

—Usted tendrá razón —añadió Pinocho—, pero yo no me comeré jamás una fruta que no esté pelada. No puedo soportar la monda.

Y aquel buen hombre de Geppetto, sacando un cuchillito y armándose de santa paciencia, peló las tres peras, y dejó las mondas en una esquina de la mesa.

Cuando Pinocho, de dos bocados, se hubo comido la primera pera, hizo ademán de arrojar el corazón, pero Geppetto le sujetó el brazo diciendo:

—No lo tires: en este mundo, cualquier cosa puede venir bien.

—Pero es que yo el corazón no me lo como —gritó la marioneta revolviéndose como una víbora.

—¡Quién sabe! ¡Pueden pasar mil cosas! —repitió Geppetto sin acalorarse.

El hecho es que los tres corazones, en lugar de ser arrojados por la ventana, fueron depositados en la esquina de la mesa, junto a las mondas.

Una vez comidas o, mejor dicho, devoradas las tres peras, Pinocho soltó un larguísimo bostezo y dijo lloriqueando:

—¡Tengo más hambre!

—Pero yo, hijo mío, no tengo más que darte.

—¿Nada de nada?

—Como mucho, estas mondas y corazones de pera.

—¡Paciencia! —dijo Pinocho—. Si no hay más, me comeré una monda.

Y empezó a masticar. Al principio, torció un poco la boca; pero luego, una detrás de otra, se zampó en un soplo todas las mondas, y después de las mondas, los corazones; y cuando hubo terminado de comer, se golpeó contento las manos contra el pecho y dijo, regodeándose:

—¡Ahora ya me he quedado bien!

—Ya ves —dijo Geppetto— que tenía razón cuando te decía que no conviene ser demasiado quisquilloso ni delicado de paladar. Querido mío, nunca se sabe lo que nos

puede ocurrir en este mundo. ¡Pueden pasar mil cosas!

*Geppetto rehace los pies a Pinocho y vende su zamarra para comprarle un abecedario*

La marioneta, tan pronto como hubo saciado el hambre, empezó enseguida a bufar y a llorar, porque quería un nuevo par de pies.

Pero Geppetto, como castigo por sus diabluras, le dejó llorar y desesperarse durante la mitad del día; luego le dijo:

—¿Y por qué tendría que hacerte los pies de nuevo? ¿Quizá para ver como te vuelves a escapar de tu casa?

—Le prometo —dijo la marioneta sollozando— que de hoy en adelante seré bueno.

—Todos los niños —replicó Geppetto— dicen lo mismo cuando quieren conseguir algo.

—Le prometo que iré a la escuela, estudiaré y me portaré bien.

—Todos los niños repiten lo mismo cuando quieren algo.

—¡Pero yo no soy como los otros niños! Yo soy el más bueno de todos y digo siempre la verdad. Le prometo, papá, que aprenderé un oficio y que seré el consuelo y el báculo de su vejez.

Aunque Geppetto mostrase gesto de tirano, tenía los ojos llenos de lágrimas y el corazón henchido por la pasión de ver a su pobre Pinocho en aquel lamentable estado, y no dijo más; pero echó mano de los arneses del oficio, así como de dos trozos viejos de madera, y se puso a trabajar con gran dedicación.

Y en menos de una hora los pies ya estaban hechos: dos pies veloces, delgados y nerviosos, como si los hubiera modelado un artista genial.

Entonces Geppetto le dijo a la marioneta:

—Cierra los ojos y duerme.

Y Pinocho cerró los ojos y simuló que dormía. Y mientras fingía dormir, Geppetto, con algo de cola disuelta en una cáscara de huevo, le pegó tan bien los nuevos pies que ni siquiera se veía la señal del pegote.

Tan pronto como la marioneta se dio cuenta de que tenía pies, saltó de la mesa donde estaba y empezó a corretear y a hacer cabriolas, como si hubiera enloquecido de alegría.

—Para recompensarle por todo lo que ha hecho por mí —le dijo Pinocho a su papá—, quiero acudir a la escuela enseguida.

—¡Bravo, chaval!

—Pero para ir a la escuela necesito algo de ropa.

Geppetto era pobre y no tenía ni un céntimo en el bolsillo. Le hizo entonces un vestidito de papel floreado, un par de zapatos de corteza de árbol y una gorrita de

miga de pan.

Pinocho corrió enseguida a mirarse al espejo en un barreño lleno de agua, y quedó tan contento que dijo pavoneándose:

—¡Parezco un señor de verdad!

—Y que lo digas —replicó Geppetto—, porque no olvides que no es el traje lo que hace al señor, sino el traje limpio.

—Por cierto —añadió la marioneta—, para ir a la escuela me sigue faltando algo; es más, me falta lo mejor y más necesario.

—¿Qué?

—Me falta un abecedario.

—Tienes razón. Y ¿cómo se consigue?

—Es muy fácil: se va a la librería y se compra.

—¿Y el dinero?

—Yo no tengo.

—Yo tampoco —añadió el buen viejo, entristecido.

Y Pinocho, aunque fuese un chico muy alegre, se entristeció también; porque la miseria, cuando es auténtica miseria, la entienden todos, hasta los niños.

—¡Paciencia! —gritó Geppetto levantándose de golpe; y, poniéndose la vieja zamarra raída, toda remendada y llena de parches, salió corriendo de casa.

Al cabo, regresó, y con él llevaba en la mano el abecedario para su hijito, pero la zamarra ya no. El pobre hombre iba en mangas de camisa, y fuera nevaba.

—¿Y la zamarra, papá?

—La he vendido.

—¿Por qué la ha vendido?

—Porque me daba calor.

Pinocho entendió la respuesta al vuelo y, no pudiendo frenar el ímpetu de su buen corazón, saltó al cuello de Geppetto y empezó a besarle por todo el rostro.

*Pinocho vende el abecedario para acudir al teatro de marionetas*

Una vez que paró de nevar, Pinocho, con su estupendo abecedario bajo el brazo, tomó el camino que conducía a la escuela, y mientras caminaba fantaseaba en su cerebritito con mil ideas y mil castillos en el aire, a cual mejor.

Y hablando consigo mismo se decía: «Hoy en la escuela quiero aprender a leer enseguida, mañana aprenderé a escribir y pasado mañana aprenderé de números. Luego, con mi capacidad, ganaré mucho dinerillo y, con el primer dinero que tenga en el bolsillo, quiero inmediatamente encargarme para mi papá una chaqueta de lana. ¿Qué digo de lana? Quiero hacérsela toda de oro y plata y con botones de brillantes. Es que el pobre hombre se la merece de verdad porque, vamos, que para comprarme los libros y para educarme se ha quedado en mangas de camisa... ¡con este frío! Solo los papás son capaces de ciertos sacrificios».

Mientras, muy emocionado, razonaba de este modo, le pareció oír a lo lejos una música de pífanos y de redobles de tambor: pipipí, pipipí, zum, zum, zum, zum.

Se detuvo a escuchar. Aquellos sonidos provenían del final de una calle muy larga que conducía a un pueblecito edificado a la orilla del mar.

—¿Qué será esta música? Lástima que tenga que ir a la escuela, que si no...

Y permaneció allí, perplejo. En todo caso, había que tomar una decisión: o la escuela o los pífanos.

—Hoy iré a escuchar los pífanos, y mañana a la escuela: siempre estoy a tiempo de ir a la escuela —dijo finalmente el granuja, encogiéndose de hombros.

Dicho y hecho. Se encaminó calle abajo y empezó a correr a grandes zancadas. Cuanto más corría, mejor oía el sonido de los pífanos y los golpes del bombo: pipipí, pipipí, pipipí, zum, zum, zum, zum.

Y hete aquí que se halló en mitad de una plaza repleta de gente que se apiñaba alrededor de un barracón de madera y de tela pintada de mil colores.

—¿Qué es aquel barracón? —preguntó Pinocho girándose hacia un chiquillo que era del pueblo.

—Lee el letrero que hay escrito y lo sabrás.

—Lo leería de buena gana, pero hoy justamente no sé leer.

—¡Bravo, borrego! Ya te lo leo yo. Debes saber, pues, que en el letrero de letras rojas como el fuego está escrito: GRAN TEATRO DE MARIONETAS.

—¿Hace mucho que ha empezado la obra?

—Empieza ahora.

—¿Y cuánto cuesta entrar?

—Cuatro perras gordas.



Pinocho, que se moría de curiosidad, abandonó todo recato y le dijo sin avergonzarse al chiquillo con quien hablaba:

—¿Me prestarías cuatro perras hasta mañana?

—Te las prestaría de buena gana —respondió el otro mofándose—, pero hoy justamente no te las puedo prestar.

—Por cuatro perras te vendo mi chaqueta —le dijo entonces la marioneta.

—¿Qué quieres que haga con una chaqueta de papel floreado? Si llueve ya no habrá modo de quitársela de encima.

—¿Me quieres comprar los zapatos?

—Servirían para encender el fuego.

—¿Cuánto me das por la gorrita?

—¡Menuda compra! ¡Una gorra de miga de pan! Los ratones vendrían a comer de mi cabeza.

Pinocho estaba en ascuas. Se quedó para formular una última oferta, pero no se atrevía: dudaba, vacilaba, sufría: por fin, dijo:

—¿Quieres darme cuatro perras por este abecedario nuevo?

—Yo soy un niño y no les compro nada a otros niños —le respondió su pequeño interlocutor, que era mucho más juicioso que él.

—Por cuatro perras, el abecedario me lo quedo yo —gritó un revendedor de ropa usada que se había entremetido en la conversación.

Y el libro se vendió allí sin más. ¡Y pensar que aquel pobre hombre de Geppetto se había quedado en casa temblando de frío y en mangas de camisa para comprarle el abecedario a su hijito!

*Las marionetas reconocen a su hermano Pinocho y le tributan un gran homenaje; pero en el mejor momento sale el marionetista Comefuego, y Pinocho corre el peligro de acabar mal*

Cuando Pinocho entró en el teatrillo de las marionetas, sucedió un hecho que casi provocó una revolución.

Hay que tener en cuenta que el telón estaba levantado y la obra ya había empezado.

Sobre el escenario se veía a Arlequín y Polichinela discutiendo entre sí y, como de costumbre, amenazaban con empezar a intercambiar una buena ración de bofetadas y azotes en cualquier momento.

La platea, muy atenta, se retorció de las risotadas al presenciar la riña de aquellas dos marionetas, que administraban tanta injuria con una verosimilitud como si de hecho fueran dos animales racionales y dos personas de este mundo.

Entonces, de pronto, sin comerlo ni beberlo, Arlequín deja de interpretar y, volviéndose hacia el público y señalando con la mano a alguien al fondo de la platea, empieza a gritar en tono dramático:

—¡Dioses del firmamento! ¿Sueño o estoy despierto? Sin duda, aquel de allí es Pinocho.

—¡Es de verdad Pinocho! —grita Polichinela.

—Es él, seguro —chilla la señora Rosaura sacando la cabecita desde el fondo del escenario.

—¡Es Pinocho, es Pinocho! —gritan a coro todas las marionetas, que salen brincando de entre bambalinas—. ¡Es Pinocho! ¡Nuestro hermano Pinocho! ¡Viva Pinocho!

—¡Pinocho, sube aquí conmigo! —grita Arlequín—. ¡Ven a los brazos de tus hermanos de madera!

Ante tan cariñosa oferta, Pinocho pega un salto y desde el fondo de la platea recorre las numerosas butacas; luego, con otro salto, de las butacas salta a la cabeza del director de orquesta y de allí se precipita sobre el escenario.

Resulta imposible imaginarse los abrazos, los agarrones del cuello, los pellizcos de amistad y achuchones de auténtica y sincera hermandad que recibió Pinocho en medio de aquel gallinero, por parte de los actores y actrices de aquella compañía dramáticovegetal.

El espectáculo resultaba conmovedor, no hace falta decirlo, pero el público de la platea, viendo que la obra no procedía, se impacientó y se puso a gritar:

—¡Queremos la obra, queremos la obra!

Aliento desperdiciado, porque las marionetas, en lugar de seguir con la

interpretación, redoblaron la algarabía y los gritos y, montando a Pinocho sobre los hombros, se lo llevaron triunfalmente bajo las luces del proscenio.

Entonces salió el marionetista, un hombracho tan feo que daba miedo con solo mirarlo. Tenía una barbota negra como un borrón de tinta, y tan larga que le llegaba del mentón al suelo: baste decir que, al caminar, se la pisaba con los pies. La boca era grande como un horno y los ojos parecían dos faros de cristal rojo con la luz encendida; con las manos chasqueaba una fusta hecha de serpientes y de colas de zorro enrolladas.

Ante la aparición inesperada del marionetista, todos enmudecieron: nadie osó respirar. Se habría podido oír hasta el vuelo de una mosca. Las pobres marionetas, machos y hembras, temblaban como hojas.

—¿Por qué has venido a armar bronca en mi teatro? —le preguntó el marionetista a Pinocho, con una voz de ogro resfriado.

—Créame, ilustrísimo, que la culpa no ha sido mía.

—¡Ya basta! Esta noche ajustaremos cuentas.

Y así, terminada la representación de la obra, el marionetista se fue a la cocina, donde estaba preparando para cenar un magnífico cordero que daba vueltas ensartado en el asador. Y como le faltaba leña para acabar de dorarlo y asarlo, llamó a Arlequín y a Polichinela y les dijo:

—Traedme a esa marioneta que encontraréis colgando de un clavo. Parece estar hecha de una madera muy seca, y estoy seguro de que si la echo al fuego le dará buena llama al asado.

Al principio, Arlequín y Polichinela vacilaron; pero, asustados por la mirada feroz del patrón, obedecieron, y poco después regresaron a la cocina llevando en brazos al pobre Pinocho, que, debatiéndose como una anguila fuera del agua, chillaba desesperadamente.

—¡Papá mío, sálveme! ¡No quiero morir! ¡No quiero morir!

*Comefuego estornuda y perdona a Pinocho, que evita la muerte de su amigo  
Arlequín*

El marionetista Comefuego (pues este era su nombre) parecía un hombre aterrador, no diré que no, sobre todo con aquella barbota negra que, como un delantal, le cubría todo el torso y las piernas; pero en el fondo no era mal hombre. Prueba de ello es que cuando vio que le traían al pobre Pinocho, que se debatía de mil maneras gritando «¡No quiero morir, no quiero morir!», no tardó en conmoverse y compadecerse; y tras haber aguantado un buen rato, al final no pudo más y soltó un sonoro estornudo.

Ante tal estornudo, Arlequín, que hasta entonces se había mostrado afligido y cohibido como un sauce llorón, exhibió su cara más alegre e, inclinándose sobre Pinocho, le bisbiseó:

—¡Buenas nuevas, hermano! El marionetista ha estornudado, y ello es señal de que se ha compadecido de ti y que ya estás a salvo.

Pues cabe saber que, en tanto que todos los hombres, cuando sienten piedad por alguien lloran o al menos fingen secarse los ojos, Comefuego, por contra, siempre que se enternecía de verdad tenía el vicio de estornudar. Era una manera como cualquier otra de manifestar a los demás la sensibilidad de su corazón.

Después de estornudar, el marionetista siguió mostrándose huraño y le gritó a Pinocho:

—¡Deja de llorar! Tus lamentos me han despertado el gusanillo del hambre... siento un ansia que casi casi... ¡Atchís! ¡Atchís! —Y soltó otro par de estornudos.

—¡Salud! —dijo Pinocho.

—Gracias. ¿Y tu papá y tu mamá están vivos? —le preguntó Comefuego.

—A papá sí, pero a mamá no la he conocido.

—¡Quién sabe el disgusto que se llevaría tu anciano padre si ahora te arrojara entre esos carbones ardientes! ¡Pobre anciano, le compadezco!... ¡Atchís, atchís, atchís! —Y se le escaparon otros tres estornudos.

—¡Salud! —dijo Pinocho.

—¡Gracias! Aunque también hay que compadecerme a mí, ya que, como ves, no me queda leña para terminar de asar este cordero y tú, a decir verdad, en este caso habrías resultado muy conveniente. Pero ya me he apiadado, y basta algo de paciencia. En tu lugar, pondré a arder bajo el espetón a alguna marioneta de mi compañía. ¡Eh, gendarmes!

Ante aquella orden, enseguida aparecieron dos gendarmes de madera, bien largos y enjutos, con el bicornio en la cabeza y una cimitarra desenvainada en la mano.

Y el marionetista les dijo entonces con voz cascada:

—Agarradme a Arlequín, atadlo bien y luego lo arrojáis al fuego. Quiero que se

me ase bien el cordero.

¡Imaginad al pobre Arlequín! Fue tal su espanto, que se le doblaron las piernas y cayó de bruces al suelo.

Pinocho, al contemplar aquella escena sobrecogedora, fue a echarse a los pies del marionetista y, llorando a moco tendido y mojándole de lágrimas todos los pelos de su larguísima barba, empezó a entonar, suplicante:

—¡Piedad, señor Comefuego!

—Aquí no tenemos señores —replicó duramente el marionetista.

—¡Piedad, señor caballero!

—Aquí no tenemos caballeros.

—¡Piedad, señor comendador!

—Aquí no tenemos comendadores.

—¡Piedad, excelencia!

Al oír que le llamaban excelencia, el marionetista se quedó con la boca abierta y, mostrándose de pronto más humano y tratable, le dijo a Pinocho:

—Y bien, ¿qué quieres de mí?

—Os pido clemencia para el pobre Arlequín.

—Aquí no hay clemencia que valga. Si te he salvado a ti, hace falta que le arroje a él al fuego porque quiero que el cordero quede bien asado.

—En tal caso —gritó valientemente Pinocho, irguiéndose y arrojando su gorrita de miga de pan—, en tal caso, sé cuál es mi deber. ¡Adelante, señores gendarmes! Átenme y arrójenme a las llamas. No, no es justo que el pobre Arlequín, mi amigo del alma, tenga que morir por mí.

Esas palabras pronunciadas en voz alta y con acento heroico hicieron llorar a todas las marionetas presentes en la escena. Los mismos gendarmes, aunque fueran de madera, lloraban como dos lechoncitos.

Comefuego, de entrada, se mantuvo en sus trece, duro e inmóvil como un trozo de hielo; pero poco a poco también empezó a emocionarse y a estornudar. Y tras cuatro o cinco estornudos, extendió afectuosamente los brazos y le dijo a Pinocho:

—Eres un chaval estupendo; ven aquí a darme un beso.

Pinocho acudió enseguida y, trepando como una ardilla barba arriba, fue a plantarle un tiernísimo beso en la punta de la nariz.

—¿Así que se ha hecho clemencia? —preguntó el pobre Arlequín con un hilo de voz que apenas se oía.

—Se ha hecho clemencia —respondió Comefuego; luego añadió, suspirando y meneando levemente la cabeza—: ¡Paciencia! Me resignaré esta noche y me comeré el cordero medio crudo; pero a la próxima, ¡ay de a quién le toque!

Con la noticia de la clemencia otorgada, las marionetas se apresuraron todas al escenario, y con las luces y las candilejas de gala encendidas, empezaron a saltar y a bailar. Al alba todavía seguían bailando.

*El marionetista Comefuego regala cinco monedas de oro a Pinocho para que se las entregue a su papá Geppetto, y Pinocho, en su lugar, se deja enredar por la Zorra y el Gato y se va con ellos*

A la mañana siguiente, Comefuego llamó aparte a Pinocho y le preguntó:

—¿Cómo se llama tu padre?

—Geppetto.

—¿Y de qué trabaja?

—De pobre.

—¿Y gana mucho?

—Gana todo lo necesario para pasar media vida sin blanca. Piense que para comprarme el abecedario de la escuela tuvo que vender la única zamarra que llevaba; zamarra que, entre parches y remiendos, era un andrajo.

—Pobre diablo, ya me da pena. Aquí tienes estas cinco monedas de oro. Se las llevas enseguida y le saludas de mi parte.

Pinocho, como podéis imaginar, le dio mil veces las gracias al marionetista; abrazó una tras otra a las marionetas de la compañía, incluso a los gendarmes y, loco de alegría, se puso en camino para regresar a casa.

No había recorrido ni medio kilómetro cuando se topó en el camino con una Zorra que cojeaba de un pie y con un Gato ciego de los dos ojos, que iban por ahí, ayudándose entre ellos como buenos compañeros de desventura. La Zorra, que era coja, caminaba apoyándose en el Gato, y el Gato, ciego, se dejaba conducir por la Zorra.

—Buenos días, Pinocho —le dijo la Zorra con desenvoltura.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó la marioneta.

—Conozco bien a tu papá.

—¿Dónde le viste?

—Ayer, a la puerta de casa.

—¿Y qué hacía?

—Estaba en mangas de camisa y temblaba de frío.

—¡Pobre papá! Pero, si Dios quiere, de hoy en adelante dejará de temblar.

—¿Por qué?

—Porque me he convertido en un gran señor.

—¿Tú, un gran señor? —preguntó la Zorra, que prorrumpió en una risa grosera y burlona.

Y el Gato también se puso a reír, pero para disimular se peinaba los bigotes con las patas anteriores.

—No sé de qué os reís —dijo Pinocho, susceptible—. Siento que se os pongan los

dientes largos, pero estas que veis, ¿las veis?, son cinco espléndidas monedas de oro.

Y sacó las monedas que le había regalado Comefuego.

Ante el alegre rumor de las monedas, la Zorra, sin querer, alargó la pata que parecía entumecida, y el Gato abrió unos ojos como platos que parecían dos farolas verdes. Luego, los cerró enseguida, de modo que Pinocho no se dio cuenta de nada.

—Y ahora —le preguntó la Zorra—, ¿qué piensas hacer con esas monedas?

—Ante todo —respondió la marioneta—, quiero comprarle a mi padre una chaqueta nueva, toda de oro y de plata y con los botones de brillantes, y luego quiero comprar un abecedario para mí.

—¿Para ti?

—Claro, porque quiero ir a la escuela y ponerme a estudiar como Dios manda.

—¡Fíjate en mí! —dijo la Zorra—. Por la tontería de estudiar, he perdido una pierna.

—¡Fíjate en mí! —dijo el Gato—. Por la tontería de estudiar, he perdido la visión de los dos ojos.

Entretanto, un Mirlo blanco, que estaba posado en el seto de la calle, se manifestó como de costumbre y dijo:

—¡Pinocho, no atiendas a los consejos de los malos amigos, o te arrepentirás!

Pobre Mirlo. ¡Mejor que no lo hubiera dicho! El Gato, pegando un gran salto, se le echó encima y, sin darle siquiera tiempo de decir ay, se lo zampó de un bocado, con plumas y todo.

Una vez que lo hubo devorado, y tras limpiarse la boca, cerró los ojos y volvió a hacerse el ciego como antes.

—Pobre Mirlo —le dijo Pinocho al Gato—, ¿por qué le has tratado tan mal?

—Para darle una lección. Así, en otra ocasión aprenderá a no meterse en asuntos ajenos.

Habían recorrido ya más de media calle cuando la Zorra, deteniéndose de repente, le dijo a la marioneta:

—¿Quieres multiplicar tus monedas de oro?

—¿Cómo?

—¿Quieres sacar cien, mil, dos mil ducados de estos cinco miserables que tienes?

—¡Ojalá! Pero ¿cómo?

—Es muy fácil. En lugar de regresar a casa, deberías venirte con nosotros.

—¿Y adónde me vais a llevar?

—Al País de los Panolis.

Pinocho se lo pensó un rato y dijo rotundamente:

—No, no quiero ir. Ahora estoy cerca de casa y quiero ir allí, donde está mi papá esperándome. Quién sabe, pobre anciano, cuánto suspiró ayer al ver que no regresaba. Lamentablemente, he sido un hijo malo, y el Grillo Parlante tenía razón cuando decía: «Los niños malos no se van a ir de rositas en este mundo». Y yo lo he experimentado en mis carnes, porque me han sucedido un montón de desgracias, e

incluso ayer en casa de Comefuego corrí peligro... ¡Brrr...! Me dan escalofríos solo de pensarlo.

—Entonces —dijo la Zorra—, ¿te quieres ir a tu casa? Pues vete, peor para ti.

—¡Mucho peor para ti! —repitió el Gato.

—Piénsalo bien, Pinocho: le estás dando la espalda a la fortuna.

—¡A la fortuna! —repitió el Gato.

—Tus cinco ducados, de hoy a mañana, se habrían convertido en dos mil.

—¡Dos mil! —repitió el Gato.

—Pero ¿cómo es posible que sean tantos? —preguntó Pinocho, que se quedó con la boca abierta del asombro.

—Te lo cuento enseguida —dijo la Zorra—. Hay que saber que en el País de los Panolis hay un campo bendito, al que todos llaman Campo de los Milagros. Tú practicas un pequeño hoyo en este campo y metes dentro, por ejemplo, un ducado de oro. Luego, cubres el hoyo con algo de tierra, lo riegas con dos baldes de agua de lluvia, le echas una pizca de sal y por la noche te vas tranquilamente a la cama. Mientras, durante la noche, el ducado germina y florece, y a la mañana, tras la salida del sol, al regresar al campo, ¿con qué te encuentras? Te encuentras un bonito árbol cargado con muchos ducados de oro, tantos como granos de trigo puede contener una hermosa espiga en el mes de junio.

—Así que —dijo Pinocho, más asombrado si cabe—, si yo enterrase en aquel campo mis cinco ducados, ¿cuántos encontraría a la mañana siguiente?

—Es un cálculo facilísimo —respondió la Zorra—, un cálculo que puedes hacer con la punta de los dedos. Supón que cada ducado te dé un racimo de quinientos: multiplica los quinientos por cinco, y a la mañana siguiente te ves con dos mil quinientos ducados contantes y sonantes en el bolsillo.

—¡Hala, qué bonito! —gritó Pinocho, que bailaba de alegría—. Tan pronto como recoja esos ducados, cogeré dos mil para mí y los quinientos restantes os los regalaré a vosotros.

—¿Un regalo para nosotros? —gritó la Zorra, indignándose y mostrándose ofendida—. ¡Dios te libre!

—¡Te libre! —repitió el Gato.

—Nosotros —repitió la Zorra— no trabajamos por el ruin interés: nosotros únicamente trabajamos para enriquecer a los demás.

—¡Los demás! —repitió el Gato.

«¡Qué buenas personas!», pensó para sí Pinocho. Y olvidándose inmediatamente de su papá, de la chaqueta nueva, del abecedario y de todos los buenos propósitos que se había hecho, les dijo a la Zorra y al Gato:

—Vámonos: voy con vosotros.



*La Posada de la Gamba Roja*

Camina que caminarás, al final, cuando ya oscurecía, llegaron muertos de cansancio a la Posada de la Gamba Roja.

—Detengámonos un momento aquí —dijo la Zorra—, para comer un bocado y descansar un rato. A medianoche retomaremos el camino, para alcanzar al alba el Campo de los Milagros.

Una vez en la posada, se sentaron todos a la mesa; pero nadie tenía apetito.

El pobre Gato, sintiéndose el estómago gravemente indispuerto, solo pudo comer treinta y cinco salmónes con salsa de tomate y cuatro porciones de tripa a la parmesana; y como la tripa no le pareció lo bastante sazonada, lo compensó pidiendo tres veces mantequilla y queso rallado.

La Zorra también habría picado algo con ganas; pero visto que el médico le había recetado una dieta rigurosa, se tuvo que resignar con una simple liebre de sabor fuerte y dulzón con una suave guarnición de pollos cebados y de gallitos tiernos. Más tarde, la Zorra se hizo servir como resopón un guiso de perdices, codornices, conejos, ranas, lagartijas y pasas de Corinto. Y luego ya no quiso más. Sentía tal náusea por la comida, decía, que apenas se podía llevar nada a la boca.

Quien menos comió de todos fue Pinocho. Pidió un puñado de nueces y un mendrugo de pan, y se lo dejó todo en el plato. El pobre niño, con el pensamiento fijo en el Campo de los Milagros, había sufrido una indigestión anticipada de monedas de oro.

Ya cenados, la Zorra le dijo al posadero:

—Denos dos buenas habitaciones, una para el señor Pinocho y otra para mí y mi compañero. Antes de ponernos en camino, echaremos una cabezadita. Recuerde, no obstante, que antes de la medianoche queremos que nos despierten para seguir viaje.

—Sí, señores —respondió el posadero, y les guiñó el ojo a la Zorra y al Gato, como diciendo: «Ya he caído en la cuenta, y ha quedado claro».

Tan pronto como Pinocho se metió en la cama, se durmió y empezó a soñar. Y, soñando, le parecía estar en medio de un campo, y el campo estaba lleno de arbolitos repletos de racimos, y los racimos estaban cargados de ducados de oro que, meciéndose al viento, hacían chin, chin, chin, como diciendo «Si nos quieres, ven a buscarnos». Pero en el mejor momento, cuando Pinocho alargó la mano para agarrar a puñados todas aquellas hermosas monedas y metérselas en el bolsillo, le despertaron de pronto tres violentos golpes en la puerta de la habitación.

Era el posadero, que venía a anunciar que había sonado la medianoche.

—¿Y mis compañeros están listos? —preguntó la marioneta.

—¡Más que listos! Se marcharon hace dos horas.

—¿Y esas prisas?

—Porque el Gato ha recibido una embajada diciendo que su gatito mayor, enfermo de sabañones en los pies, estaba en peligro de muerte.

—¿Y la cena la han pagado?

—¿Y a usted qué le parece? Se trata de personas extremadamente educadas como para cometer semejante agravio contra su señoría.

—¡Lástima! ¡Ese agravio habría sido un verdadero placer! —dijo Pinocho, rascándose la cabeza. Luego preguntó—: ¿Y dónde han dicho que me esperaban esos amigos tan buenos?

—En el Campo de los Milagros, mañana por la mañana al salir el sol.

Pinocho pagó un ducado por su cena y por la de sus compañeros, y luego partió.

Pero casi podemos decir que partió a ciegas, porque en el exterior de la posada estaba oscuro, tan oscuro que no se veía a un palmo. En el campo en derredor no se oía aletear una hoja. Solo algunos pajarracos nocturnos, cruzando el camino de un seto a otro, acababan azotando las alas contra la nariz de Pinocho, que, pegando un salto hacia atrás por el miedo, gritaba «¿Quién va?», y el eco de las colinas circundantes repetía en la lejanía «¿Quién va?, ¿quién va?, ¿quién va?».

Mientras, al caminar, vio en un tronco de un árbol a un animalillo que brillaba con una luz pálida y opaca, como un quinqué metido en una lámpara de porcelana transparente.

—¿Quién eres? —le preguntó Pinocho.

—Soy la sombra del Grillo Parlante —respondió el animalillo con una vocecita tenue que parecía venir del mundo del más allá.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó la marioneta.

—Quiero darte un consejo. Da media vuelta y lleva los cuatro ducados que te han quedado a tu pobre papá, que llora y se desespera por no verte.

—Mañana mi papá será un gran señor, porque estos cuatro ducados se convertirán en dos mil.

—No te fíes, hijo mío, de aquellos que prometen hacerte rico de la noche a la mañana. Normalmente, o están locos o son unos liantes. Hazme caso, regresa.

—Yo, en cambio, quiero seguir adelante.

—¡Es muy tarde!

—Quiero seguir adelante.

—La noche está oscura...

—Quiero seguir adelante.

—El camino es peligroso...

—Quiero seguir adelante.

—Recuerda que los niños que quieren satisfacer sus caprichos a su manera, antes o después se arrepienten.

—El cuento de siempre. Buenas noches, Grillo.

—Buenas noches, Pinocho, y que el cielo te salve del relente y de los asesinos.

Una vez dichas estas palabras, el Grillo Parlante se apagó de golpe como se apaga una candela al soplar, y el camino quedó más oscuro que antes.

*Pinocho, por no haber hecho caso de los buenos consejos del Grillo  
Parlante, se topa con los asesinos*

«¡La verdad —dijo para sí la marioneta reemprendiendo el viaje—, qué desgraciados somos los pobres niños! Todos nos gritan, todos nos amonestan, todos nos dan consejos. Si les dejaras hablar, a todos les daría por ser nuestros papás y nuestros maestros: todos, incluidos los grillos parlantes. He ahí por qué no he querido hacer caso a ese Grillo latoso: quién sabe cuántas desgracias, según él, me tendrían que suceder. ¡Acabaría hasta encontrando asesinos! Menos mal que no creo en asesinos, nunca he creído. Para mí que los asesinos los han inventado aposta los papás, para meter miedo a los niños que quieren salir de noche. Y además, si llegara a encontrármelos en el camino, ¿me iban a causar aprensión? Ni en sueños. Les iría de cara, gritando: “Señores asesinos, ¿qué quieren de mí? Piensen que conmigo no se juega. ¡Vayan, pues, a lo suyo, y calladitos!”. Ante esta perorata tan seria, esos pobres asesinos, ya me parece verlos, huirían como alma que lleva el diablo. Y en caso de que fueran tan maleducados que no quisieran escapar, entonces escaparía yo, y sanseacabó...»

Pero Pinocho no pudo concluir su razonamiento, porque en aquel momento le pareció oír a su espalda un levísimo murmullo de hojas.

Se volvió para mirar, y vio en la oscuridad a dos figurones negros arrebuajados en dos sacas de carbón, que corrían detrás de él y de puntillas, como si fueran dos fantasmas.

«¡Ahí están, es cierto!», dijo para sí y, sin saber dónde esconder los cuatro ducados, se los metió en la boca y, más concretamente, bajo la lengua.

Entonces intentó escapar. Pero no había dado todavía el primer paso cuando sintió que le agarraban por los brazos y oyó dos voces horrendas y cavernosas que decían:

—¡La bolsa o la vida!

Pinocho, al no poder responder de palabra a causa de las monedas que llevaba en la boca, hizo mil mohínes y pantomimas para dar a entender a los dos de la capa, de quienes solo se veían los ojos a través de los agujeros en los sacos, que él era una pobre marioneta que no llevaba en el bolsillo ni siquiera un céntimo.

—¡Venga, venga! ¡Menos charla y saca el dinero! —gritaron, amenazantes, los dos salteadores.

Y la marioneta, con la cabeza y con las manos, hizo ademán de decir: «No tengo».

—Saca el dinero o eres hombre muerto —dijo el asesino más alto.

—¡Muerto! —repitió el otro.

—Y después de matarte a ti, mataremos también a tu padre.

—¡A tu padre también!

—¡No, no, no, a mi pobre papá no! —gritó Pinocho, desesperado; pero, al gritar, los ducados le sonaron dentro de la boca.

—¡Ah, truhán! ¿Así que el dinero lo has escondido bajo la lengua? ¡Escúpelo enseguida!

Pinocho resistió.

—Así que te haces el sordo. Espera un poco, que ya hallaremos el modo de hacértelos escupir.

De hecho, uno de ellos aferró a la marioneta por la punta de la nariz y el otro por la barbilla, y entonces empezaron a tirar descaradamente, de un lado y de otro, hasta obligarlo a abrir la boca; pero no hubo manera. La boca de la marioneta parecía atrancada y remachada.

Entonces, el asesino más pequeño, tras sacar un gran cuchillo, trató de clavárselo como una palanca o un puntero entre los labios; pero Pinocho, vivo como el rayo, le adentelló la mano con los dientes y, tras habérsela cercenado limpiamente de un mordisco, la escupió. Imaginad su asombro cuando, en lugar de una mano, se apercibió que había escupido una zarpa de gato.

Envalentonado por esta primera victoria, se liberó por la fuerza de las zarpas de los asesinos y, saltando el seto del camino, se puso a huir por el campo. Los asesinos se pusieron a correr detrás de él como dos perros tras una liebre, y el que había perdido la patita corría con una sola pata, y jamás se supo cómo se las ingenió.

Tras una carrera de quince kilómetros, Pinocho ya no podía más. Entonces, al verse perdido, trepó por el tronco de un pino altísimo y se quedó sentado en lo alto del ramaje. Los asesinos también trataron de trepar, pero, cuando ya habían llegado a la mitad del tronco, resbalaron y, precipitándose a tierra, se despellejaron manos y pies.

No por ello se dieron por vencidos; es más, tras recoger un haz de leña seca al pie del pino, le pegaron fuego. En menos de nada, el pino empezó a arder y a consumirse como una candela agitada por el viento. Pinocho, al ver que las llamas iban hacia arriba, y reacio a terminar como un pichón asado, pegó un buen salto desde la copa del árbol y, hala, a correr de nuevo por campos y viñedos. Y los asesinos seguían detrás sin cansarse nunca.

Mientras, empezaba a despertar el día y aquellos no dejaban de perseguirse; cuando de pronto Pinocho se vio bloqueado el paso por una fosa grande y profunda, llena de agua sucia, del color del café con leche. ¿Qué hacer? «¡Uno, dos tres!», gritó la marioneta y, cogiendo carrerilla, saltó hasta la otra orilla. Los asesinos lograron también saltar, pero no le tenían cogida la medida, y ¡chof!... se precipitaron al fondo de la fosa. Pinocho oyó el ruido y el agua que salpicaba, aulló de la risa y siguió corriendo:

—Que disfruten del baño, señores asesinos.

E imaginaba ya que se habían ahogado del todo cuando de pronto, al volverse

para mirar, se dio cuenta de que corrían detrás de él, siempre arrebujados en sus sacos y chorreando agua como dos canastas desfondadas.

*Los asesinos persiguen a Pinocho y, tras haberle alcanzado, lo cuelgan de una rama del Roble Grande*

Entonces la marioneta, presa del desaliento, a punto estaba de echarse a tierra y de darse por vencida cuando, al mirar en derredor, vio que entre el verde oscuro de los árboles blanqueaba en la lejanía una casita cándida como la nieve.

«Si tuviera fuerzas para llegar hasta aquella casa, quizá estaría a salvo», dijo para sí.

Y sin entretenerse más, renovó su carrera por el bosque a buen paso. Con los asesinos siempre detrás.

Tras una carrera desesperada de casi dos horas, finalmente llegó sin resuello a la puerta de la casita y llamó.

Nadie respondió.

Volvió a llamar con mayor violencia, porque oía cómo se acercaba el rumor de los pasos y la respiración honda y afanada de sus perseguidores. El mismo silencio.

Al darse cuenta de que llamar no servía para nada, empezó, por desesperación, a pegar patadas y cabezazos a la puerta. Se asomó entonces a la ventana una hermosa Niña, con el pelo turquesa y el rostro blanco como una imagen de cera, los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. La Niña, sin mover los labios ni un ápice, dijo con una voz que parecía salida de otro mundo:

—En esta casa no hay nadie. Están todos muertos.

—¡Pues ábreme tú! —gritó Pinocho llorando e implorando.

—Yo también estoy muerta.

—¿Muerta? Y entonces, ¿qué haces asomada a la ventana?

—Espero que el ataúd me venga a llevar consigo.

Tan pronto como lo hubo dicho, la Niña desapareció, y la ventana se cerró sin hacer ruido.

—¡Oh, hermosa Niña del pelo turquesa —gritaba Pinocho—, ábreme, por compasión! Ten piedad de un pobre niño perseguido por los asesi...

Pero no pudo terminar de hablar, porque sintió cómo le agarraban del cuello y oyó los dos vozarrones habituales que mascullaban amenazadoramente:

—Ahora sí que no te escapas.

La marioneta, viendo que la muerte se le aparecía ante los ojos, fue presa de un temblor tan fuerte que al temblar le rechinaban las juntas de las piernas de madera, así como los cuatro ducados que tenía escondidos bajo la lengua.

—Y entonces —le preguntaron los asesinos—, ¿quieres abrir la boca, sí o no? Ah, ¿no respondes?... No te preocupes, que esta vez te la haremos abrir nosotros.

Y tras sacar dos cuchillotes bien largos y afilados como navajas, zaf y zaf, le

asestaron dos golpes en plenos riñones.

Por suerte, la marioneta estaba hecha de una madera muy recia, motivo por el cual las hojas, partiéndose, se rompieron en mil astillas, y los asesinos permanecieron con el mango de los cuchillos en la mano, mirándose entre ellos.

—Entiendo —dijo entonces uno de ellos—: hay que colgarle. ¡Colguémoslo!

—¡Colguémoslo! —repitió el otro.

Dicho y hecho, le ataron las manos a la espalda y, tras pasarle un nudo corredizo en torno a la garganta, lo aferraron colgando a la rama de una gran planta llamada el Roble Grande.

Entonces se quedaron allí, sentados en la hierba, a la espera de que la marioneta soltase el último pataleo; pero la marioneta, pasadas tres horas, seguía manteniendo los ojos abiertos, la boca cerrada y pataleaba más que nunca.

Aburridos de tanto esperar, se encararon a Pinocho y le dijeron, riendo de modo insolente:

—Adiós, hasta mañana. Cuando regresemos, auguramos que tendrás el detalle de encontrarte bien muerto y con la boca bien abierta.

Y se fueron.

Entretanto, se había levantado un viento impetuoso de tramontana que, soplando y mugiendo con rabia, azotaba por todas partes al pobre colgado, haciéndole ondear violentamente como el badajo de una campana que dobla para la fiesta. Y aquel vaivén le causaba una angustia tremenda, y el nudo corredizo, estrechándose cada vez más en torno a la garganta, le cortaba la respiración.

Poco a poco, los ojos se le fueron nublando; y aunque sentía que la muerte le rondaba, también esperaba que de un momento a otro apareciera alguna alma caritativa para ayudarle. Pero cuando, sin dejar de esperar, vio que no aparecía nadie, pero es que nadie, entonces le volvió a la mente su pobre padre... y balbució casi moribundo:

—¡Oh, papá mío!... Si estuvieras aquí...

Y no le quedó resuello para decir más. Cerró los ojos, abrió la boca, estiró las piernas y, dando una gran sacudida, se quedó allí como paralizado.



*La hermosa Niña del pelo turquesa hace recoger a la marioneta, la acuesta y llama a tres médicos para saber si está viva o muerta*

Mientras el pobre Pinocho, colgado por los asesinos en la rama del Roble Grande, parecía ya más muerto que vivo, la hermosa Niña del pelo turquesa se asomó de nuevo a la ventana y, compadeciéndose al ver a aquel infeliz que, suspendido por el cuello, marcaba el baile de San Vito con las rachas de tramontana, batió las manos tres veces y dio tres golpecitos.

Ante dicha señal, se oyó un gran rumor de alas que volaban con apresurado ímpetu, y un gran Halcón vino a posarse sobre el alféizar de la ventana.

—¿Qué dispone, mi graciosa Hada? —dijo el Halcón bajando el pico en acto de reverencia (pues cabe saber que la Niña del pelo turquesa no era sino un Hada buenísima que desde hacía más de mil años vivía en las cercanías de aquel bosque).

—¿Ves aquella marioneta que cuelga atada a una rama del Roble Grande?

—La veo.

—Pues bien, vuela enseguida hasta allí, rompe con tu imponente pico el nudo que la mantiene suspendida en el aire y deposítala delicadamente sobre la hierba al pie del Roble.

El Halcón levantó el vuelo y pasados dos minutos regresó, diciendo:

—Lo que me ha mandado, está hecho.

—¿Y cómo le has visto?, ¿vivo o muerto?

—Al verlo, parecía muerto, pero no debe de haber muerto aún del todo porque, tan pronto como he deshecho el nudo corredizo que le apretaba la garganta, ha soltado un suspiro para balbucir a media voz: «Ahora me siento mejor».

Entonces el Hada, batiendo palmas, dio dos golpecitos y apareció un magnífico Perro Faldero, que caminaba erguido sobre las patas traseras, como si de un hombre se tratara.

El Perro Faldero iba ataviado como un cochero con librea de gala. Se tocaba la cabeza con un sombrero de tres puntas ornado de oro, una peluca blanca con rizos que se le deslizaban cuello abajo, una armilla color chocolate con botones de brillantes y con dos grandes bolsillos para guardar los huesos que le regalaba el ama para comer, un par de calzas cortas de terciopelo carmesí, las medias de seda, los escaarpines bajos, y por detrás una suerte de funda de paraguas de raso turquesa, para introducir en ella la cola, cuando el tiempo amenazaba lluvia.

—Venga, sé bueno, Medoro —dijo el Hada al Perro Faldero—. Haz enganchar enseguida la mejor carroza de mi escudería y toma el camino del bosque. Una vez que llegues al Roble Grande, hallarás tendida en la hierba a una pobre marioneta medio muerta. Recógela con gentileza, acuéstala bien sobre los cojines de la carroza

y me la traes aquí. ¿Lo has entendido?

El Perro Faldero, para dar a entender que había comprendido, meneó tres o cuatro veces la funda de raso turquesa que llevaba por detrás y partió como un caballo árabe.

Al poco, se vio salir de la escudería una hermosa carrocita del color del aire, toda revestida de plumas de canario y forrada por dentro de nata montada y de crema con bizcochos. La carrocita iba tirada por cien parejas de ratoncitos blancos, y el Perro Faldero, sentado en el pescante, atizaba la fusta a diestra y siniestra, como suelen hacer los cocheros cuando temen llegar tarde.

No había pasado ni un cuarto de hora cuando la carrocita regresó, y el Hada, que esperaba en el umbral de casa, se colgó del cuello a la pobre marioneta y, tras llevársela a un cuartito que tenía las paredes de madreperla, hizo llamar inmediatamente a los médicos más famosos del vecindario.

Y los médicos llegaron enseguida, uno tras otro; esto es, llegaron un Cuervo, una Lechuza y un Grillo Parlante.

—Querría saber de ustedes, señores —dijo el Hada dirigiéndose a los tres médicos reunidos en torno al lecho de Pinocho—, querría saber de ustedes, señores, si esta desgraciada marioneta está viva o muerta.

Ante la petición, el Cuervo, el primero en dar un paso adelante, tomó el pulso a Pinocho, luego le palpó la nariz, luego el dedo pequeño del pie; y tras palparlo todo como es debido, pronunció solemnemente estas palabras:

—A mi parecer, la marioneta está muerta; pero si, por desgracia, no lo estuviera, entonces resultaría una señal indudable de que está viva.

—Lamento —dijo la Lechuza— tener que contradecir al Cuervo, amigo e ilustre colega: para mí, en cambio, la marioneta sigue viva; pero si, por desgracia, no lo estuviera, entonces resultaría una señal indudable de que está muerta.

—¿Y usted no dice nada? —inquirió el Hada al Grillo Parlante.

—Yo digo que el médico prudente, cuando no sabe lo que dice, lo mejor que puede hacer es callar. Por otra parte, esta marioneta no es una cara nueva: la conozco de hace tiempo.

Pinocho, que hasta entonces se había mantenido inmóvil como un auténtico trozo de madera, sufrió una especie de turbación convulsa que sacudió todo el catre.

—Esa marioneta de ahí —prosiguió el Grillo Parlante— es la tiña en persona...

Pinocho abrió los ojos y los volvió a cerrar enseguida.

—Es un travieso, un gandul, un vagabundo...

Pinocho escondió el rostro bajo las sábanas.

—Esa marioneta de ahí es un hijo desobediente que matará a su pobre papá de un soponcio.

En aquel momento se oyó en la estancia un rumor sofocado por llantos y sollozos. Imaginaos cómo se quedaron todos cuando, tras apartar un poco la sábana, se apercibieron de que quien lloraba era Pinocho.

—Cuando el muerto llora es señal de que está camino de recuperarse —dijo

solemnemente el Cuervo.

—Lamento contradecir a mi amigo e ilustre colega —añadió la Lechuza—, pero, para mí, cuando el muerto llora es señal de que le desagrada morir.

*Pinocho come azúcar, pero no quiere purgarse; sin embargo, cuando ve a los sepultureros que vienen a llevárselo, se purga. Luego cuenta una mentira y como castigo le crece la nariz*

Una vez que los tres médicos salieron de la habitación, el Hada se acercó a Pinocho y, tras tocarle la frente, se dio cuenta de que estaba aquejado por una fiebre brutal.

Entonces desleyó unos polvitos blancos en medio vaso de agua y, ofreciéndoselos a la marioneta, le dijo amorosamente:

—Bébetelo, y en unos pocos días te habrás curado.

Pinocho miró el vaso, torció un poco la boca, y luego preguntó en tono quejoso:

—¿Es dulce o amargo?

—Es amargo, te sentará bien.

—Si es amargo, no me lo bebo.

—Hazme caso: bébetelo.

—A mí lo amargo no me gusta.

—Bébetelo; y cuando te lo hayas bebido, te daré un terrón de azúcar para el sabor de boca.

—¿Dónde está el terrón de azúcar?

—Míralo —dijo el Hada, sacándolo de una azucarera de oro.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

El Hada le entregó el terrón, y Pinocho, tras haberlo triturado y tragado en un santiamén, dijo lamiéndose los labios:

—¡Ojalá el azúcar fuera también una medicina!... Me purgaría todos los días.

—Ahora, mantén tu promesa y bébete estas gotitas de agua; te devolverán la salud.

Pinocho cogió de mala gana el vaso e introdujo en él la punta de la nariz, luego se lo acercó a la boca, luego volvió a introducir la punta de la nariz, y por fin dijo:

—¡Es demasiado amarga, demasiado! No me la puedo beber.

—¿Cómo lo sabes, si ni siquiera la has probado?

—¡Me lo imagino! Lo he notado por el olor. Antes, quiero otro terrón de azúcar... y luego me la bebo.

Entonces, la Hada, con toda la paciencia de una buena mamá, le metió otro poco de azúcar en la boca; y le tendió de nuevo el vaso.

—Así no me la puedo beber —dijo la marioneta haciendo mil mohínes.

—¿Por qué?

—Porque me molesta ese cojín que tengo allí sobre los pies.

El Hada le quitó el cojín.

—¡Da igual! Ni siquiera así me la puedo beber.

—¿Qué es lo que te molesta ahora?

—Que la puerta de la habitación esté medio abierta.

El Hada se levantó y cerró la puerta.

—¡Vamos! —gritó Pinocho, estallando en un acceso de llanto—, ¡que este brebaje no me lo quiero beber, no, no, no!

—Hijo mío, te arrepentirás.

—No me importa.

—Tu enfermedad es grave.

—No me importa.

—La fiebre se te llevará al otro mundo en pocas horas.

—No me importa.

—¿No te da miedo la muerte?

—¡Para nada!... Antes morir que beberme ese mejunje.

En aquel momento se abrió de par en par la puerta de la habitación y entraron cuatro conejos negros como la pez, que cargaban sobre sus hombros un pequeño ataúd.

—¿Qué queréis de mí? —gritó Pinocho, irguiéndose aterrado para sentarse en la cama.

—Hemos venido a buscarte —respondió el conejo más grande.

—¿A buscarme? ¡Pero si yo todavía no estoy muerto!

—Todavía no, pero te quedan pocos minutos de vida, pues has rehusado beber la medicina que te habría curado la fiebre.

—Oh, Hada mía, Hada mía —empezó entonces a chillar la marioneta—, dame enseguida ese vaso. ¡Date prisa, por piedad, que no quiero morir, no, no quiero morir!

Y, tomando el vaso con ambas manos, lo vació de un trago.

—¡Paciencia! —dijeron los conejos—. Esta vez hemos hecho el viaje en balde.

Y echándose de nuevo el ataúd a la espalda, salieron de la habitación mascullando y murmurando entre dientes.

El caso es que, pasados unos pocos minutos, Pinocho saltó de la cama completamente curado: cabe saber que las marionetas de madera tienen el privilegio de enfermar raramente y de recobrase enseguida.

Y el Hada, al verle corriendo alborozado por la estancia, vivo y feliz como una perdiz, le dijo:

—Así que mi medicina te ha sentado bien de verdad.

—¡Más que bien! Me ha salvado la vida.

—Entonces, ¿por qué te has hecho de rogar así para bebértela?

—Resulta que los niños somos así. Nos dan más miedo las medicinas que la enfermedad.

—¡Qué vergüenza! Los niños deberían saber que un buen medicamento tomado a tiempo les puede salvar de una enfermedad grave y quizá incluso de morir.

—Oh, pero la próxima vez no me haré de rogar tanto, me acordaré de esos conejos negros con el ataúd a la espalda... y entonces agarraré enseguida el vaso y ¡adentro!

—Ahora ven aquí y cuéntame cómo fue que te viste en manos de los asesinos.

—La cosa fue que el marionetista Comefuego me dio unas monedas de oro y dijo «Toma, llévaselas a tu papá», y yo, en cambio, por el camino me encontré con una Zorra y un Gato, dos personas como Dios manda, que me dijeron «¿Quieres que estas cinco monedas se conviertan en mil y en dos mil? Ven con nosotros y te llevaremos al Campo de los Milagros». Y yo dije «Vamos», y ellos dijeron «Detengámonos aquí, en la Posada de la Gamba Roja, y pasada la medianoche reemprenderemos el camino». Y cuando me desperté, ellos ya no estaban, porque se habían ido. Entonces empecé a caminar de noche, que estaba de un oscuro que parecía imposible, de modo que encontré de camino dos asesinos dentro de dos sacos de carbón, que me dijeron «Saca el dinero», y yo dije «No tengo», porque las cuatro monedas de oro me las había escondido en la boca, y uno de los asesinos trató de meterme las manos en la boca y yo de un mordisco le seguí la mano y luego la escupí, pero en lugar de una mano escupí una zarpita de gato. Y los asesinos veng a correr detrás de mí, y yo veng a correr, hasta que me alcanzaron y me ataron por el cuello a un árbol de este bosque, diciendo «Mañana volveremos y entonces estarás muerto con la boca abierta, y así te sacaremos las monedas de oro que has escondido bajo la lengua».

—¿Y ahora dónde tienes las monedas? —le preguntó el Hada.

—Las he perdido —respondió Pinocho, pero era mentira, porque de hecho las llevaba en el bolsillo.

En cuanto soltó la mentira, su nariz, que ya era larga, le creció de golpe unos cinco centímetros más.

—¿Y dónde las has perdido?

—En el bosque de aquí cerca.

Con esta segunda mentira, la nariz siguió creciendo.

—Si las has perdido en el bosque cercano —dijo el Hada—, las buscaremos y las encontraremos, porque todo lo que se pierde en el bosque cercano siempre se encuentra.

—Ah, ahora que lo recuerdo —replicó la marioneta, haciéndose un lío—, las cuatro monedas no las he perdido, pero sin darme cuenta me las he tragado mientras bebía la medicina.

Con la tercera mentira, la nariz se le alargó de manera tan extraordinaria que el pobre Pinocho ya no podía darse la vuelta de ningún modo. Si se volvía hacia un lado, la nariz golpeaba contra la cama o en los cristales de la ventana; si se volvía hacia el otro, golpeaba contra las paredes; si levantaba un poco la cabeza, corría el riesgo de introducirla en un ojo del Hada.

Y el Hada le miraba y se reía.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó la marioneta, toda confundida y pensativa ante

aquella nariz suya, que crecía ante sus ojos.

—Me río de la mentira que has contado.

—¿Cómo sabes que he contado una mentira?

—Las mentiras, hijo mío, se reconocen enseguida porque las hay de dos clases: están las mentiras de piernas cortas y las mentiras de nariz larga. La tuya, precisamente, es de las que tienen la nariz larga.

Pinocho, si saber dónde esconderse por la vergüenza, trató de escapar de la habitación; pero no pudo. La nariz le había crecido de tal manera que ya no pasaba por la puerta.

*Pinocho se reencuentra con la Zorra y el Gato y se va con ellos a sembrar las cuatro monedas de oro al Campo de los Milagros*

Como podéis imaginar, el Hada dejó que la marioneta llorara y gritara una buena media hora, a causa de aquella nariz suya que no pasaba por la puerta de la habitación; y lo hizo para darle una severa lección y para que enmendara la pésima costumbre de contar mentiras, el peor vicio que pueda tener un chaval. Pero cuando le vio transfigurado y con los ojos que se le salían de las órbitas por la desesperación, entonces, conmovida, dio una palmada y, ante aquella señal, entraron por la ventana un millar de grandes pájaros llamados Picos que, posándose en la nariz de Pinocho, empezaron a picotéarsela hasta tal extremo que, en pocos minutos, aquella enorme nariz se vio reducida a su tamaño natural.

—Qué buena eres, Hada mía —dijo la marioneta secándose los ojos—, ¡y cuánto te quiero!

—También yo te quiero —respondió el Hada—, y si quieres quedarte conmigo, serás mi hermanito y yo tu hermanita.

—Yo me quedaría encantado... pero ¿y mi pobre papá?

—He pensado en todo. Tu papá ya ha sido advertido, y antes de que anochezca estará aquí.

—¿De verdad? —gritó Pinocho saltando de alegría—. Entonces, Hadita mía, si te parece, quisiera ir a buscarle. No veo el momento de darle un beso a ese pobre anciano que tanto ha sufrido por mí.

—Ve, pues, pero ten cuidado de no perderte. Toma el camino del bosque, y estoy segura de que le encontrarás.

Pinocho partió y, tan pronto como penetró en el bosque, empezó a correr como una cabritillo. Pero cuando llegó hasta cierto extremo, casi frente al Roble Grande, se detuvo porque le pareció oír a gente entre la espesura. De hecho, vio aparecer en el camino... ¿lo adivináis?... a la Zorra y el Gato con quienes había cenado en la Posada de la Gamba Roja.

—¡Hete aquí a nuestro querido Pinocho! —gritó la Zorra abrazándole y besándole—. ¿Qué haces tú por aquí?

—¿Qué haces tú por aquí? —repitió el Gato.

—Es una larga historia —dijo la marioneta—, y os la contaré sin problemas. Debéis saber, sin embargo, que la pasada noche, cuando me dejasteis solo en la posada, me topé con los asesinos por el camino.

—¿Los asesinos?... ¡Pobre amigo! ¿Y qué querían?

—Me querían robar las monedas de oro.

—¡Canallas! —dijo la Zorra.



—¡Muy canallas! —repitió el Gato.

—Pero yo me dispuse a escapar —prosiguió la marioneta—, y ellos siempre detrás, hasta que me alcanzaron y me colgaron de una rama del Roble.

Y Pinocho señaló el Roble Grande, que estaba allí, a dos pasos.

—¿Es posible oír algo peor? —dijo la Zorra—. ¡En qué mundo estamos condenados a vivir! ¿Dónde hallaremos refugio seguro los auténticos señores?

Mientras así discurrían, Pinocho se dio cuenta de que el Gato cojeaba de la pata delantera derecha, pues de hecho le faltaba toda la zarpita con sus garras; así que le preguntó:

—¿Qué has hecho con la zarpa?

El Gato quería responder, pero se lió. Entonces la Zorra se apresuró a decir:

—Mi amigo es excesivamente modesto, y por eso no responde. Lo haré yo por él. Debes saber que hace una hora nos hemos encontrado por el camino a un viejo lobo, casi desvanecido por el hambre, y que nos ha pedido una limosna. Como no teníamos para darle ni una espina de pescado, ¿qué ha hecho mi amigo, que tiene un auténtico corazón de oro? Se ha segado con los dientes una zarpita de sus patas delanteras y la ha arrojado a la pobre bestia, para que pudiera matar el hambre.

Y la Zorra, tras decir esto, se secó una lágrima.

Pinocho, igualmente conmovido, se acercó al Gato susurrándole al oído:

—Si todos los gatos fueran como tú, ¡qué suerte para las ratas!

—¿Y qué haces ahora por estos lares? —le preguntó la Zorra a la marioneta.

—Espero a mi papá, que llegará de un momento a otro.

—¿Y tus monedas de oro?

—Las llevo en el bolsillo, menos una que me gasté en la Posada de la Gamba Roja.

—¡Y pensar que, en lugar de cuatro monedas, estas podrían convertirse mañana en mil y dos mil! ¿Por qué no atiendes a mi consejo? ¿Por qué no vas a sembrarlas al Campo de los Milagros?

—Hoy es imposible; iré otro día.

—Otro día será tarde —dijo la Zorra.

—¿Por qué?

—Porque ese campo lo ha comprado un gran señor, y desde mañana ya no estará permitido sembrar dinero.

—¿A qué distancia está el Campo de los Milagros?

—Apenas a dos kilómetros. ¿Quieres venir con nosotros? En media hora estás allí: siembras enseguida las cuatro monedas, pasados unos minutos recoges dos mil y esta noche regresas aquí con los bolsillos llenos. ¿Quieres venir con nosotros?

Pinocho vaciló un poco al responder porque le venían a la cabeza el Hada buena, el viejo Geppetto y las advertencias del Grillo Parlante, pero luego acabó haciendo lo que hacen todos los niños sin una pizca de juicio y sin corazón: o sea, que sacudió la cabeza, y les dijo a la Zorra y al Gato:

—Vamos, pues; yo también voy.

Y se fueron.

Tras haber caminado media jornada, llegaron a una ciudad llamada Engañabobos. Una vez en la ciudad, Pinocho vio todas las calles pobladas de perros andrajosos que bostezaban de hambre, de ovejas esquiladas que temblaban de frío, de gallinas sin cresta y sin papada que pedían un grano de maíz como limosna, de grandes mariposas que ya no podían volar porque habían vendido sus bellísimas alas de colores, de pavos reales sin cola que se avergonzaban de que les vieran y de faisanes que marchaban calmos y que se dolían de sus resplandecientes plumas de oro y plata perdidas ya para siempre.

En medio de esta multitud de pedigüeños y miserables avergonzados, pasaban de vez en cuando algunas carrozas señoriales con una zorra dentro, o una urraca, o algún pajarraco de rapiña.

—¿Y el Campo de los Milagros dónde está? —preguntó Pinocho.

—Aquí, a dos pasos.

Dicho y hecho, cruzaron la ciudad y, tras atravesar las murallas, se detuvieron en un campo solitario que, más o menos, se parecía a todos los demás campos.

—Ya estamos —le dijo la Zorra a la marioneta—. Ahora agáchate, excava con las manos una pequeña fosa y mete dentro las monedas de oro.

Pinocho obedeció: cavó la fosa, introdujo las cuatro monedas de oro que le quedaban y luego recubrió la fosa con un poco de tierra.

—Y ahora —dijo la Zorra—, te vas a la acequia de aquí cerca, coges un balde de agua y riegas el terreno donde has sembrado.

Pinocho se fue a la acequia y, como allí mismo no tenía ningún balde, se quitó una pantufla y, tras llenarla de agua, regó la tierra que cubría la fosa. Luego preguntó:

—¿Hay que hacer algo más?

—Nada más —respondió la Zorra—. Ya podemos irnos. Tú regresas dentro de veinte minutos, y hallarás un arbolito ya crecido y con las ramas cargadas de monedas.

La pobre marioneta, muy contenta, dio mil veces las gracias a la Zorra y al Gato, y les prometió un fantástico regalo.

—Nosotros no queremos regalos —respondieron aquel par de sinvergüenzas—. Nos basta con haberte enseñado la manera de enriquecerte sin pasar apuros, y nos quedamos más contentos que unas pascuas.

Dicho lo cual, saludaron a Pinocho y, tras augurarle una buena recogida, se fueron a sus asuntos.

*A Pinocho le roban sus monedas de oro, y como castigo se gana cuatro meses de cárcel*

La marioneta, tras regresar a la ciudad, empezó a contar los minutos uno tras otro y, cuando le pareció que ya era la hora, retomó sin tardar el camino que conducía al Campo de los Milagros.

Y mientras caminaba con paso apresurado, el corazón le latía fuerte y le hacía tictac, tictac, como un carillón cuando se acelera. Y, mientras, pensaba en su interior:

«¿Y si en lugar de mil monedas, encontrase dos mil en las ramas del árbol? ¿Y si en lugar de dos mil encontrase cinco mil? ¿Y si en lugar de cinco mil encontrase cien mil? ¡Oh, en qué gran señor me convertiría entonces! Querría tener un buen palacio, mil caballitos de madera y mil escuderías para poder hacer el indio, una cantina de vermut y de grosella y una librería repleta de golosinas, de tartas, de bizcochos, de almendrados y *cannoli*.»

Fantaseando de este modo, llegó a las cercanías del campo, y allí se detuvo a ver si por casualidad alcanzaba a divisar algún arbolito con las ramas cargadas de monedas; pero no vio nada. Dio otros cien pasos, y nada; entró en el campo para dirigirse directamente a la pequeña fosa, donde había sepultado sus ducados, y nada. Entonces se mostró pensativo y, olvidando todas las normas de la virtud y de los buenos modales, se sacó una mano del bolsillo y se puso a rascarse largamente la cabeza.

Entonces oyó que le silbaba en los oídos una gran risotada y, volviéndose hacia arriba, vio encima de un árbol a un gran Papagayo que se despiojaba las pocas plumas que tenía.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó Pinocho, en un berrinche.

—Me río porque al despiojarme he notado cosquillas bajo las alas.

La marioneta no respondió. Se acercó a la acequia y, tras rellenar de agua la pantufla, se metió de nuevo a regar la tierra que recubría las monedas de oro.

Y entonces otra risotada, más impertinente incluso que la primera, se dejó oír en la soledad silenciosa de aquel campo.

—Veamos —gritó Pinocho, enrabiado—, ¿se puede saber, Papagayo maleducado, de qué te ríes?

—Me río de los papanatas que se creen todas las necedades y que se dejan engatusar por los que son más listos.

—¿Hablas quizá de mí?

—Sí, hablo de ti, pobre Pinocho, de ti, que tienes tan pocas luces como para creer que el dinero se puede sembrar y recoger en los campos, como se siembran las alubias y los pepinos. También yo lo creí en su momento, y todavía me arrepiento.

Hoy (¡aunque demasiado tarde!) he tenido que convencerme de que para reunir honestamente algo de dinero hay que sabérselo ganar con el trabajo de las propias manos o con el ingenio de la propia cabeza.

—No te entiendo —dijo la marioneta que ya empezaba a temblar de miedo.

—¡Paciencia! Me explicaré mejor —añadió el Papagayo—. Debes saber que, mientras te hallabas en la ciudad, la Zorra y el Gato regresaron a este campo, recogieron las monedas de oro sepultadas y huyeron como alma que lleva el diablo. A ver quién los alcanza ahora.

Pinocho se quedó con la boca abierta y, no queriendo creer las palabras del Papagayo, empezó a excavar con manos y uñas el terreno que acababa de regar. Y, cava que cavarás, practicó un foso tan hondo que habría cabido un pajar entero; pero las monedas ya no estaban.

Preso entonces de la desesperación, regresó a la carrera a la ciudad y se fue directo al tribunal para denunciar ante el Juez a los dos malandrines que le habían robado.

El Juez era un simio de la raza de los gorilas, un viejo simio respetable por su edad venerable, por su barba blanca y especialmente por sus gafas de oro, sin cristales, que se veía obligado a llevar siempre a causa de una inflamación ocular que lo atormentaba desde hacía bastantes años.

Pinocho, ante la presencia del Juez, relató con pelos y señales el fraude inicuo del que había sido víctima, dio el nombre, apellido y los rasgos de los malandrines y acabó pidiendo justicia.

El Juez le escuchó con benignidad, participó vivamente de su historia, se enterneció, se conmovió y, cuando la marioneta ya no tuvo más que decir, alargó la mano e hizo sonar la campanilla.

Con aquel tintineo aparecieron enseguida dos mastines vestidos como gendarmes.

Entonces el Juez, señalando a Pinocho, les dijo a los gendarmes:

—Este pobre diablo ha sido víctima del robo de cuatro monedas de oro, así que apresadlo y metedlo inmediatamente en la cárcel.

La marioneta, oyendo que le caía aquella imprevista sentencia, se quedó patidifusa y quiso protestar; pero los gendarmes, para evitar inútiles contratiempos, le taparon la boca y lo condujeron a la jaula.

Y allí permaneció cuatro meses, cuatro larguísimos meses; y hubiera permanecido más tiempo aún si no se hubiera producido un hecho inmensamente afortunado. Pues cabe saber que el Emperador que reinaba en la ciudad de Engañabobos, tras haberse cobrado una gran victoria contra sus enemigos, ordenó la celebración de grandes festividades, se dispuso un alumbrado de feria, hubo fuegos artificiales, carreras de caballos árabes y de velocípedos y, como señal de la mayor exaltación, quiso que se abrieran las cárceles y que salieran todos los malandrines.

—Si los demás salen de la cárcel, también quiero salir yo —le dijo Pinocho al carcelero.

—Usted no —repuso aquel—, porque usted no pertenece a la mayoría.

—Perdone —replicó Pinocho—, pero yo también soy un malandrín.

—En ese caso, tiene toda la razón —dijo el carcelero y, quitándose la gorra respetuosamente al tiempo que le saludaba, le abrió la puerta de la cárcel y le dejó escapar.

*Liberado de la cárcel, se dirige de regreso a casa del Hada; pero por el camino se encuentra a una horrible Serpiente, y luego queda atrapado en un cepo*

Imaginad la alegría de Pinocho cuando se vio libre. Sin pensarlo un segundo, salió inmediatamente de la ciudad y retomó el camino que debía conducirle a la casita del Hada.

Por culpa del tiempo lluvioso, el camino se había convertido en una ciénaga que llegaba hasta las rodillas. Pero la marioneta no se daba por enterada. Anhelante por el deseo de volver a ver a su papá y a su hermanita del pelo turquesa, corría pegando saltos como un perro de caza, y al correr se iba salpicando barro hasta la gorra. Mientras, decía para sí:

«¡Cuántas desgracias me han sucedido! Y me las merezco porque soy una marioneta tozuda y obstinada... y siempre quiero hacer las cosas a mi modo, sin atender a los que me aprecian y que tienen mil veces más sentido común que yo... Pero a partir de ahora me propongo cambiar de vida y convertirme en un niño obediente y como Dios manda. De hecho, ya he visto bien que los niños desobedientes pierden siempre y no les sale nada a derechas... ¿Y mi papá me habrá esperado? ¿Lo encontraré en casa del Hada? Hace tanto tiempo, pobre hombre, que no le veo, que ansío hacerle mil caricias y comérmelo a besos... ¿Y el Hada me perdonará mi mala acción?... Y pensar que me ha dedicado tanta atención y tantos cuidados amorosos, y pensar que, si hoy estoy vivo, ¡se lo debo a ella! ¿Es posible que exista un niño más ingrato y con menos corazón que yo?».

Mientras así meditaba, se detuvo de golpe, asustado, y dio cuatro pasos atrás.

¿Qué había visto?

Había visto tendida en medio del camino una gran Serpiente, que tenía la piel verde, los ojos de fuego y la cola puntiaguda y humeante como la campana de una chimenea.

Imposible imaginar el miedo de la marioneta, que, alejándose más de medio kilómetro, se sentó sobre un montoncito de piedras, esperando a que la Serpiente se marchara de una vez a su aire y dejara libre el paso por el camino.

Esperó una hora, dos horas, tres horas; pero la Serpiente seguía allí, y hasta de lejos se veía el centelleo de sus ojos de fuego y la columna de humo que le salía de la punta de la cola.

Entonces Pinocho, creyendo tener arrestos, se acercó a unos pocos pasos de distancia y, con dulce vocecita, insinuante y fina, le dijo a la Serpiente:

—Perdone, señora Serpiente, ¿tendría la amabilidad de apartarse un poquito para dejarme pasar?

Fue como hablarle a la pared: nadie se movió.

Entonces recomenzó con la misma vocecita:

—Debe saber, señora Serpiente, que yo me voy a casa, donde está mi papá que me espera y a quien hace mucho tiempo que no veo... ¿Le parece, pues, que siga mi camino?

Esperó una señal de respuesta a la pregunta, pero esta no llegó; es más, la Serpiente, que hasta entonces parecía briosa y llena de vida, se quedó inmóvil y como agarrotada. Se le cerraron los ojos y la cola dejó de humear.

—¿Se habrá muerto en serio? —dijo Pinocho, restregándose las manos muy contento.

Y sin perder tiempo se dispuso a pasar por encima hasta el otro lado del camino. Pero no había terminado de levantar la pierna cuando la Serpiente se irguió súbitamente como un muelle que se dispara, y la marioneta, al echarse hacia atrás asustada, tropezó y cayó al suelo.

Y además cayó de tan mala manera que quedó con la cabeza metida en el barro del camino y agitando las piernas en el aire.

A la vista de aquella marioneta que pataleaba como un molinillo con la cabeza enterrada, la Serpiente se vio presa de una convulsión de risa tal que, sin dejar de reír, al final, por el esfuerzo de las propias carcajadas, se le reventó una vena del pecho, y esta vez murió de verdad.

Entonces Pinocho empezó a correr para llegar a casa del Hada antes de que oscureciera. Pero por el camino, al no poder soportar más la comezón del hambre, saltó a un campo con la intención de coger unos racimos de uva moscatel. ¡Mejor que no lo hubiera hecho jamás!

Recién llegado bajo las cepas, ¡crac!... sintió que le atenazaban las piernas con dos hierros cortantes que le hicieron ver todas las estrellas del cielo.

La pobre marioneta había quedado pillada en un cepo dispuesto allí por algún campesino para cazar las grandes garduñas que eran el flagelo de todos los corrales del vecindario.

*Pinocho es secuestrado por un campesino que le obliga a hacer de perro  
guardián en un corral*

Pinocho, como os podéis figurar, se echó a llorar, a chillar, a implorar; pero eran llantos y gritos inútiles, porque por allí no se veían casas y por el camino no pasaba ni un alma.

Y así se hizo de noche.

En parte por el dolor del cepo que le serraba las tibias, en parte por el miedo de encontrarse solo y a oscuras en medio del campo, la marioneta estaba a punto de desmayarse cuando, de pronto, viendo que una Luciérnaga pasaba por encima de su cabeza, la llamó y le dijo:

—Oh, Luciérnaga bonita, ¿me harías el favor de libramme de este suplicio?

—¡Pobre crío! —replicó la Luciérnaga, deteniéndose, apiadada, a mirarlo—. ¿Cómo es que te has quedado con las piernas atenazadas entre estos hierros afilados?

—Entré en el campo para coger dos racimos de esta uva moscatel, y...

—Pero ¿la uva era tuya?

—No...

—¿Y quién te ha enseñado a ti a llevarte lo que no es tuyo?

—Tenía hambre...

—El hambre, hijo mío, no es buen motivo para apropiarse de lo que no es nuestro.

—¡Es verdad, es verdad! —gritó Pinocho llorando—. Pero no lo volveré a hacer.

En aquel momento, el diálogo se vio interrumpido por un leve rumor de pasos que se aproximaban. Era el dueño del campo, que venía de puntillas a ver si había caído en la trampa alguna garduña de las que se le comían los pollos por la noche.

Y su asombro fue enorme cuando, al sacar el quinqué de debajo de la zamarra, se dio cuenta de que, en lugar de una garduña, había atrapado a un chaval.

—¡Ah, ladronzuelo! —dijo el campesino, enfurecido—, ¿así que eres tú quien se me lleva las gallinas?

—¡Yo no, yo no! —gritó Pinocho, sollozando—. Yo solo me he metido en el campo para coger dos racimos de uva.

—Quien puede robar uvas es bien capaz de robar pollos. Déjame a mí, que te voy a dar una lección que recordarás durante mucho tiempo.

Y, tras abrir el cepo, aferró a la marioneta por el cogote y se lo llevó a peso hasta casa, como se cargaría con un lechal.

Una vez llegado a la era de casa, lo arrojó al suelo y, poniéndole un pie sobre el cuello, le dijo:

—Ya es tarde y me quiero acostar. Mañana pasaremos cuentas. Mientras tanto,



visto que hoy se ha muerto el perro que me hacía la guardia por la noche, tú vas a asumir su puesto. Me harás de perro guardián.

Dicho y hecho: le encadenó al cuello un grueso collar revestido de punzones de metal y se lo apretó de modo que no pudiera quitárselo. Al collar iba enganchada una larga cadena de hierro que quedaba fijada al muro.

—Si esta noche se pone a llover —dijo el campesino—, puedes acostarte en aquella casita de madera, donde siempre hay paja y que ha sido el lecho de mi pobre perro durante cuatro años. Y si por desgracia vinieran los ladrones, acuérdate de levantar las orejas y de ladrar.

Tras esta advertencia, el campesino entró en la casa y cerró la puerta con un buen candado, y el pobre Pinocho se quedó acurrucado en la era, más muerto que vivo a causa del frío, del hambre y del miedo. De vez en cuando, metiéndose rabiosamente las manos dentro del collar que le apretaba la garganta, decía llorando:

—¡Me lo merezco! ¡Es una pena, pero me lo merezco! He querido ir de gándul, de vagabundo; he querido hacer caso de las malas compañías, y por eso la desgracia no deja de perseguirme. Si hubiera sido un chiquillo como Dios manda y de los que hay tantos, si hubiera querido estudiar y trabajar, si me hubiera quedado en casa con mi pobre papá, ahora no me encontraría aquí, en medio de los campos, haciendo de perro guardián en la casa de un campesino. ¡Oh, si pudiera volver a nacer! Pero ya es tarde, paciencia.

Después de este pequeño desahogo que le había salido de dentro, entró en la casita y se durmió.

*Pinocho descubre a los ladrones y, como recompensa por haber sido fiel, es puesto en libertad*

Hacía ya más de dos horas que dormía tan ricamente cuando, hacia la medianoche, le despertó un bisbiseo y unos susurros de vocecitas extrañas que le pareció oír en la era. Sacando la punta de la nariz por la entrada de la casita, vio reunidos en concilio a cuatro animalillos de pelaje oscuro, que parecían gatos. Pero no eran gatos: eran guarduñas, animalitos carnívoros, golosísimos sobre todo de huevos y de pollitos. Uno de ellos, alejándose de sus compañeros, acudió a la entrada de la casita y dijo quedo:

—Buenas noches, Melampo.

—Yo no me llamo Melampo —respondió la marioneta.

—Y entonces, ¿quién eres?

—Soy Pinocho.

—¿Y qué haces aquí?

—Hago de perro guardián.

—¿Y Melampo dónde anda? ¿Dónde está el viejo perro que dormía en esta casita?

—Murió esta mañana.

—¿Muerto? ¡Pobre bestia! ¡Con lo bueno que era! Aunque, a juzgar por tu fisonomía, también tú pareces un perro de mérito.

—Ya me perdonarás, pero yo no soy un perro.

—¿Y quién, entonces?

—Soy una marioneta.

—¿Y haces de perro guardián?

—Desgraciadamente, como castigo.

—Pues bien, yo te propongo los mismos pactos que mantenía con el difunto Melampo; y quedarás satisfecho.

—¿Y qué pactos serían?

—Nosotros venimos una vez por semana, como en el pasado, a visitar este corral, y nos llevaremos ocho gallinas. De estas gallinas, siete nos las comeremos nosotros, y a ti te daremos una a condición de que, naturalmente, finjas dormir y no te entren ganas de ladrar y despertar al campesino.

—¿Y Melampo lo hacía así? —preguntó Pinocho.

—Así lo hacía, y siempre nos llevamos bien. Así que duerme tranquilamente y cuenta con que, antes de marcharnos, te dejaremos sobre la casita una gallina bien desplumada para el desayuno de mañana. ¿Nos hemos entendido?

—¡Demasiado! —respondió Pinocho, y meneó la cabeza con aire algo amenazador, como si hubiera querido decir: «¡Ya veremos!».

Cuando las cuatro garduñas se creyeron seguras en su misión, se fueron directas al corral, que quedaba muy cerca de la casita del perro, y, una vez abierta a fuerza de dientes y zarpas la portezuela de madera que cerraba el acceso, se precipitaron dentro una detrás de otra. Pero no habían acabado de entrar cuando oyeron que la portezuela se cerraba con enorme violencia.

Quien la había cerrado era Pinocho, que, no contento con eso, para mayor seguridad colocó delante de ella una gran piedra a modo de puntal.

Luego empezó a ladrar, y lo hacía como si fuera en verdad un perro guardián, haciendo con la voz: guau, guau, guau.

Ante los ladridos, el campesino saltó de la cama y, tras tomar el fusil, se asomó a la ventana y preguntó:

—¿Qué hay de nuevo?

—¡Hay ladrones! —respondió Pinocho.

—¿Dónde están?

—En el corral.

—Bajo enseguida.

Y así, en un santiamén, el campesino bajó, entró corriendo en el corral y, después de atrapar y encerrar en un saco a las cuatro garduñas, les dijo en tono auténticamente triunfal:

—¡Por fin habéis caído en mis manos! Podría castigaros, pero no soy tan ruin. Me contentaré, en cambio, con llevaros mañana al posadero del pueblo, que os despellejará y os cocinará a la manera de la liebre, dulce y fuerte. Es un honor que no merecéis, pero los hombres generosos como yo no pierden el tiempo con nimiedades.

Luego, tras acercarse a Pinocho, empezó a hacerle mil caricias y, entre otras cosas, le preguntó:

—¿Cómo has conseguido descubrir el complot de estas cuatro ladronzuelas? ¡Y pensar que Melampo, mi querido Melampo, jamás se dio cuenta de nada!

La marioneta entonces podría haber contado lo que sabía: habría podido, pues, relatar los pactos vergonzantes que se daban entre el perro y las garduñas, pero, al acordarse de que el can había muerto, pensó: «¿De qué sirve acusar a los muertos? Los muertos, muertos están, y lo mejor que se puede hacer es dejarlos en paz».

—Al llegar las garduñas a la era, ¿estabas despierto o dormías? —siguió preguntando el campesino.

—Dormía —respondió Pinocho—, pero me despertaron con sus cuchicheos, y una de ellas se acercó a la casita para decirme: «Si prometes no ladrar para despertar al amo, te regalaremos una hermosa gallina desplumada». ¿Lo entiende? ¡Tener la desfachatez de plantearme una propuesta semejante a mí! Porque debe saber que yo soy una marioneta con todos sus defectos, pero nunca me rebajaré como cómplice deshonesto de un saqueo.

—¡Muy bien, chico! —gritó el campesino, dándole una palmada en el hombro—. Estos sentimientos te honran; y, para demostrarte mi enorme satisfacción, eres desde

ahora mismo libre de regresar a tu casa.  
Y le quitó el collar de perro.

*Pinocho llora la muerte de la Niña del pelo turquesa, luego encuentra un Palomo que se lo lleva hasta la orilla del mar, y allí se arroja al agua para ir a ayudar a su papá Geppetto*

Tan pronto como Pinocho dejó de sentir el peso cargante y humillante del collar alrededor del cuello, echó a correr por los campos y no se detuvo ni un segundo hasta haber alcanzado el camino principal que debía conducirle a la casita del Hada.

Una vez estuvo en el camino principal, se volvió hacia abajo para mirar a la llanura, y a simple vista vio perfectamente el bosque en el que desgraciadamente había encontrado a la Zorra y al Gato; vio, entre los árboles, descollar la copa del Roble Grande, de donde le habían colgado por el cuello; pero, mirando en derredor, no le resultó posible ver la casita de la hermosa Niña del pelo turquesa.

Entonces experimentó una suerte de triste presentimiento y, echándose a correr con todas las fuerzas que le quedaban en las piernas, se vio en pocos minutos en el prado en el que antes estaba la casita blanca. Pero la casita blanca ya no estaba. Había, en cambio, una lápida de mármol sobre la que se leían, en mayúsculas, estas dolorosas palabras:

AQUÍ YACE  
LA NIÑA DEL PELO TURQUESA,  
MUERTA DE DOLOR  
POR HABER SIDO ABANDONADA  
POR SU HERMANITO PINOCHO

En qué estado quedó la marioneta cuando a duras penas terminó de leer aquellas palabras, dejo que lo imaginéis vosotros. Cayó de bruces y, mientras cubría con mil besos aquel mármol mortuorio, estalló en un llanto inconsolable. Lloró toda la noche, y a la mañana siguiente, al alba, seguía llorando, aunque ya no le quedaran lágrimas en los ojos; y sus gritos y sus lamentos resultaban tan lacerantes y agudos que todas las colinas circundantes se hacían eco. Y llorando decía:

—Oh, Hadita mía, ¿por qué te has muerto? ¿Por qué, en tu lugar, no he muerto yo, que soy tan malo, mientras que tú eras tan buena?... ¿Y mi papá, dónde estará? Oh, Hadita mía, dime dónde puedo encontrarlo, que quiero quedarme siempre con él y no abandonarle más, ¡nunca más! ¡Oh, Hadita mía, dime que no es verdad que te has muerto! Si de verdad me quieres, si quieres a tu hermanito, resucita, ¡vuelve a estar viva como antes! ¿No te duele verme solo y abandonado por todos? Si vienen los asesinos, me volverán a atacar, y entonces estaré muerto para siempre. ¿Qué quieres que haga yo aquí, solo en este mundo? Ahora que te he perdido a ti y a mi papá, ¿quién me dará de comer? ¿Dónde dormiré por las noches? ¿Quién me hará la

chaquetita nueva? ¡Oh, sería mejor, mil veces mejor, que muriera yo también! ¡Sí, quiero morir!... ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Y mientras se desesperaba de este modo, hizo el gesto de arrancarse los pelos; pero como sus pelos eran de madera, no logró siquiera darse el gusto de pasar los dedos entre ellos.

Entretanto, pasó por el aire un gran Palomo que, deteniéndose con las alas extendidas, le gritó desde gran altura:

—¡Dime, niño, ¿qué haces ahí abajo?!

—¿No lo ves? ¡Lloro! —dijo Pinocho levantando la cabeza hacia aquella voz y restregándose los ojos con la manga de la chaqueta.

—Dime —añadió el Palomo—, ¿por casualidad no conoces, entre tus compañeros, a una marioneta que se llama Pinocho?

—¿Pinocho? ¿Has dicho Pinocho? —repitió la marioneta, poniéndose en pie de un salto—. ¡Pinocho soy yo!

El Palomo, ante tal respuesta, se detuvo bruscamente y se posó en tierra. Era más grande que un pavo.

—Así que también conocerás a Geppetto —le preguntó a la marioneta.

—¿Qué si lo conozco?! Es mi pobre papá. ¿Es que te ha hablado de mí? ¿Me llevas con él? ¿Sabes si sigue vivo? Respóndeme, por caridad: ¿sigue vivo?

—Le dejé hace tres días en la playa.

—¿Qué hacía?

—Se estaba fabricando una barquita para cruzar el océano. Aquel pobre hombre hace tres días que da vueltas por el mundo buscándote y, al no haber podido encontrarte, se le ha metido en la cabeza buscarte en los lejanos países del Nuevo Mundo.

—¿Cuánto hay de aquí a la playa? —preguntó Pinocho, ansioso.

—Más de mil kilómetros.

—¿Mil kilómetros? ¡Oh, Palomo, qué bonito sería tener unas alas como las tuyas!

—Si quieres ir, yo te llevo.

—¿Cómo?

—A caballo, sobre el lomo. ¿Pesas mucho?

—¿Pesar? ¡Qué va! Soy ligero como una pluma.

Y así, sin decir más, Pinocho saltó sobre el Palomo y a horcajadas, como hacen los jinetes, gritó muy contento:

—¡Galopa, galopa, caballito, que me va la vida en ello!

El Palomo despegó y en pocos minutos voló tan alto que casi tocaba las nubes. Alcanzada esa cota extraordinaria, la marioneta tuvo la curiosidad de volverse para mirar hacia abajo; y fue presa de tal pánico y tales mareos que, para evitar el peligro de precipitarse, se agarró con los brazos, bien pegadito, al cuello de su plumífera cabalgadura.

Volaron todo el día. Y al anochecer el Palomo dijo:

—Tengo mucha sed.

—Y yo, mucha hambre —añadió Pinocho.

—Detengámonos en este palomar unos minutos, y luego nos pondremos de nuevo en ruta para llegar mañana al alba a la orilla del mar.

Entraron en un palomar desierto, donde no había más que un cazo lleno de agua y una cestita repleta de migas.

La marioneta, a lo largo de su vida, no había podido jamás soportar las migas: según decía, le daban náuseas, le enfermaban el estómago; pero aquella noche se atiborró de ellas y, cuando casi las había terminado, se volvió hacia el Palomo y dijo:

—Nunca habría creído que las migas fueran tan buenas.

—No queda más remedio, chico —replicó el Palomo—; cuando el hambre aprieta y no hay nada que comer, hasta las migas resultan exquisitas. El hambre no sabe de caprichos ni de antojos.

Y así, tras un pisolabis diligente, retomaron el viaje... ¡y andando! A la mañana siguiente, llegaron a la playa del mar.

El Palomo depositó a Pinocho en tierra y enseguida, sin aspirar siquiera al engorro de que le diesen las gracias por su buena acción, reemprendió el vuelo y desapareció.

La playa estaba llena de gente que gritaba y gesticulaba mirando al mar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pinocho a una viejecita.

—Lo que ha pasado es que un pobre papá, al haber perdido a su hijito, le ha dado por meterse en una barquita para ir a buscarlo más allá del mar; y el mar está hoy muy malo, y la barquita está a punto de naufragar.

—¿Dónde está la barquita?

—Mírala allí, donde apunta mi dedo —dijo la vieja señalando una barquita que, vista desde aquella distancia, parecía una cáscara de nuez con un hombrecillo pequeñito pequeñito dentro.

Pinocho fijó la vista en aquella dirección y, después de mirar atentamente, soltó un grito estridente:

—¡Es mi papá, es mi papá!

Mientras, la barquita, azotada por la furia del oleaje, ora desaparecía ante los embates del mar, ora volvía a flotar; y Pinocho, de puntillas sobre un alto escollo, no cesaba de llamar a su papá por su nombre y de hacerle señales con las manos y con el pañuelo y hasta con la gorra que se ponía en la cabeza.

Y pareció que Geppetto, aunque muy lejos de la playa, reconoció al hijito, pues él también se quitó la gorra y, a fuerza de gestos, le dio a entender que habría regresado de buena gana a la orilla, pero el mar estaba tan agitado que le impedía mover los remos y aproximarse a tierra.

De pronto, sobrevino una oleada tremenda y la barca desapareció. Esperaron que emergiera de nuevo a la superficie, pero no se la vio más.

—¡Pobre hombre! —dijeron entonces los pescadores que se habían reunido en la

playa; y, murmurando una oración, se dispusieron a regresar a sus casas.

Cuando, de pronto, oyeron un grito desesperado y, dando marcha atrás, vieron a un chiquillo que, en la cima de un escollo, se arrojaba al mar gritando:

—¡Quiero salvar a mi papá!

Pinocho, al ser de madera, flotaba con facilidad y nadaba como un pez. Ora se le veía desaparecer bajo el agua, llevado por el ímpetu de las olas, ora reaparecía con una pierna o con un brazo, a una distancia enorme de tierra. Al final, le perdieron de vista.

—¡Pobre chico! —dijeron entonces los pescadores que se habían congregado en la playa; y, murmurando una oración, regresaron a sus casas.



*Pinocho llega a la Isla de las Abejas Industriosas y reencuentra al Hada*

Pinocho, animado por la esperanza de llegar a tiempo para ayudar a su pobre papá, nadó durante toda la noche.

¡Y qué terrible nochecita pasó! Diluvió, granizó, tronó aterradoramente y los rayos hacían que pareciera de día.

Al alba, consiguió ver a cierta distancia una larga franja de tierra. Era una isla en medio del mar.

Entonces hizo de todo para alcanzar aquella playa, pero fue inútil. Las olas, persiguiéndose y encabalgándose, se lo debatían entre ellas, como si se tratara de una ramita o una brizna de hierba. Al final, y para su fortuna, sobrevino una ola tan imponente e impetuosa que lo arrojó a peso sobre la arena de la orilla.

El golpe fue tan fuerte que, al aterrizar, le crujieron todas las costillas y las juntas, pero enseguida se consoló diciendo:

—¡Me he vuelto a librar de una buena!

Mientras, el cielo se serenó, salió el sol en todo su esplendor y el mar se tornó plácido y calmo como una balsa de aceite.

Entonces la marioneta tendió su ropa al sol para secarla y se puso a mirar aquí y allá para ver si por casualidad podía divisar en aquella inmensa explanada de agua una barquita con un hombrecillo dentro. Pero después de mirar bien no vio ante sí más que el cielo, el mar y alguna vela de carguero, pero tan lejana que parecía una mosca.

—¡Si al menos supiera cómo se llama esta isla! —iba diciendo—. ¡Si pudiera saber al menos si esta isla está habitada por gente de bien, quiero decir por gente que no tenga la manía de colgar a los niños de las ramas de los árboles!... Pero ¿a quién se lo puedo preguntar? ¿A quién, si no hay nadie?

La idea de hallarse más solo que la una en medio de aquel inmenso paraje deshabitado le produjo tanta melancolía que a punto estuvo de echarse a llorar; cuando de pronto vio pasar, a poca distancia de la orilla, un gran pez que iba tranquilamente ocupado en sus cosas, con toda la cabeza fuera del agua.

Sin saber cómo llamarle por su nombre, la marioneta le gritó en voz alta para que le oyera:

—Oiga, señor pez, ¿puedo preguntarle una cosa?

—Y hasta dos —respondió el pez, que era un Delfín cordial como se encuentran pocos en todos los mares del mundo.

—¿Me podría decir si en esta isla hay pueblos donde se pueda comer, sin peligro de que se lo coman a uno?

—Estoy seguro —respondió el Delfín—. Es más, encontrarás uno no muy lejos

de aquí.

—¿Y qué camino debo seguir para llegar?

—Debes tomar aquel sendero a la izquierda y caminar siempre recto siguiendo tu nariz. No tiene pérdida.

—Dígame otra cosa: usted que se pasea todo el día y toda la noche por el mar, ¿por casualidad no habrá encontrado una barquita con mi papá dentro?

—¿Y quién es tu papá?

—Es el papá más bueno del mundo, igual que yo soy el hijo más malo que existe.

—Con la borrasca de anoche —respondió el Delfín—, la barquita habrá zozobrado.

—¿Y mi papá?

—A estas alturas, se lo habrá tragado el terrible Escualo que desde hace unos días ha llegado para propagar el exterminio y la desolación en nuestras aguas.

—¿Y cómo es de grande el Escualo este? —preguntó Pinocho, que ya empezaba a temblar del miedo.

—¿Cómo de grande?! —replicó el Delfín—. Para que te puedas hacer una idea, te diré que es más grande que un edificio de cinco plantas, y tiene una boca tan grande y profunda que podría tragarse sin problemas todo el ferrocarril con la locomotora en marcha.

—¡Madre mía! —gritó asustada la marioneta y, tras vestirse frenética, a toda prisa, se volvió hacia el Delfín y le dijo:

—Hasta la vista, señor pez. Perdone las molestias, y un millón de gracias por su cordialidad.

Dicho esto, se encaminó enseguida por el sendero y empezó a marchar con paso ligero; tanto, que parecía que corriera. Y a cada leve ruido que oía, se giraba de golpe para mirar a su espalda, por miedo de que le persiguiera aquel terrible Escualo grande como un edificio de cinco plantas y con un vagón del ferrocarril en la boca.

Pasada media hora de camino, llegó a un pueblecito llamado el País de las Abejas Industriosas. Las calles eran un hormiguero de personas que corrían de aquí para allá con sus quehaceres: todos trabajaban, todos tenían algo que hacer. No podías encontrar un ocioso o un vagabundo ni aunque lo buscaras con lupa.

—Ya veo —dijo enseguida el holgazán de Pinocho—: este lugar no es para mí. Yo no nací para trabajar.

Mientras, el hambre lo atormentaba porque ya había pasado veinticuatro horas sin comer nada, ni siquiera un tentempié de migas.

¿Qué hacer?

No le quedaban más que dos modos de matar el hambre: buscar trabajo o pedir cuatro cuartos o un bocado como limosna.

Le avergonzaba pedir limosna, porque su papá le había predicado que la limosna solo tienen derecho a pedirla los viejos y los enfermos. Los auténticos pobres de este mundo, merecedores de asistencia y de compasión, son aquellos que, por edad o

enfermedad, se ven condenados a no poder ganarse el pan con el trabajo de sus propias manos. Todos los demás tienen la obligación de trabajar; y si no trabajan y pasan hambre, peor para ellos.

En aquel momento, pasó por la calle un hombre todo sudado y derrengado que tiraba él solo de dos carritos cargados de carbón.

Pinocho, que por su fisonomía lo tuvo por buen hombre, se le acercó y, bajando la vista por la vergüenza, le dijo en voz baja:

—¿Tendría la bondad de darme una moneda, porque creo que voy a morir de hambre?

—No solo una —respondió el carbonero—, sino hasta cuatro te doy a condición de que me ayudes a tirar de estos carros de carbón hasta casa.

—¡Me asombra! —respondió la marioneta, casi ofendida—. Para que lo sepa, yo jamás he sido un mulo: ¡no he tirado jamás de un carro!

—Pues, mejor para ti —respondió el carbonero—. Así que, hijo mío, si te sientes verdaderamente morir de hambre, cómprate dos buenas rebanadas de tu soberbia, y ten cuidado, no pilles una indigestión.

Pasados unos minutos, pasó por la calle un albañil que llevaba a hombros un cesto de cal.

—¿Me haría, caballero, la gracia de una moneda para un pobre niño que bosteza de hambre?

—De buena gana. Vente conmigo a llevar cal —respondió el albañil—, y en lugar de una moneda te daré cinco.

—Pero es que la cal pesa —replicó Pinocho—, y yo no quiero fatigarme.

—Si no quieres fatigarte, entonces, hijo mío, diviértete bostezando, y buen provecho.

En menos de media hora pasaron otras veinte personas, y Pinocho les pidió algo de limosna a todas, pero todas le respondieron:

—¿No te da vergüenza? En lugar de andar holgazaneando por la calle, búscate algo de trabajo y aprende a ganarte el pan.

Por fin, pasó una buena mujercita que llevaba dos garrafas de agua.

—¿Qué le parece, buena mujer, que beba un sorbo de agua de su garrafa? —dijo Pinocho, que ardía por la sed.

—Bebe, hijo mío —dijo la mujercita, depositando las garrafas en el suelo.

Cuando Pinocho terminó de beber como una esponja, borbotó a media voz, secándose la boca:

—Ya he saciado la sed. ¡Si pudiera hacer lo mismo con el hambre!...

La buena mujercita, oyendo estas palabras, añadió enseguida:

—Si me ayudas a llevar a casa una de estas garrafas, te daré un buen trozo de pan.

Pinocho miró la garrafa y no dijo ni que sí ni que no.

—Y además de pan te daré un buen plato de coliflor con aceite y vinagre —añadió la buena mujer.

Pinocho echó otra ojeada a la garrafa, y no dijo ni que sí ni que no.

—Y después de la coliflor te daré un dulce relleno de anís.

Ante la seducción de aquella última golosina, Pinocho ya no pudo resistir y, con ánimo resuelto, dijo:

—¡Paciencia! Le llevaré la garrafa hasta casa.

La garrafa pesaba mucho, y la marioneta, sin fuerzas para llevarla a mano, se resignó a llevarla sobre la cabeza.

Llegados a casa, la buena mujercita hizo sentarse a Pinocho ante una mesita preparada y le sirvió el pan, la coliflor aliñada y el dulce.

Pinocho no comió, sino que devoró. Su estómago parecía un barrio vacío y deshabitado desde hacía cinco meses.

Una vez calmada la tenaza rabiosa del hambre, levantó la cabeza para dar las gracias a su benefactora; pero apenas había observado su rostro cuando soltó un infinito «oh» de asombro, y permaneció allí encantado, con los ojos bien abiertos, con el tenedor suspendido en el aire y la boca llena de pan y coliflor.

—¿De dónde sale todo ese asombro? —dijo riendo la buena mujer.

—Usted es... —respondió balbuciendo Pinocho—, usted es... usted es... es que me parece... usted me recuerda... sí, sí, sí, la misma voz, los mismos ojos, los mismos cabellos... sí, sí, sí... también usted tiene los cabellos turquesa... ¡como ella! ¡Oh, Hadita mía, oh, Hadita mía! ¡Dime que eres tú, tú de verdad! ¡No me hagas llorar más! ¡Si supieras...! ¡He llorado tanto, he sufrido tanto...!

Y mientras hablaba, Pinocho lloraba a moco tendido y, arrodillándose, abrazaba las rodillas de aquella misteriosa mujercita.

*Pinocho promete al Hada que será bueno y que estudiará porque está harto de ser una marioneta y quiere convertirse en un niño bueno*

De entrada, la buena mujercita empezó a decir que ella no era la pequeña Hada del pelo turquesa, pero luego, viéndose descubierta y sin querer prolongar la comedia, acabó desvelando su identidad y le dijo a Pinocho:

—Diablo de marioneta, ¿cómo te has dado cuenta de que era yo?

—Me he dado cuenta por el gran cariño que te tengo.

—¿Te acuerdas? Me dejaste cuando era una niña y ahora me reencuentras como mujer, casi podría ser tu madre.

—Me encantaría, porque así, en lugar de hermanita, te llamaría mamá. ¡Hace tanto tiempo que ansío tener una mamá como todos los otros niños! Pero ¿cómo has hecho para crecer tan deprisa?

—Es un secreto.

—Cuéntamelo: también yo querría crecer un poco. ¿No lo ves? Me he quedado igual de retaco.

—Pero es que tú no puedes crecer —replicó el Hada.

—¿Por qué?

—Porque las marionetas no crecen nunca. Nacen marionetas, viven como marionetas y mueren marionetas.

—¡Oh, estoy harto de ser siempre una marioneta! —gritó Pinocho, dándose una cachetada en la cabeza—. Ya es hora de convertirme en un hombre.

—Y así será, si te lo sabes merecer.

—¿De verdad? ¿Y qué puedo hacer para merecerlo?

—Algo facilísimo: habituarte a ser un niño formal.

—¿Es que no lo soy?

—¡Bien al contrario! Los niños formales son obedientes, y tú, en cambio...

—Yo no obedezco nunca.

—Los niños formales se aficionan a estudiar y a trabajar, y tú, en cambio...

—Yo, en cambio, haraganeo y vagabundeo todo el año.

—Los niños formales dicen siempre la verdad.

—Y yo, siempre mentiras.

—Los niños formales van de buena gana a la escuela...

—Y a mí la escuela me da dolor de cabeza. Pero de ahora en adelante quiero cambiar de vida.

—¿Me lo prometes?

—Lo prometo. Quiero convertirme en un chico formal y quiero ser el consuelo de mi papá... ¿Dónde estará mi pobre papá a estas horas?

—No lo sé.

—¿Tendré algún día la suerte de verle otra vez y abrazarle?

—Creo que sí. Es más, estoy segura.

Ante esta respuesta, fue tal y tanta la alegría de Pinocho que tomó las manos del Hada y empezó a besarlas con tanta pasión que parecía casi fuera de sí. Luego, levantando la cara y mirándola amorosamente, le preguntó:

—Dime, mamita: entonces, ¿no es verdad que te has muerto?

—Parece que no —dijo sonriendo el Hada.

—Si supieras el dolor y el nudo en la garganta que sentí cuando leí «AQUÍ YACE...».

—Lo sé, y por eso te he perdonado. La sinceridad de tu dolor me hizo saber que tienes buen corazón; y de los niños de buen corazón, aunque traviosos y mal acostumbrados, hay siempre algo bueno que esperar; o sea, siempre se puede esperar que retomen el camino correcto. Por eso he venido a buscarte hasta aquí. Yo seré tu mamá...

—¡Qué bonito! —gritó Pinocho, saltando de alegría.

—Me obedecerás y harás siempre lo que te diga.

—¡Sí, de buena gana!

—Desde mañana —añadió el Hada—, empezarás a ir a la escuela.

De pronto, Pinocho vio mermada su alegría.

—Luego escogerás a tu gusto un oficio o una profesión.

Pinocho se puso serio.

—¿Qué mascullas entre dientes? —preguntó el Hada en tono dolido.

—Decía... —maulló la marioneta a media voz— que me parece un poco tarde para ir a la escuela...

—No, señor. Ten presente que para instruirse y aprender nunca es tarde.

—Pero es que yo no quiero oficio ni profesión.

—¿Por qué?

—Porque trabajar me resulta fatigoso.

—Hijo mío —dijo el Hada—, los que hablan así acaban siempre en la cárcel o en el hospital. El hombre, para que lo sepas, nazca rico o pobre, está obligado a hacer algo en este mundo, debe dedicarse a algo, trabajar. ¡Ay de quién se deja arrastrar por el ocio! El ocio es una enfermedad fatal, y hay que curarla enseguida, desde niños, porque de mayores ya no se cura.

Estas palabras afectaron a Pinocho, que, levantando vivamente la voz, dijo al Hada:

—Estudiaré, trabajaré, haré todo lo que me digas porque, de hecho, la vida de marioneta me ha hartado y quiero convertirme en un niño cueste lo que cueste. Me lo has prometido, ¿verdad?

—Te lo he prometido; y ahora, depende de ti.

*Pinocho va con sus compañeros de la escuela a la orilla del mar para contemplar al terrible Escualo*

Al día siguiente, Pinocho acudió a la escuela municipal.

¡Imaginad a esos pillastres cuando vieron entrar en su escuela a una marioneta! Estalló una risotada interminable. Uno le hacía una broma y otro una peor: le quitaban la gorra, le tiraban de la chaquetilla por detrás, alguno trataba de pintarle con tinta unos grandes bigotes y hasta había quien se atrevía a atarle unos hilos en manos y pies, para hacerle bailar.

De entrada, Pinocho se mostró desenvuelto y no hizo caso, pero al final, sintiendo que se le acababa la paciencia, se revolvió contra aquellos que más le chinchaban y se reían de él, y les dijo con expresión severa:

—Ojo, chicos, yo no he venido aquí para ser vuestro bufón. Yo respeto a los demás, y quiero que me respeten.

—¡Olé, tarugo! Has hablado como un libro abierto —gritaron aquellos diablos, arrojándose al suelo presas de sus delirantes risotadas.

Y uno de ellos, más impertinente que el resto, alargó la mano con la intención de coger a la marioneta por la punta de la nariz.

Pero no tuvo tiempo, porque Pinocho estiró la pierna bajo la mesa y le propinó una patada en el tobillo.

—¡Qué pies más duros! —gritó el chaval, restregándose el moratón que le había producido la marioneta.

—¡Y menudos codos! ¡Más duros que los pies! —dijo otro que por sus bromitas groseras se había ganado un codazo en la barriga.

El hecho es que después de la patada y del codazo, Pinocho se ganó enseguida la estima y la simpatía de todos los niños de la escuela, y todos le dedicaban mil caricias y le querían de todo corazón.

Y hasta el maestro se congratulaba porque le veía atento, estudioso, inteligente, siempre el primero en entrar en la escuela, siempre el último en ponerse de pie cuando terminaba la jornada escolar.

Su único defecto era que se juntaba con demasiados compañeros, y entre ellos había varios revoltosos muy conocidos por sus pocas ganas de estudiar y de lucirse.

El maestro le advertía todos los días, y el Hada buena tampoco dejaba de decirle y repetirle:

—¡Ojo, Pinocho! Esos amigotes tuyos de la escuela antes o después acabarán por hacerte perder el amor por el estudio y, quizá, por causarte una gran desgracia.

—¡No hay peligro! —respondía la marioneta, encogiéndose de hombros y tocándose la frente con el dedo índice, como diciendo: «¡Aquí dentro está muy

claro!».

Pues bien, sucedió un día que, mientras caminaba hacia la escuela, se topó con la cuadrilla habitual de compañeros que, yendo a su encuentro, le dijeron:

—¿Sabes la gran noticia?

—No.

—En el mar se ha visto a un Escualo grande como una montaña.

—¿De verdad? ¿Y si fuera el mismo Escualo de cuando se hundió mi pobre papá?

—Nos vamos a la playa a verlo. ¿Quieres venir?

—Yo no, yo quiero ir a la escuela.

—¿Qué te importa la escuela? A la escuela ya iremos mañana. Con una clase más o una menos, siempre seremos igual de tarugos.

—¿Y qué dirá el maestro?

—El maestro que diga lo que quiera. Le pagan aposta para quejarse todo el día.

—¿Y mi mamá?

—Las mamás no saben nunca nada —respondieron aquellos diablos.

—¿Sabéis qué voy a hacer? —dijo Pinocho—. El Escualo quiero verlo por ciertas razones mías, pero iré a verlo después de la escuela.

—¡Menudo memo! —replicó uno del grupo—. ¿Te crees que un pez así de grande se va a quedar allí para darte gusto? Cuando se aburra se irá a otra parte, y si te he visto no me acuerdo.

—¿Cuánto hay de aquí a la playa? —preguntó la marioneta.

—En una hora ya hemos ido y vuelto.

—¡Pues hala, a correr, y que gane el mejor! —gritó Pinocho.

Dando así la señal de partida, la manada de diablillos, con sus libros y cuadernos bajo el brazo, echaron a correr campo traviesa, y Pinocho llevaba siempre la delantera, parecía que tuviera alas en los pies.

De vez en cuando, volviendo la cabeza, se mofaba de los compañeros que habían quedado atrás y, al verles sin resuello, extenuados, polvorientos y con la lengua fuera, se iba riendo con ganas. El desdichado no sabía en aquel momento qué espantos y horribles infortunios le esperaban.



*Gran pelea entre Pinocho y sus compañeros, de los que queda herido uno de ellos, y Pinocho es arrestado por los guardias*

Llegado a la playa, Pinocho echó un vistazo al mar, pero no vio ningún Escualo. El mar se veía calmo como el cristal de un espejo.

—Eh, ¿y el Escualo dónde está?

—Habrá ido a desayunar —respondió uno riendo.

—O se habrá echado en la cama para dormir una siestecita —añadió otro riendo aún más fuerte.

Por aquellas respuestas incoherentes y aquellas carcajadas necias, Pinocho comprendió que sus compañeros se la habían jugado de mala manera, y le habían dado gato por liebre. Se lo tomó mal y, amoscado, les dijo:

—¿Y ahora? ¿Qué provecho le habéis sacado a que me creyera el cuentecito del Escualo?

—Provecho lo hay, seguro —respondieron a coro aquellos demonios.

—¿Cuál sería?

—Pues que te hayas perdido la escuela y hayas venido con nosotros. ¿No te da vergüenza mostrarte siempre tan aplicado y diligente durante las clases? ¿No te da vergüenza estudiar tanto como estudias?

—Y si yo estudio, ¿a vosotros qué os importa?

—Nos importa muchísimo, porque nos obligas a quedar mal con el maestro.

—¿Por qué?

—Porque los colegiales que estudian hacen desaparecer siempre a los que son como nosotros, que no tienen ganas de estudiar. Y nosotros no queremos desaparecer: ¡también tenemos nuestro amor propio!

—¿Y qué debería hacer para satisfaceros?

—También tú debes aburrirte de la escuela, de las clases y del maestro, que son nuestros tres grandes enemigos.

—¿Y si sigo queriendo estudiar?

—No te volveremos a mirar a la cara, y a la primera nos las vas a pagar.

—La verdad es que casi me hacéis reír —dijo la marioneta sacudiendo la cabeza.

—¡Oye, Pinocho! —gritó entonces el mayor de aquellos chicos, enfrentándose a él—. ¡No vayas de fanfarrón, ni te hagas tanto el gallito! Porque si tú no nos tienes miedo, nosotros no te lo tenemos a ti. Recuerda que estás solo y nosotros somos siete.

—Siete, como los pecados capitales —dijo Pinocho con una gran risotada.

—¿Habéis oído? ¡Nos ha insultado a todos! ¡Nos ha llamado con el nombre de los pecados capitales!

—Pinocho, pide perdón por la ofensa, o ¡verás la que te espera!

—¡Cucú! —soltó la marioneta, tocándose la punta de la nariz con el dedo índice, en señal de burla.

—¡Pinocho, que esto acaba mal!

—¡Cucú!

—¡Vas a cobrar como un mulo!

—¡Cucú!

—¡Te vas a casa con la nariz rota!

—¡Cucú!

—¡Ya te daré yo cucú! —gritó el más intrépido de aquellos demonios—. Toma de paso este anticipo, y te lo guardas para cenar esta noche.

Y, diciendo así, le pegó un puñetazo en la cabeza.

Pero fue, como suele decirse, un toma y daca, porque la marioneta, como cabía esperar, respondió con otro puñetazo, y entonces, en un instante, el combate pasó a ser general y encarnizado.

Pinocho, aunque estuviera solo, se defendía como un héroe. Se manejaba tan bien con sus durísimos pies de madera que se mantenía siempre a una respetable distancia a sus enemigos. Allí donde sus pies alcanzaban y golpeaban, dejaban siempre un moratón como recuerdo.

Entonces, los chicos, despechados al ver que no podían medirse con la marioneta en el cuerpo a cuerpo, pensaron en echar mano de los proyectiles y, tras deshacer los fardos de sus libros de la escuela, empezaron a arrojar los silabarios, las gramáticas, los Jaimitos, los Guillemos, los Cuentos de Thouar, el Pollito de la Señora Baccini y otros libros escolares; pero la marioneta, que tenía la vista despierta y pronta, esquivaba siempre los golpes, de modo que los volúmenes, que le pasaban por encima de la cabeza, iban todos a caer al mar.

¡Imaginaos los peces! Los peces, creyendo que los libros eran para comer, corrían en bancos a flor de agua; pero tras catar alguna página o una cubierta, la escupían enseguida, haciendo un mohín con la boca como diciendo: «No es bocado para nosotros: estamos acostumbrados a alimentarnos mucho mejor».

Mientras, el combate se iba enconando; cuando de pronto un gran Cangrejo, que había salido del agua y se había arrastrado lentamente hasta la playa, gritó con vozarrón de trombón resfriado:

—¡Parad, que sois una panda de pillos! Estas riñas canallas entre niños raramente acaban bien. Siempre sucede alguna desgracia.

¡Pobre Cangrejo! Era como si hubiera predicado en el desierto. Es más, esa buena pieza de Pinocho, volviéndose hacia él con mirada torva, le dijo irrespetuosamente:

—¡Quieto, Cangrejo latoso! Te iría mejor tomarte dos caramelos de liquen para curar tu garganta resfriada. Mejor que te vayas a la cama, y trata de sudar.

Entretanto, los chavales, que ya habían terminado de lanzar todos sus libros, avistaron a poca distancia el fardo de libros de la marioneta y se apoderaron de ellos en un santiamén.

Entre estos libros había un volumen en cartoné, con el lomo y las puntas de pergamino. Se trataba de un *Tratado de aritmética*. ¡Dejo a vuestra imaginación lo que pesaba aquello!

Uno de aquellos demonios aguantó el libro y, apuntando a la cabeza de Pinocho, lo arrojó con toda la fuerza de su brazo; pero, en lugar de acertar a la marioneta, dio en la cabeza de uno de sus compañeros, y este se puso blanco como una sábana limpia y no dijo más que estas palabras:

—¡Oh, madre mía, ayúdame, que me muero!

Entonces se desplomó sobre la arena de la orilla.

Al ver aquel pequeño difunto, los chicos, asustados, escaparon a todo correr y en pocos minutos ya no se les veía.

Pero Pinocho se quedó allí y, aunque por el dolor y por el espanto también él estuviera más muerto que vivo, acudió a empapar su pañuelito en el agua del mar y se dispuso a humedecer la sien de su pobre compañero de escuela. Mientras, llorando a moco tendido y desesperado, le llamaba por su nombre y le decía:

—¡Eugenio, mi pobre Eugenio! ¡Abre los ojos y mírame! ¿Por qué no contestas? ¡No he sido yo el que te ha hecho tanto daño! ¡Créeme, no he sido yo! Abre los ojos, Eugenio. Si los tienes cerrados, me acabarás matando a mí... Oh, Dios mío, ¿cómo haré ahora para regresar a casa? ¿Con qué cara me presento ante mi buena mamá? ¿Qué será de mí? ¿Adónde escaparé? ¿Adónde iré a esconderme? ¡Ay, hubiera sido mejor, mil veces mejor, que hubiera ido a la escuela! ¿Por qué habré hecho caso a estos compañeros que son mi maldición? ¡Y el maestro ya lo había dicho! Y mi mamá lo había repetido: «¡Ojo con los malos compañeros!»». Pero yo soy un cabezota, un terco: dejo que digan y luego hago lo que me place, y después me toca pasar cuentas... Y así, desde que estoy en este mundo, no he tenido un cuarto de hora de paz. ¿Dios mío, qué será de mí, qué será de mí?

Y Pinocho seguía llorando, lamentándose, dándose puñetazos en la cabeza y llamando por su nombre al pobre Eugenio, cuando oyó de pronto un ruido sordo de pasos que se aproximaban.

Se volvió: eran dos guardias.

—¿Qué haces así, tirado por el suelo? —le preguntaron.

—Atiendo a mi compañero de escuela.

—¿Se siente mal?

—Eso parece...

—¡Más que mal! —dijo uno de los guardias, inclinándose y observando a Eugenio de cerca—. A este chico le han herido en una sien. ¿Quién ha sido?

—¡Yo, no! —balbució la marioneta, a quien ya no le llegaba la camisa al cuerpo.

—Si no has sido tú, entonces, ¿quién lo ha herido?

—¡Yo, no! —repitió Pinocho.

—¿Y con qué lo han herido?

—Con este libro.

Y la marioneta recogió del suelo el *Tratado de aritmética* en cartón y pergamino, para mostrárselo al guardia.

—Y este libro, ¿de quién es?

—Mío.

—Con eso basta: no hace falta más. Levántate y ven con nosotros.

—Pero yo...

—¡Andando!

—Pero si soy inocente...

—¡Andando!

Antes de ponerse en marcha, los guardias llamaron a unos pescadores que en aquel momento pasaban precisamente con su barca junto a la playa, y les dijeron:

—Os confiamos a este chiquillo herido en la cabeza. Llévadle a vuestra casa y asistidle. Mañana regresaremos para verle.

Entonces se volvieron hacia Pinocho, lo rodearon y le apremiaron en tono soldadesco:

—¡Adelante! Y rapidito; si no, peor para ti.

Sin hacérselo repetir, la marioneta empezó a caminar por aquel sendero que conducía al pueblo. Pero el pobre diablo no sabía ya en qué mundo estaba. Le parecía soñar, y ¡menuda pesadilla! Deliraba. Los ojos lo veían todo doble, las piernas le temblaban, la lengua se le había quedado pegada al paladar y no podía pronunciar ni una palabra. Con todo, en medio de ese estado de cretinismo e idiotez, una afilada espina le perforaba el corazón: el pensamiento de tener que pasar bajo las ventanas de la casa de su buena Hada, entre los dos guardias. Habría preferido morir.

Ya habían llegado, y estaban a punto de entrar en el pueblo cuando una racha de viento impertinente le hizo volar la gorrita, alejándola una decena de pasos.

—¿Me permiten que vaya a recoger mi gorra? —preguntó Pinocho.

—Ve, pero que sea rápido.

La marioneta fue y recogió la gorra, pero, en lugar de ponérsela en la cabeza, se la llevó a la boca, se la puso entre los dientes y echó a correr hacia la playa a grandes zancadas. Escapaba como una bala.

Los guardias, juzgando difícil alcanzarle, le azuzaron un gran mastín que había ganado el primer premio en todas las carreras de perros. Pinocho corría, y el perro más que él; y así toda la gente se asomó a las ventanas y se apiñó en medio de la calle, ansiosa por ver el final de aquella feroz disputa. Pero no les fue posible satisfacer su deseo, porque el mastín y Pinocho levantaron tal cantidad de polvo en el camino que pasados unos minutos ya no fue posible ver nada.

*Pinocho corre el peligro de ser frito en la sartén como un pescado*

Durante aquella carrera desesperada se produjo un momento atroz, un momento en que Pinocho se creyó perdido; pues hay que saber que Alidoro (así se llamaba el mastín), a fuerza de correr y correr, casi le había alcanzado.

Baste decir que la marioneta sentía a un palmo de la nuca la afanosa respiración de aquella alimaña, y hasta sentía la cálida vaharada de su resuello.

Por suerte, la playa ya estaba cerca y el mar se veía a unos pocos pasos.

Tan pronto como llegó a la playa, la marioneta pegó un salto fantástico, como habría hecho una rana, y acabó precipitándose al agua. Alidoro, por contra, quiso detenerse, pero, impelido por el ímpetu de la carrera, se metió también en el agua. Y aquel desgraciado no sabía nadar, así que empezó a agitar las patas para mantenerse a flote, pero cuanto más se debatía más se sumergía.

Cuando volvió a sacar la cabeza a la superficie, el pobre perro tenía la mirada asustada y extraviada, y ladrando gritaba:

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo!

—¡Muérete! —le respondió desde lejos Pinocho, que se sentía ya a salvo de todo peligro.

—¡Ayúdame, Pinocho mío! ¡Sálvame de la muerte!

Ante aquellos gritos lacerantes, la marioneta, que en el fondo tenía un gran corazón, sintió compasión y, volviéndose hacia el perro, le dijo:

—Pero si te ayudo a salvarte, ¿me prometes que no me molestarás más y ya no me perseguirás?

—¡Te lo prometo! ¡Te lo prometo! Date prisa, por piedad, que si tardas otro medio minuto ya estaré bien muerto.

Pinocho vaciló un poco, pero luego, acordándose de que su papá le había dicho muchas veces que una buena obra no perjudica jamás, se fue nadando hasta Alidoro y, cogiéndolo por la cola con ambas manos, se lo llevó sano y salvo hasta la arena seca de la playa.

El pobre perro ya no podía con su alma. Sin quererlo, había bebido tanta agua salada que se había hinchado como un balón. Además, la marioneta, sin querer fiarse en exceso, juzgó prudente lanzarse de nuevo al mar y, alejándose de la playa, le gritó al amigo salvado:

—Adiós, Alidoro, que tengas buen viaje, y muchos recuerdos en casa.

—Adiós, Pinocho —respondió el perro—, un millón de gracias por haberme librado de la muerte. Me has sido de gran ayuda, y en este mundo, lo que te dan, se devuelve. Si se da el caso, ya lo hablaremos.

Pinocho siguió nadando, manteniéndose siempre cerca de tierra. Por fin, le

pareció haber llegado a un lugar oscuro y, echando una ojeada a la playa, vio en los escollos una especie de gruta de la que salía un prominente penacho de humo.

«En esa gruta —se dijo Pinocho— debe de haber fuego. ¡Mucho mejor! Iré a secarme y a calentarme, y luego... que sea lo que Dios quiera.»

Una vez tomada la decisión, se acercó a la escollera; pero, cuando la alcanzó para trepar por ella, sintió que algo debajo del agua ascendía y lo levantaba en el aire. Trató inmediatamente de huir, pero ya era tarde, porque, para su inmenso asombro, se encontró encerrado en una gran red en medio de un hormiguelo de peces de todas las formas y tamaños, que meneaban la cola y se debatían como almas desesperadas.

Y al mismo tiempo vio salir de la gruta a un pescador tan feo, pero tanto, que parecía un monstruo marino. En lugar de cabellos, tenía en la cabeza una mata espesa de hierba verde, verde era también la piel de su cuerpo, verdes los ojos, verde la larguísima barba. Parecía un gran lagarto erguido sobre las patas de atrás.

Cuando el pescador retiró la red del mar, gritó muy contento:

—¡Menuda suerte! Hoy me pego otro atracón de pescado.

«¡Menos mal que no soy un pez!», se dijo Pinocho recobrando el ánimo.

La red repleta de pescado fue introducida en la gruta, una gruta oscura y llena de humo en medio de la cual una gran sartén de aceite freía algo que despedía un olorcito cerúleo que cortaba la respiración.

—Veamos que pescado hemos pillado —dijo el verde pescador; e, introduciendo en la red una manaza tan desmesurada que parecía un remo, sacó un puñado de salmonetes.

—¡Qué buenos los salmonetes! —dijo, mirándolos y olisqueándolos complacido, y luego los arrojó a un cuenco seco.

Más tarde repitió la misma operación, y a medida que iba sacando pescado sentía que se le hacía la boca agua y, regodeándose, decía:

—¡Qué buenas pescadillas!

—¡Exquisitas las lubinas!

—¡Qué delicia de lenguados!

—¡Divina la merluza!

—¡Y hasta monas las anchoas!

Como podéis imaginar, las pescadillas, las lubinas, los lenguados y la merluza acabaron todos en el cuenco acompañando a los salmonetes.

Lo último que quedó en la red fue Pinocho.

Cuando el pescador lo retiró, abrió unos ojos verdes como platos y, asustado, casi gritó:

—¿De dónde sale un pescado así? No recuerdo haber comido jamás peces de este estilo.

Y volvió a mirarlo atentamente y, tras haberlo mirado como debía, acabó diciendo:

—Ya veo: debe de ser una rana marina.

Entonces Pinocho, mortificado al verse confundido con una rana, dijo dolido:

—¿De qué rana habla? ¡Cuidadito con cómo me trata! Para que lo sepa, yo soy una marioneta.

—¿Una marioneta? —replicó el pescador—. Pues, la verdad, el pez marioneta me resulta una auténtica novedad. Aún mejor: te comeré con más apetito.

—¿Comerme? Pero ¿se quiere enterar de que yo no soy un pescado? ¿O no ve que hablo con usted?

—Perfectamente —añadió el pescador—, y como veo que eres un pez que tiene la suerte de hablar y de razonar como yo, también yo quiero mostrarte el debido respeto.

—¿Y de qué respeto se trata?

—En señal de amistad y de aprecio singular, dejaré que elijas cómo prefieres que te cocine. ¿Prefieres que te fría o te preparo con salsa de tomate?

—A decir verdad —respondió Pinocho—, si debo escoger, preferiría que me dejara libre para poder regresar a mi casa.

—¿Estás de broma?! ¿Te parece que voy a perder la ocasión de catar un pescado tan raro? Un pez marioneta no se pesca todos los días en estos mares. Déjame a mí: te voy a freír en la sartén con el resto del pescado, y verás como te gusta. Que te frían en compañía es siempre un consuelo.

El infeliz Pinocho, al oír tales palabras, empezó a llorar, a chillar, a implorar; y mientras lloraba decía:

—¡Era mucho mejor que hubiera ido a la escuela! He hecho caso a los compañeros, y ahora me toca pagarlo... Ay, ay, ay...

Y como se debatía con tremendo denuedo para escapar de las garras del pescador verde, este tomó una cesta de ratán y, tras haberlo atado de manos y pies como un redondo de ternera, lo arrojó allí con el resto de los peces.

Luego, tras sacar un recipiente de madera lleno de harina, se puso a enharinar todo aquel pescado y, a medida que lo iba enharinando, lo iba pasando a la sartén.

Las primeras que bailaron en aceite fueron las pobres pescadillas, luego les tocó a las lubinas, los lenguados, la merluza y las anchoas. Entonces, fue el turno de Pinocho. Este, viéndose tan cerca de la muerte (¡qué muerte tremenda!), fue presa de tal temblor y espanto que ya no tenía ni voz ni aliento para implorar.

¡La pobre criatura imploraba con los ojos! Pero el pescador verde, sin mirarlo siquiera, lo pasó cinco o seis veces por harina y Pinocho, tan completamente enharinado de cabeza a los pies, parecía una marioneta de yeso.

Entonces lo agarró por la cabeza y...

*Regresa a casa del Hada, que le promete que al día siguiente dejará de ser una marioneta para convertirse en un niño. Gran merienda de café con leche para festejar el gran evento*

Mientras el pescador estaba ya a punto de arrojar a Pinocho en la sartén, entró en la gruta un perrazo atraído por el olor penetrante y apetitoso de la fritura.

—¡Tira para allá! —le gritó el pescador amenazándolo, mientras sostenía a la marioneta enharinada en la mano.

Pero el pobre perro, que tenía un hambre de lobo, gañía y agitaba la cola como diciendo: «Dame un bocado de fritura y te dejo en paz».

—¡Que tires para allá, te digo! —le repitió el pescador, y alargó la pierna para propinarle un puntapié.

Entonces el perro, que cuando estaba hambriento solía tener malas pulgas, se revolvió gruñendo contra el pescador, mostrándole sus terribles colmillos.

Entretanto, se oyó en la gruta una tenue vocecita que dijo:

—¡Sálvame, Alidoro! ¡Si no me salvas, estoy frito!

El perro reconoció enseguida la voz de Pinocho y se dio cuenta, maravillado, de que la vocecita había salido del fardo enharinado que el pescador sostenía en la mano.

¿Y qué hace entonces? Pega un gran salto y emboca aquel fardo enharinado y, agarrándolo suavemente entre los dientes, sale corriendo de la gruta y se precipita afuera como un rayo.

El pescador, enojadísimo al verse arrebatado de las manos un pescado que se habría comido con tanto apetito, trató de perseguir al perro; pero, tras unos pocos pasos, tuvo un acceso de tos y debió volver sobre sus pasos.

Mientras, Alidoro, una vez reencontrado el sendero que conducía al pueblo, se detuvo y depositó delicadamente en el suelo al amigo Pinocho.

—¡Cuánto tengo que agradecerte! —dijo la marioneta.

—No hace falta —replicó el perro—; tú me salvaste a mí, y hay que devolver los favores. Ya se sabe: en este mundo hay que ayudarse unos a otros.

—Pero ¿cómo es que has aparecido por aquella gruta?

—Estaba aquí tendido en la playa, más muerto que vivo, cuando el viento me trajo de lejos un olorcillo a fritura. El olorcillo me ha abierto el apetito, y he ido tras él. Si hubiera llegado un minuto más tarde...

—¡No me lo digas! —gritó Pinocho, que ya temblaba de miedo—. ¡No me lo digas! Si hubieras llegado un minuto más tarde, a esta hora yo ya estaría bien frito, devorado y digerido. ¡Brrr!... ¡Me entran escalofríos con solo pensarlo!

Alidoro, riendo, le tendió la pata derecha a la marioneta, que se la apretó fuerte en señal de gran amistad. Y luego se separaron.



El perro retomó el camino de casa y Pinocho, de nuevo solo, acudió a una cabaña cercana y le preguntó a un viejecito que estaba en el umbral calentándose al sol:

—Dígame, caballero, ¿sabe algo de un pobre chico herido en la cabeza y que se llamaba Eugenio?

—El chico lo han traído unos pescadores a esta cabaña, y ahora...

—¡Ahora se ha muerto! —interrumpió Pinocho con gran dolor.

—No. Ahora está vivo, y ya ha regresado a su casa.

—¿De verdad? ¿De verdad? —gritó la marioneta, saltando de alegría—. ¿Así que la herida no era grave?

—Bueno, podría haber sido gravísima e incluso mortal —respondió el viejecito—, porque le arrojaron a la cabeza un librote encuadernado en cartóné.

—¿Y quién se lo arrojó?

—Un compañero suyo de escuela, un tal Pinocho.

—¿Y quién es este Pinocho? —preguntó la marioneta, haciéndose el sueco.

—Dicen que se trata de un bribonzuelo, un vagabundo, una auténtica pesadilla.

—¡Calumnias, no son más que calumnias!

—¿Lo conoces tú a este Pinocho?

—De vista —respondió la marioneta.

—¿Y qué opinión te merece? —le preguntó el viejecito.

—A mí me parece un alma de cántaro, con tantas ganas de estudiar, obediente, cariñoso con su papá y con su familia...

Mientras la marioneta soltaba con toda la cara dura esta sarta de mentiras, se tocó la nariz y se dio cuenta de que se le había alargado más de un palmo. Entonces, todo temeroso, empezó a gritar:

—No haga caso, caballero, de todas las bondades que le he dicho: porque conozco perfectamente a Pinocho y yo también puedo asegurarle que es un auténtico bribonzuelo, un desobediente y un gandul que, en lugar de ir a la escuela, se va con los compañeros a hacer el zángano.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, su nariz se acortó de nuevo para volver a su tamaño natural, como era antes.

—¿Y por qué estás todo blanco en tal manera? —le preguntó de pronto el viejecito.

—Le diré... sin darme cuenta, me he restregado contra un muro que estaba recién encalado —respondió la marioneta, a quien le avergonzaba confesar que lo habían enharinado como un pescado, para freírlo luego en la sartén.

—¿Y qué has hecho de tu chaqueta, de tus calzones y de tu gorra?

—Me he topado con unos ladrones y me han desvalijado. Diga, estimado viejecito, ¿no tendría por casualidad algo de ropa para que pudiera regresar a casa?

—Hijo mío, de vestir no tengo más que un saquito donde guardo los altramuces. Si lo quieres, cógelo. Ahí está.

Y Pinocho no se lo hizo repetir: tomó enseguida el saquito de los altramuces que

estaba vacío y, tras practicarle un agujerito con las tijeras en el fondo y dos en los lados, se lo puso a manera de camisa. Y así, ligero de ropa, se encaminó hacia el pueblo.

Pero por el camino no se sentía nada tranquilo, hasta el punto de que daba un paso adelante y otro atrás y, hablando para sí, iba diciendo:

—¿Cómo voy a presentarme ante mi buena Hadita? ¿Qué va a decir al verme?... ¿Querrá perdonarme esta segunda travesura?... Apuesto a que no me la perdona: ¡Vamos, seguro que no me la perdona! Y me lo merezco: porque yo soy un diablillo que prometo enmendarme y nunca lo mantengo.

Llegó al pueblo que ya era noche cerrada y, como el tiempo era pésimo y llovía a cántaros, se fue directo a casa del Hada con el ánimo resuelto de llamar a la puerta para que le abrieran.

Pero cuando estuvo allí sintió que flojeaba y, en lugar de llamar, se alejó corriendo una veintena de pasos. Luego, regresó por segunda vez, y no se decidió a nada; se acercó luego por tercera vez, y nada; la cuarta vez, temblando, tomó la aldaba de hierro y dio un golpecito suave.

Esperando, esperando, al final, pasada media hora, se abrió una ventana del último piso (la casa tenía cuatro) y Pinocho vio como se asomaba un gran Caracol con un lucecita encendida en la cabeza, que dijo:

—¿Quién es a estas horas?

—¿Está el Hada en casa? —preguntó la marioneta.

—El Hada duerme y no quiere ser despertada; pero ¿quién eres?

—Soy yo.

—¿Quién es yo?

—Pinocho.

—¿Qué Pinocho?

—La marioneta, la que vive en casa del Hada.

—Ya, entiendo —dijo el Caracol—. Espérame ahí, que bajo y te abro enseguida.

—Apresúrese, por caridad, que me muero de frío.

—Hijo, yo soy un caracol, y los caracoles nunca tienen prisa.

Y de tal modo pasó una hora, pasaron dos, y la puerta no se abría; así que Pinocho, que temblaba de frío, de miedo y por el agua que le había llovido, se dio ánimo y llamó por segunda vez, y lo hizo más fuerte.

Al segundo golpe, se abrió la ventana del piso de abajo y se asomó el mismo Caracol.

—Caracolillo hermoso —gritó Pinocho desde la calle—, ¡hace dos horas que espero! Y dos horas, con esta nohecita, se hacen más largas que dos años. Dese prisa, por caridad.

—Hijo mío —le respondió desde la ventana aquel animalillo que era todo paz y flema—, hijo mío, yo soy un caracol, y los caracoles nunca tienen prisa.

Y la ventana volvió a cerrarse.

Al poco sonó la medianoche, luego la una, luego las dos de la madrugada, y la puerta seguía cerrada.

Entonces Pinocho, habiendo perdido la paciencia, aferró con rabia la aldaba de la puerta para propinar un golpe que hiciera retumbar la finca entera; sin embargo, la aldaba, que era de hierro, se convirtió en una anguila viva que, deslizándose de entre sus manos, desapareció por el arroyuelo de agua en mitad de la calle.

—Ah, ¿sí? —gritó Pinocho cada vez más cegado por la cólera—. Si la aldaba ha desaparecido, yo seguiré llamando a fuerza de patadas.

Y, echándose un poco hacia atrás, soltó un espectacular puntapié en la puerta de casa. El golpe fue tan fuerte que el pie penetró en la madera hasta la mitad; y cuando la marioneta trató de sacarlo, todo fue en vano, porque el pie había quedado metido dentro como un clavo remachado.

¡Imaginad al pobre Pinocho! Debió pasar todo el resto de la noche con un pie en el suelo y con el otro en el aire.

Por la mañana al salir el sol, la puerta se abrió por fin. Aquel buen animalillo que era el Caracol solo había tardado nueve horas en bajar del cuarto piso hasta el portal de casa. Sin duda, había sudado como un campeón.

—¿Qué haces con este pie metido en la puerta? —preguntó riendo a la marioneta.

—Ha sido una desgracia. Mire, usted, Caracolillo hermoso, si logra liberarme de este suplicio.

—Hijo mío, aquí se necesita un leñador, y yo no he sido nunca leñador.

—Rogad al Hada de mi parte...

—El Hada duerme y no quiere que la despierten.

—Pero ¿qué quiere que haga yo, clavado a la puerta todo el día?

—Diviértete contando las hormigas que pasan por la calle.

—Tráigame al menos algo de comer, porque me siento exhausto.

—¡Enseguida! —dijo el Caracol.

Así, después de tres horas y media, Pinocho la vio regresar con una bandeja de plata en la cabeza. En la bandeja había un pan, un pollo asado y cuatro albaricoques maduros.

—Ahí tienes el desayuno que te manda el Hada —dijo el Caracol.

Al ver aquella bondad celestial, la marioneta sintió un gran consuelo. Pero cuál fue su desengaño cuando, al empezar a comer, se apercibió de que el pan era de yeso, el pollo de cartón y los cuatro albaricoques de alabastro, coloreados al natural.

Quería llorar, dejarse arrastrar por el desespero, quería arrojar la bandeja y lo que llevaba; pero en su lugar, bien por su gran dolor o por la languidez de estómago, el hecho es que se desplomó desmayado.

Cuando se recobró, se encontró tendido en un sofá, y el Hada estaba a su lado.

—También te perdono esta vez —le dijo el Hada—, ¡pero pobre de ti si me haces otra de las tuyas!

Pinocho prometió y juró que estudiaría y que se portaría siempre bien. Y mantuvo

su palabra por el resto del año. De hecho, en los exámenes antes de vacaciones, tuvo el honor de ser el mejor de la escuela; y su comportamiento y sus notas, en general, fueron tenidos por tan loables y satisfactorios que el Hada, muy contenta, le dijo:

—Mañana por fin tu deseo será satisfecho.

—¿O sea?

—Mañana dejarás de ser una marioneta de madera, y te convertirás en un niño como Dios manda.

Quien no viera el gozo de Pinocho ante esta noticia tan anhelada, no podrá jamás imaginarlo. Todos sus amigos y compañeros de escuela debían ser invitados al día siguiente a una gran merienda en casa del Hada, para festejar juntos el gran evento; y el Hada hizo preparar doscientas tazas de café con leche y cuatrocientos panes untados con mantequilla por ambas caras. Aquel día prometía ser muy hermoso y alegre, pero...

Lamentablemente, en la vida de las marionetas hay siempre un pero que lo arruina todo.

*Pinocho, en lugar de convertirse en niño, parte a escondidas con su amigo  
Larguirucho hacia el País de Jauja*

Como es natural, Pinocho enseguida le pidió al Hada permiso para ir a dar una vuelta por la ciudad a fin de hacer las invitaciones, y el Hada le dijo:

—Ve sin problemas a invitar a tus compañeros para la merienda de mañana, pero acuérdate de regresar a casa antes de que anochezca, ¿entendido?

—Te prometo que en un hora estaré ya de vuelta —replicó la marioneta.

—¡Ojo, Pinocho! Los niños se apresuran en prometer, pero casi siempre se demoran en cumplir.

—Pero yo no soy como los demás; yo, cuando digo algo, lo mantengo.

—Ya veremos. En caso de que luego desobedezcas, peor para ti.

—¿Por qué?

—Porque los niños que no atienden a los consejos de quienes saben más que ellos acaban siempre topándose con alguna desgracia.

—¡Ya lo he notado! —dijo Pinocho—. Pero ya no me volverá a pasar.

Sin añadir más, la marioneta saludó a la buena Hada que para él era una especie de mamá, y cantando y bailando salió por la puerta de casa.

En poco más de una hora invitó a todos sus amigos. Unos aceptaron enseguida y de corazón; otros de entrada se anduvieron con remilgos, pero cuando supieron que los bocadillos para mojar en el café con leche llevarían mantequilla por dentro y por fuera, acabaron diciendo: «Iremos también nosotros para complacerte».

Cabe saber que Pinocho, entre sus amigos y compañeros de escuela, contaba con uno predilecto y muy querido que se llamaba Romeo, pero al que todos se dirigían con el sobrenombre de Larguirucho, por su figura seca, enjuta y espigada, tal cual la mecha nueva de un quinqué.

Larguirucho era el chico más desganado y pillín de toda la escuela, pero Pinocho le tenía un gran cariño. De hecho, fue enseguida a buscarle a casa para invitarle a la merienda y no le encontró; regresó otra vez, y Larguirucho no estaba; volvió por tercera vez, pero hizo la ronda en vano.

¿Dónde podía repescarlo? Miró por aquí, miró por allá y, por fin, le halló escondido bajo el portal de una casa de labranza.

—Pero ¿qué haces aquí? —le preguntó Pinocho acercándose.

—Espero la medianoche para irme.

—¿Adónde vas?

—Lejos, muy lejos.

—¡Y yo que he pasado a buscarte tres veces por tu casa!

—¿Y qué querías?

—¿No te han contado el gran evento? ¿No sabes qué suerte me ha tocado?

—¿Cuál?

—Mañana dejo de ser una marioneta y me convierto en un niño como tú y como los demás.

—Que te aproveche.

—Mañana, pues, te espero en casa para merendar.

—Pero si te he dicho que me voy esta noche...

—¿A qué hora?

—Dentro de poco.

—¿Y adónde vas?

—Me voy a vivir a un país... que es el mejor del mundo: ¡un auténtico paraíso!

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el País de Jauja. ¿Por qué no te vienes también?

—¿Yo? ¡Ni hablar!

—¡Te equivocas, Pinocho! Créeme que si no vienes te arrepentirás. ¿Dónde puede haber un país más saludable para nosotros, los niños? Allí no hay escuelas, no hay maestros, no hay libros. En aquel país bendito no se estudia jamás. El jueves no se va a escuela, y la semana consta de seis jueves y un domingo. Piensa que las vacaciones de otoño empiezan el primero de enero y acaban en fin de año. ¡Ahí tienes un país hecho a medida para mí! ¡Así tendrían que ser todos los países civilizados!

—Pero ¿cómo transcurren los días en el País de Jauja?

—Transcurren refocilándose y divirtiéndose de la mañana a la noche. Luego te vas a la cama, y a la mañana siguiente vuelta a empezar. ¿Cómo lo ves?

—Mmm... —dijo Pinocho, y meneó levemente la cabeza, como diciendo: «¡Es un tipo de vida a la que me apuntaría con ganas!».

—Así pues, ¿quieres venirte conmigo? ¿Sí o no? Decídetes.

—No, no y no. Ya le he prometido a mi buena Hada que me convertiré en un niño formal, y quiero mantener mi promesa. Es más, como veo que el sol ya empieza a ponerse, te dejo y me voy. Así que adiós, y buen viaje.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

—A casa. Mi buena Hada quiere que regrese antes de que anochezca.

—Espera un par de minutos más.

—Se hace muy tarde.

—Solo dos minutos.

—¿Y si luego el Hada me riñe?

—Deja que te riña. Cuando te habrá reñido lo que debe, se calmará —dijo aquella piel del diablo de Larguirucho.

—¿Y cómo vas? ¿Solo o acompañado?

—¿Solo? Seremos más de cien niños.

—¿Y vais a pie?

—Dentro de poco pasará por aquí un carro que debe recogerme y llevarme hasta

los confines de aquel país tan afortunado.

—¡Lo que pagaría por ver pasar el carro ahora!

—¿Por qué?

—Para veros marchar a todos juntos.

—Quédate un poco más y nos verás.

—No, no, quiero regresar a casa.

—Espera dos minutos más.

—Ya me he entretenido demasiado. El Hada estará preocupada por mí.

—¡Pobre Hada! ¿Tiene miedo de que se te coman los murciélagos?

—Pero, vamos a ver —añadió Pinocho—, ¿estás completamente seguro de que en el aquel país no hay escuelas?

—Ni la sombra.

—¿Tampoco maestros?

—Ni uno.

—¿Y no hay jamás obligación de estudiar?

—¡Nunca, nunca, nunca!

—¡Qué bonito país! —dijo Pinocho, a quien ya se le hacía la boca agua—. ¡Qué bonito país! Yo no he estado nunca, pero me lo imagino.

—¿Por qué no te vienes?

—¡Es inútil que me tientes! Ya le he prometido a mi buena Hada que seré un niño juicioso, y no quiero faltar a mi palabra.

—Pues adiós, y despídeme de las escuelas primarias, y también de las secundarias, cuando las encuentres por la calle.

—Adiós, Larguirucho, que tengas buen viaje; diviértete, y acuérdate de los amigos de vez en cuando.

Dicho lo cual, la marioneta dio un par de pasos como si estuviera a punto de irse; aunque luego, deteniéndose y volviéndose hacia su amigo, le preguntó:

—Pero ¿estás completamente seguro de que en aquel país la semana consta de seis jueves y un domingo?

—¡Segurísimo!

—¿Y sabes con certeza que las vacaciones empiezan el primero de enero y acaban en fin de año?

—¡Toda la certeza!

—¡Qué bonito país! —repitió Pinocho, escupiendo como sumo regocijo—. Luego, con ánimo resuelto, añadió con prisas y afanes:

—Vale, adiós entonces, y buen viaje.

—Adiós.

—¿Cuándo os vais?

—Dentro de poco.

—¡Qué lástima! Si solo faltara una hora para la partida, casi sería capaz de esperar.

—¿Y el Hada?

—Ahora ya se ha hecho tarde... y regresar a casa una hora antes o después da lo mismo.

—¡Pobre Pinocho! ¿Y si el Hada te riñe?

—¡Paciencia! La dejaré que me riña. Cuando me haya reñido lo que debe, se calmará.

Mientras, ya se había hecho de noche, noche cerrada, y de pronto vieron oscilar en la lejanía una lucecita y oyeron un rumor de cascabeles y un toque de trompeta, tan tenue y ahogado que se antojaba el zumbido de un mosquito.

—¡Ahí está! —gritó Larguirucho poniéndose en pie.

—¿Quién es? —preguntó Pinocho, quedo.

—Es el carro que viene a buscarme. Así que, ¿te vienes o no?

—Pero ¿es verdad —preguntó la marioneta— que en aquel país los niños no tienen jamás obligación de estudiar?

—¡Nunca, nunca, nunca!

—¡Qué bonito país, qué bonito país, qué bonito!



*Después de cinco meses de paraíso, Pinocho, maravillado, siente que le sale un bonito par de orejas de burro y se convierte en borrico, con cola y todo*

Por fin llegó el carro, y lo hizo sin el mínimo ruido, porque llevaba las ruedas envueltas en estopa y trapos.

Tiraban de él doce pares de borricos, todos del mismo tamaño, pero de pelaje diverso.

Algunos eran cenicientos, otros blancos, otros manchados y como bayos, y otros atigrados con grandes franjas amarillas y turquesa.

Pero lo más singular era que esos doce pares, esto es, esos veinticuatro borricos, en lugar de ir herrados como el resto de los animales de tiro o de carga, calzaban en las pezuñas botines de piel de vaca blanca.

¿Y el cochero?

Imaginad a un hombrecillo más ancho que alto, tierno y untuoso como una bolita de mantequilla, con una carita primorosa, una boquita siempre risueña y una voz débil y suave, como la de un gato que se camela el buen corazón del ama de casa.

En cuanto lo vieron, todos los niños quedaron encantados y competían por montar en el carro, para ser conducidos a aquel auténtico paraíso conocido en el mapa con el seductor nombre de País de Jauja.

De hecho, el carro estaba ya repleto de chiquillos de entre ocho y doce años, apiñados unos sobre otros como anchoas en salmuera. No estaban muy cómodos, apretujados, y casi no podían respirar; pero ninguno soltaba un ay, nadie se quejaba. El consuelo de saber que al cabo de pocas horas habrían llegado a un país donde no había ni libros, ni escuelas, ni maestros les alegraba y aplacaba hasta tal extremo que no sentían ni molestias, ni la paliza, ni hambre, ni sed ni sueño.

Tan pronto como el carro se detuvo, el Hombrecillo se volvió hacia Larguirucho y, con mil mohines y afectaciones, le preguntó sonriendo:

—Dime, chico guapo, ¿quieres ir también a aquel afortunado país?

—Claro que quiero ir.

—Pero te advierto, querido, que en el carro ya no hay sitio. Como ves, está todo lleno.

—¡Paciencia! —replicó Larguirucho—. Si no hay sitio dentro, me arreglaré sentado en los varales del carro.

Y, pegando un salto, montó a horcajadas en los varales.

—Y tú, cariño mío —dijo el Hombrecillo, volviéndose con gran amabilidad hacia Pinocho—, ¿qué quieres hacer? ¿Vienes con nosotros o te quedas?

—Yo me quedo —respondió Pinocho—. Quiero regresar a mi casa; quiero estudiar y quiero sacar buenas notas, como hacen todos los niños formales.

—¡Que te aproveche!

—¡Pinocho! —dijo entonces Larguirucho—. Hazme caso: escápate con nosotros y seremos felices.

—¡No, no, no!

—Escápate con nosotros y seremos felices —gritaron entonces cuatro voces del interior del carro.

—Escápate con nosotros y seremos felices —gritaron a coro las cien voces del carro.

—Y si voy con vosotros, ¿qué dirá mi buena Hada? —dijo la marioneta, que empezaba a ablandarse y a echarse atrás.

—No te calientes la cabeza con pesares. Piensa que vamos a un país donde tenemos derecho a montar jarana de la mañana a la noche.

Pinocho no respondió, pero suspiró; luego suspiró de nuevo, y otro suspiro más. Por fin, dijo:

—Dejadme sitio: yo también quiero ir.

—Las plazas están todas ocupadas —replicó el Hombrecillo—, pero, para mostrarte cuán bienvenido eres, te cederé la mía en el pescante.

—¿Y usted?

—Yo haré el trayecto a pie.

—Ni hablar, no lo permito. Prefiero, en cambio, montar a lomos de uno de estos borricos —gritó Pinocho.

Dicho y hecho: se aproximó a un borrico del primer par e hizo ademán de montar, pero el animal, volviéndose de golpe, le propinó un morrazo en la barriga y lo arrojó volando por el aire.

Imaginad la carcajada impertinente y estentórea de todos aquellos chicos presentes en la escena.

Pero el Hombrecillo no se rió. Se acercó con todo el cariño al borrico rebelde y, simulando que iba a besarle, le arrancó de un mordisco la mitad de la oreja derecha.

Mientras, Pinocho, levantándose del suelo muy enojado, se impulsó con un salto a lomos de aquel pobre animal. Y el salto fue tan meritorio que los niños, dejando de reír, empezaron a gritar «¡Viva Pinocho!», y a dedicarle una ovación cerrada.

Entonces el asno, de repente, levantó las dos patas traseras y, pegando una sacudida tremenda, arrojó a la pobre marioneta en medio de la calle, sobre un montón de grava.

Entonces recomenzaron las grandes risotadas; pero el Hombrecillo, en lugar de reír, se sintió tan encariñado con aquel borrico inquieto que, con un beso, le seccionó la mitad de la otra oreja. Luego, le dijo a la marioneta:

—Vuelve a montar y no tengas miedo. Aquel asno está como una chota, pero ya le he dicho dos palabrejas al oído y espero que lo habré amansado.

Pinocho montó y el carro empezó a moverse; pero mientras los borricos galopaban y el carro corría sobre los guijarros de la calle Mayor, a la marioneta le

pareció oír una voz apocada y apenas inteligible que decía:

—Pobre tarugo, lo has querido hacer a tu manera, pero te arrepentirás.

Pinocho, casi asustado, miró en derredor para ver de dónde prevenían aquellas palabras, pero no vio a nadie: los borricos galopaban, el carro avanzaba, los chicos en su interior dormían, Larguirucho roncaba como un lirón y el Hombrecillo, sentado en el pescante, canturreaba entre dientes:

*Todos duermen por la noche,  
y yo no duermo jamás...*

Recorrido otro medio kilómetro, Pinocho oyó la misma voz tenue que le decía:

—Piénsalo bien, diablillo, los niños que dejan de estudiar y le dan la espalda a los libros, a la escuela y a los maestros para entregarse del todo a las gansadas y las diversiones no pueden más que acabar mal... Lo sé por experiencia, y así te lo digo. Llegará un día en que también tú llorarás, como ahora lloro yo, pero ya será tarde.

Ante aquellas palabras bisbiseadas quedamente, la marioneta, más asustada que nunca, se bajó de la grupa de su montura y fue a agarrar a su borrico por el morro.

¡Imaginad como se quedó cuando se dio cuenta de que el borrico lloraba... y lloraba como un niño!

—Oiga, señor Hombrecillo —gritó entonces Pinocho al amo del carromato—, ¿sabéis la novedad? Este borrico llora.

—Deja que llore: tiempo tendrá de reír.

—Pero ¿es que también le ha enseñado a hablar?

—No. Por su cuenta ha aprendido a balbucir alguna palabra, después de pasar tres años en compañía de perros amaestrados.

—¡Pobre bestia!

—Quita, quita —dijo el Hombrecillo—, no perdamos el tiempo viendo llorar a un borrico. Vuelve a montar; la noche es fría y el camino es largo.

Pinocho obedeció sin rechistar. El carro retomó su andadura, y al alba llegaron felizmente al País de Jauja.

Este país no se parecía a ningún otro del mundo. Su población estaba enteramente compuesta de niños. Los más viejos tenían catorce años, los más jóvenes apenas tenían ocho. ¡Reinaba en las calles una alegría, un jolgorio, un griterío que quitaban el hipo! Había bandadas de diablillos por todas partes: unos jugaban a las canicas, otros, al tejo, al balón, unos iban en velocípedo, otros, montados en caballitos de madera; estos jugaban a la gallina ciega, aquellos, al corre que te pillo; otros, vestidos de payasos, echaban fuego por la boca; unos interpretaban obras de teatro, otros cantaban, otros más practicaban saltos mortales, algunos caminaban divertidos haciendo el pino; unos hacían rodar el aro, alguno paseaba vestido de general con el yelmo de papel y la cimitarra de cartón; se reía, se gritaba, se llamaba, se aplaudía, se silbaba, también se imitaba a las gallinas cuando ponen huevos... vamos, un jaleo tal,

un alboroto, un guirigay tan escandaloso que había que ponerse algodón en los oídos para no quedarse sordo. En todas las plazas se veían teatrillos de tela, atestados de niños de la mañana a la noche, y en todos los muros de las casas se leían, escritos con carbón, lemas preciosos como estos: «¡Viva Jauga!» (en lugar de «Jauja»), «Ya no queremos escuelas» (en lugar de «escuelas»), «¡Abajo Larin Metica!» (en lugar de «la aritmética») y otras perlas por el estilo.

Pinocho, Larguirucho y todos los otros niños que habían viajado con el Hombrecillo, nada más poner el pie en la ciudad, se introdujeron inmediatamente en la bulla y, en pocos minutos, como resulta fácil imaginar, se habían hecho amigos de todos. ¿Quién más feliz y contento que ellos?

En medio de los continuos deleites y diversiones de lo más variado, las horas, los días, las semanas pasaban como una centella.

—¡Oh, qué vida tan bonita! —decía Pinocho cada vez que se topaba por casualidad con Larguirucho.

—¿Ves como tenía razón? —replicaba este—. ¡Y pensar que tú no querías venir! ¡Y pensar que se te había metido en la cabeza regresar a casa de tu Hada, para perder el tiempo estudiando! Si hoy estás libre del fastidio de los libros y de la escuela me lo debes a mí, a mis consejos, a mis apremios, ¿no crees? Solo los auténticos amigos hacen grandes favores como este.

—Es verdad, Larguirucho. Si hoy soy un niño verdaderamente feliz, es por mérito tuyo. Y el maestro, ¿sabes qué me decía hablando de ti? Me decía siempre: «No frecuentes a la piel del diablo de Larguirucho, porque Larguirucho es un mal compañero y solo puede aconsejarte maldades».

—¡Pobre maestro! —replicó el otro, meneando la cabeza—. Demasiado bien sé que no me soportaba y que se divertía calumniándome, pero yo soy generoso y le perdono.

—¡Qué alma tan generosa! —dijo Pinocho abrazando afectuosamente a su amigo y dándole un beso en la frente.

Entretanto, hacía ya cinco meses que duraba este bonito paraíso, refocilarse y divertirse todo el día, sin jamás ver un libro ni una escuela cuando una mañana Pinocho, al despertar, tuvo, como suele decirse, una desagradable sorpresa que le puso de muy mal humor.

*A Pinocho le salen orejas de burro, y luego se convierte en un auténtico borrico y empieza a rebuznar*

¿Y de qué sorpresa se trataba?

Os lo diré, mis pequeños y queridos lectores: la sorpresa fue que a Pinocho, al despertar, le dio naturalmente por rascarse la cabeza, y al hacerlo se dio cuenta de que...

¿Adivináis de qué se dio cuenta?

Se dio cuenta con grandísimo asombro de que las orejas le habían crecido más de un palmo.

Vosotros sabéis que la marioneta, desde su nacimiento, tenía las orejas bien pequeñas, tan pequeñas que, a simple vista, apenas se veían. Imaginad, pues, cómo se quedó cuando se apercibió de que durante la noche sus orejas se habían alargado tanto que parecían dos escobillas.

Fue enseguida a buscar un espejo para poder mirarse, pero, al no hallar ninguno, llenó de agua el bacín del lavamanos y, contemplándose allí, vio lo que nunca habría deseado ver: su imagen embellecida por un magnífico par de orejas de burro.

Ya os podéis imaginar el dolor, la vergüenza y la desesperación del pobre Pinocho.

Empezó a llorar, a chillar, a darse de cabezazos contra la pared; pero cuanto más desesperaba, más crecían y crecían sus orejas, que se veían peludas en la punta.

Ante el escándalo de aquellos agudos gritos, entró en el cuarto una bonita Marmotita que vivía en el piso de arriba y que, al ver a la marioneta presa de tal agitación, le preguntó afectuosamente:

—¿Qué te pasa, querido vecino?

—Estoy enfermo, Marmotita mía, muy enfermo... y enfermo de una enfermedad que me asusta. ¿Tú sabes tomar el pulso?

—Un poquito.

—Mira, pues, a ver si resulta que tengo fiebre.

La Marmotita levantó la pata delantera derecha y, tras tomarle el pulso a Pinocho, le dijo suspirando:

—Amigo mío, lamento tener que darte una mala noticia.

—¿Cuál?

—Tienes una fiebre horrenda.

—¿Y de qué fiebre se trata?

—Es la fiebre del burro.

—No entiendo esa fiebre —respondió la marioneta que, sin embargo, la había entendido.

—Pues te la explicaré yo —añadió la Marmotita—. Debes saber que dentro de dos o tres horas tú ya no serás una marioneta ni un niño...

—¿Y qué es lo que voy a ser?

—De aquí a dos o tres horas te convertirás en un auténtico borrico, como esos que tiran de los carros y que cargan las coles y las lechugas del mercado.

—¡Oh, pobre de mí, pobre de mí! —gritó Pinocho agarrándose las orejas con las manos, y tirando de ellas para arrancarlas como si fueran de otro.

—Querido mío —dijo la Marmotita para consolarle—, ¿qué quieres hacerle? Es el destino. Ahora ya está escrito en los decretos de la sabiduría: todos los niños perezosos que, asqueados de los libros, las escuelas y los maestros, se pasan el día de fiesta, jugando y divirtiéndose, acaban antes o después convertidos en burros.

—Pero ¿de verdad es así? —preguntó sollozando la marioneta.

—Desgraciadamente es así. Y los llantos son inútiles. ¡Había que pensarlo antes!

—Pero no es culpa mía: la culpa, de verdad, Marmotita, es toda de Larguirucho.

—¿Y quién es el tal Larguirucho?

—Un compañero mío de la escuela. Yo quería volver a casa, quería ser obediente, quería seguir estudiando y aplicándome... pero Larguirucho me dijo: «¿Por qué quieres aburrirte estudiando? ¿Por qué quieres ir a escuela? Mejor te vienes conmigo al País de Jauja: allí ya no estudiaremos más, nos divertiremos de la mañana a la noche y siempre estaremos alegres».

—¿Y por qué seguiste el consejo de un falso amigo? ¿De ese mal compañero?

—¿Por qué? Porque, Marmotita mía, yo soy una marioneta sin juicio y sin corazón. ¡Oh, si hubiera tenido una pizca de corazón no habría abandonado jamás a aquella buena Hada que me quería como una mamá y había hecho tanto por mí! Y ahora ya no sería una marioneta, sino que sería un chiquillo bien educado como hay muchos. ¡Ay de Larguirucho si me lo encuentro! Le voy a cantar las cuarenta.

E hizo ademán de querer salir. Pero cuando llegó a la puerta se acordó de que tenía las orejas de burro y, avergonzándose de mostrarlas en público, ¿qué se le ocurrió? Cogió una gran gorra de algodón y, encasquetándose, se la caló hasta la punta de la nariz.

Entonces salió y se puso a buscar a Larguirucho por todas partes. Lo buscó en las calles y plazas, en los teatrillos, en todas partes, pero no le encontró. Preguntó por él a todo aquel con quien se cruzó por el camino, pero nadie le había visto.

Entonces se fue a buscarle a casa y, al llegar, llamó.

—¿Quién es? —preguntó Larguirucho desde dentro.

—Soy yo —respondió la marioneta.

—Espera un poco y te abriré.

Pasada media hora, la puerta se abrió; y figuraos cómo se quedó Pinocho cuando, al entrar en la vivienda, vio a su amigo Larguirucho con una gran gorra de algodón que se había calado hasta por debajo de la nariz.

A la vista de aquella gorra, Pinocho sintió cierto consuelo y pensó para sus

adentros: «¿Estará mi amigo enfermo de la misma enfermedad? ¿Y si también él tiene la fiebre del burro?».

Y simulando no haberse dado cuenta de nada, le preguntó sonriendo:

—¿Cómo estás, querido Larguirucho?

—Requetebién: como un ratón metido en un requesón.

—¿Lo dices en serio?

—¿Y por qué iba a mentirte?

—Perdóname amigo, pero entonces, ¿por qué vas tocado con esa gorra de algodón que te tapa las orejas?

—Me lo ha dicho el médico, porque me he hecho daño en la rodilla. Y tú, querida marioneta, ¿por qué llevas esa gorra de algodón calada hasta la nariz?

—Me lo ha dicho el médico, porque me he arañado un pie.

—¡Oh, pobre Pinocho!

—¡Oh, pobre Larguirucho!

Tras estas palabras mantuvieron un larguísimo silencio, durante el cual ambos amigos no hicieron más que mirarse entre ellos con aire burlón.

Por fin, la marioneta, con una vocecita meliflua y aflautada, le dijo a su compañero:

—Cuéntame algo, mi querido Larguirucho, ¿has padecido alguna vez una enfermedad en las orejas?

—¡Nunca! ¿Y tú?

—¡Nunca! Pero desde esta mañana tengo una oreja que me duele.

—También yo tengo el mismo dolor.

—¿Tú también? ¿Y qué oreja te hace daño?

—Las dos. ¿Y a ti?

—Las dos. ¿Y si fuera la misma enfermedad?

—Me temo que sí.

—¿Me querrías hacer un favor, Larguirucho?

—¡De buena gana! ¡De todo corazón!

—¿Me dejas ver tus orejas?

—¿Por qué no? Pero antes quisiera ver las tuyas, Pinocho.

—No, tú vas primero.

—No, monada, primero tú y después yo.

—Bien —dijo entonces la marioneta—, hagamos un pacto de buenos amigos.

—Oigamos.

—Quitémonos los dos la gorra al mismo tiempo. ¿Aceptas?

—Acepto.

—¡Pues atentos! —Y Pinocho empezó a contar en voz alta—: ¡Uno!, ¡dos!, ¡tres!

A la de tres, los dos chicos agarraron las gorras de la cabeza y las arrojaron al aire.

Y entonces se produjo una escena que parecería increíble si no fuera cierta.

Sucedió, pues, que Pinocho y Larguirucho, al verse ambos afligidos por la misma desgracia, en lugar de mortificarse y lamentarse, empezaron a menear sus orejas desmesuradamente crecidas y, después de mil monerías, acabaron por prorrumpir en una gran carcajada.

Y rieron sin parar hasta que tuvieron que aguantarse la barriga; aunque, en el mejor momento, Larguirucho de pronto se aplacó y, vacilando y palideciendo, le dijo al amigo:

—¡Ayuda, ayuda, Pinocho!

—¿Qué te pasa?

—Ay, que no consigo tenerme en pie.

—Tampoco yo lo consigo —gritó Pinocho, llorando y trastabillando.

Y mientras así hablaban, se doblaron ambos y, caminando a gatas, empezaron a girar y a corretear por la habitación. Y mientras correteaban sus brazos se tornaron patas, sus caras se alargaron y se convirtieron en hocicos y sus espaldas se cubrieron de un pelaje grisáceo claro, veteado de negro.

Pero el peor momento para aquel par de desgraciados, ¿sabéis cuál fue? El peor momento y el más humillante fue cuando sintieron que les crecía la cola. Sumidos así en la vergüenza y el dolor, se pusieron a llorar y a quejarse de su destino.

¡Mejor hubiera sido no hacerlo! En lugar de gemidos y lamentos, les salían rebuznos de asno, y rebuznando sonoramente soltaban los dos a coro:

—Hiaaa, hiaaa, hiaaa...

En aquel momento llamaron a la puerta, y una voz dijo desde fuera:

—¡Abrid, soy el Hombrecillo, soy el cochero del carro que os trajo a este país!  
¡Abrid enseguida o ay de vosotros!



*Convertido en auténtico borrico, se lo llevan para venderlo y lo compra el Director de una compañía de payasos para enseñarle a bailar y a saltar por los aros; pero una noche se queda cojo y lo compra otro individuo para hacer un tambor con su piel*

Viendo que la puerta no se abría, el Hombrecillo la reventó de un patadón, y una vez dentro, les dijo, con su risita habitual, a Pinocho y a Larguirucho:

—¡Bravo, chicos! Habéis rebuznado estupendamente y os he reconocido enseguida por la voz. Y por eso aquí me tenéis.

Ante tales palabras, los dos borricos se quedaron muy mustios, con la cabeza gacha, las orejas caídas y la cola entre las patas.

De entrada, el Hombrecillo los alisó, los acarició, los palpó; luego, sacando la almohaza, empezó a darles a base de bien.

Y cuando, a fuerza de atizarles, los tuvo lustrosos como dos espejos, les puso el ronزال y se los llevó a la plaza del mercado con la esperanza de venderlos y sacarles una modesta ganancia.

De hecho, los compradores no se hicieron esperar.

Larguirucho fue comprado por un campesino a quien el día anterior se le había muerto el jumento, y Pinocho fue vendido al Director de una compañía de payasos y saltimbanquis, que lo compró para amaestrarlo y para hacerle saltar y bailar junto a los otros animales de la compañía.

¿Habéis entendido ahora, mis pequeños lectores, a qué bonito trabajo se dedicaba el Hombrecillo? Este horrible engendro, que exhibía un aire tan almibarado, iba de vez en cuando con un carro a rondar por el mundo: de camino, recogía con promesas y zalamerías a todos los niños gandules que se aburrían de los libros y de las escuelas, y después de cargarlos en el carro los conducía al País de Jauja para que pasaran todo el tiempo entre juegos, juergas y diversiones. Cuando luego esos pobres chavales ilusos, a fuerza de vagar todo el tiempo y de no estudiar nunca, se convertían en borricos, entonces, alegre y contento, se apoderaba de ellos y los iba a vender a ferias y mercados. Y de ese modo, en pocos años, había amasado una fortuna y se había hecho millonario.

Lo que sucedió con Larguirucho, lo desconozco; en cambio, sé que Pinocho se vio sometido desde los primeros días a una vida durísima y extenuante.

Cuando lo llevaron al establo, su nuevo patrón le llenó de paja el pesebre, pero Pinocho, tras catar un bocado, la escupió.

Entonces el patrón, mascullando, le llenó el pesebre de heno; pero tampoco el heno le gustó.

—Ah, ¿tampoco te gusta el heno? —gritó el patrón, enfurecido—. No te

preocupes, hermosura, que si te andas con remilgos ya me ocuparé yo de apañarte.

Y, a modo de correctivo, le asestó un trallazo en las patas.

Pinocho, por el dolor inmenso, empezó a llorar y a rebuznar, y rebuznando dijo:

—Hiaaa, hiaaa..., no puedo digerir la paja.

—Entonces cómete el heno —replicó el patrón, que comprendía a la perfección el dialecto de los asnos.

—Hiaaa, hiaaa..., el heno me da dolor de cabeza.

—¿Aspiras a que un pollino como tú deba ser alimentado a base de pechugas de pollo y capón en galantina? —añadió el patrón enrabietándose más aún y asestándole otro trallazo.

Ante el segundo azote, Pinocho, por prudencia, calló enseguida y no dijo nada.

Entretanto, se cerró el establo y Pinocho se quedó solo; y como eran muchas las horas que había pasado sin comer, empezó a bostezar por el hambre. Y al bostezar abría una boca que parecía un horno.

Al final, al no encontrar otra cosa en el pesebre, se resignó a masticar algo de heno; y tras masticarlo bien masticado, cerró los ojos y lo deglutió.

«Este heno no es malo —dijo para sí—, ¡pero habría sido mucho mejor no haber dejado los estudios! A estas horas, en lugar de heno, podría comer un chusco de pan fresco y una loncha de salchichón. ¡Paciencia!»

A la mañana siguiente, al despertarse, buscó enseguida en el pesebre algo más de heno; pero no lo halló porque se lo había comido todo por la noche.

Entonces pilló un bocado de paja triturada; y mientras la mascaba se dio perfecta cuenta de que el sabor de la paja triturada no recuerda para nada al arroz a la milanesa ni a los macarrones a la napolitana.

—¡Paciencia! —se repitió mientras seguía masticando—. Al menos que mi desgracia pueda servir de lección a todos los niños desobedientes y que no quieren estudiar. ¡Paciencia, paciencia!

—¡Y un cuerno paciencia! —aulló el patrón, entrando en aquel momento en el establo—. ¿Te crees quizá, mi bonito borrico, que te he comprado únicamente para darte de comer y beber? Te he comprado para que trabajes y me hagas ganar mucho dinero. ¡Venga, pues, a portarse bien! Vente conmigo al circo y allí te enseñaré a saltar por los aros, a romper con la cabeza los toneles de papel y a bailar el vals y la polca sobre las patas traseras.

El pobre Pinocho, por gusto o a la fuerza, tuvo que aprender todas aquellas fabulosas disciplinas; pero, para aprenderlas, se necesitaron tres meses de lecciones y muchos trallazos que acababan despellejándole.

Llegó por fin el día en que su patrón pudo anunciar un espectáculo verdaderamente extraordinario. Los carteles de varios colores, pegados en las esquinas de las calles, rezaban así:

# GRAN ESPECTÁCULO DE GALA

Para esta tarde  
TENDRÁN LUGAR LOS SALTOS DE SIEMPRE  
Y EJERCICIOS SORPRENDENTES  
ejecutados por todos los artistas  
y por todos los caballos de ambos sexos de la compañía

y además  
SERÁ PRESENTADO POR VEZ PRIMERA  
el famoso

**BORRICO PINOCHO**

llamado

LA ESTRELLA DE LA DANZA



*El teatro gozará de iluminación diurna*

Aquella tarde, como os podéis imaginar, una hora antes de que se iniciara el espectáculo, el teatro estaba lleno a rebosar.

No se podía encontrar ni una sola butaca, ni una plaza ni un palco, ni siquiera pagándolos a precio de oro.

Las gradas del circo eran un hormiguelo de niños, de niñas y de chicos de todas las edades, agitados todos ellos por el frenesí de ver bailar al famoso borrico Pinocho.

Una vez terminada la primera parte del espectáculo, el Director de la compañía, ataviado con casaca negra, calzas blancas y botas de piel hasta más arriba de las rodillas, se presentó ante el público arracimado y, tras una gran reverencia, inició con gran solemnidad el demencial discurso que sigue:

—¡Respetable público, caballeros y damas!

»El humilde abajo firmante, estando de paso en esta ilustre metrópoli, ha querido procrearme el honor, además del placer, de presentar ante este inteligente y eximio auditorio un célebre borrico que tuvo ya el honor de bailar ante la presencia de Su Majestad el Emperador de todas las principales cortes de Europa.

»¡Y al tiempo que les doy las gracias, digo que nos ayudéis con vuestra briosa presencia y apiadaos de nosotros!

El discurso fue acogido con muchas risotadas y aplausos, pero los aplausos se redoblaron y pasaron a ser una especie de huracán con la aparición en el circo del

borrico Pinocho. Iba todo emperifollado y de gala. Llevaba una brida nueva de piel lustrada con hebillas y tachuelas de latón, dos camelias blancas en las orejas, la crin acicalada en rizos adornados con lacitos de seda roja, una gran franja de oro y plata en la cintura, y la cola entrelazada con cintas de terciopelo carmesí y azul celeste. En fin, que era un amor de borrico.

El Director, al presentarlo al público, añadió estas pocas palabras:

—¡Mis respetables oyentes! No me quedaré aquí a decir mentiras sobre las grandes dificultades que he debido arrostrar para comprender y subyugar a este mamífero, mientras pacía libremente de montaña en montaña en las llanuras de la zona tórrida. Observad, os ruego, la ferocidad silvestre que exudan sus ojos; con lo que, tras demostrarse vanos todos los medios para domesticarlo según los modos de los cuadrúpedos civilizados, me he visto obligado en ocasiones a recurrir al afable dialecto del azote. Pero todos mis gestos, en lugar de ganarme su estima, me han granjeado más bien su coraje. Yo, sin embargo, siguiendo el sistema de Galles, hallé en su cráneo un pequeña Cartago ósea que la propia facultad médica de París reconoció como el bulbo regenerador del pelo y de la danza pírrica. Y por ello quise yo amaestrarlo para el baile, además de para el salto en los aros y los barriles forrados de papel. ¡Admiradlo! ¡Y juzgado después! Pero antes permitid que me tome la libertad de, oh señores, invitarles al espectáculo diurno de mañana por la tarde; aunque en la apoteosis de que el tiempo lluvioso amenazase agua, entonces el espectáculo, en lugar de a la tarde, se posavanzaría a la mañana, a las once antemeridianas del mediodía.

Y el Director ejecutó otra solemne reverencia y, volviéndose hacia Pinocho, le dijo:

—¡Ánimo, Pinocho! ¡Antes de dar inicio a sus ejercicios, saluda a este respetable público, caballeros, damas y chavales!

Pinocho, obediente, hincó enseguida las rodillas en el suelo, y así permaneció arrodillado hasta que el Director, haciendo chasquear el látigo, le gritó:

—¡Al paso!

Entonces el borrico se irguió sobre las cuatro patas y empezó a dar vueltas alrededor de la pista, caminando siempre al paso.

Pasado un rato, el Director gritó:

—¡Al trote!

Y Pinocho, obedeciendo la orden, cambió al trote.

—¡Al galope!

Y Pinocho atacó el galope.

—¡A la carrera!

Y Pinocho se lanzó a la carrera. Pero mientras corría así, como un caballo árabe, el Director, levantando el brazo, disparó su pistola.

Al oír el tiro, el borrico, fingiéndose herido, cayó tendido en la pista como si de verdad estuviera moribundo.

Levantándose del suelo en medio de un estallido de aplausos, gritos y palmadas que llegaban hasta las estrellas, le dio naturalmente por alzar la cabeza y mirar a lo alto... y mirando vio en un palco a una hermosa señora que lucía al cuello un gran collar de oro, del que colgaba un medallón. Y en el medallón aparecía pintado el retrato de una marioneta.

«¡Ese es mi retrato! ¡Esa señora es el Hada!», dijo Pinocho para sí, al reconocerla; y dejándose llevar por su gran alegría, se puso a gritar:

—¡Oh, Hadita mía, Hadita mía!

Pero en lugar de estas palabras le salió de la garganta un rebuzno tan sonoro y prolongado que hizo reír a todos los espectadores, y especialmente a todos los chavales que estaban en el teatro.

Entonces, el Director, para enseñarle y hacerle comprender que no son maneras lo de ponerse a rebuznar en público, le dio con el mango del látigo un baquetazo en el morro.

El pobre borrico, sacando un palmo de lengua, estuvo lamiéndose el morro al menos cinco minutos, creyendo que así aliviaría el dolor que sentía.

¡Cuál fue su desesperación al volverse de nuevo y ver que el palco estaba vacío y que el Hada había desaparecido!

Se sintió casi morir: los ojos se le llenaron de lágrimas y empezó a llorar a moco tendido. Sin embargo, nadie se dio cuenta, y menos aún el Director, que, chasqueando el látigo, gritó:

—¡Compórtate, Pinocho! Y ahora demuestra a estos señores con qué gracia sabes saltar por los aros.

Pinocho lo probó dos o tres veces, pero cada vez que llegaba ante el aro, en lugar de atravesarlo, pasaba tan cómodamente por debajo. Al final, pegó un salto y lo atravesó, pero las patas traseras le quedaron desafortunadamente atrancadas en el aro, motivo por el cual se precipitó al suelo como un fardo.

Cuando se levantó, renqueaba y a duras penas pudo regresar al punto de partida.

—¡Fuera Pinocho! ¡Queremos el borrico! ¡Que salga el borrico! —gritaban los chicos de la platea, apiadados y conmovidos ante tan triste caso.

Pero aquella noche el borrico no se dejó ver más.

Por la mañana, el veterinario, o sea el médico de las bestias, tras visitarlo, declaró que iba a quedar cojo para toda la vida.

Entonces el Director le dijo a su mozo de establo:

—¿Qué quieres que haga con un pollino cojo? Sería un gorrón. Te lo llevas de nuevo a la plaza y lo revendes.

Llegados a la plaza, hallaron enseguida un comprador, que le preguntó al mozo de establo:

—¿Cuánto quieres por este borrico cojo?

—Veinte liras.

—Te doy veinte perras gordas. No creas que lo compro para utilizarlo, lo compro

únicamente por la piel. Veo que tiene la piel muy dura, y con ella quiero hacer un tambor para la banda musical de mi pueblo.

Ya podéis imaginar el gran placer que sintió el pobre Pinocho cuando oyó que estaba destinado a convertirse en tambor.

El hecho es que el comprador, una vez pagadas las veinte perras, condujo al borrico hasta la orilla del mar y, tras colgarle una piedra al cuello y atarlo por una pata con una sogá que tenía en la mano, le dio de golpe un empujón y lo arrojó al agua.

Pinocho, con aquel peñasco al cuello, se precipitó enseguida al fondo; y el comprador, con la sogá siempre bien agarrada, se sentó en un escollo, a la espera de que el borrico tuviera el tiempo necesario para ahogarse a fin de despellejarlo después.

*Pinocho, arrojado al mar, es comido por los peces y vuelve a ser una marioneta como antes; pero mientras nada para salvarse se lo traga el terrible Escualo*

Después de cincuenta minutos con el borrico debajo del agua, el comprador dijo, pensando para sí: «A esta hora, mi pobre borrico cojo debe de haberse ahogado del todo. Subámoslo y hagamos un bonito tambor con su piel».

Y empezó a tirar de la soga con la que lo había atado de una pata; y, tira que tirarás, al final vio aparecer en la superficie... ¿lo adivináis? En lugar de un borrico muerto, vio aparecer a una marioneta viva, que se debatía como una anguila.

Viendo aquella marioneta de madera, el pobre hombre creyó estar soñando y se quedó idiotizado, con la boca abierta y los ojos fuera de sus órbitas.

Tras recobrase un poco del primer estupor, dijo llorando y balbuciendo:

—Y el borrico que he arrojado al mar, ¿dónde está?

—Aquel borrico soy yo —respondió la marioneta riendo.

—¿Tú?

—Yo.

—¡Ah, tunante! ¿Pretendes quizá burlarte de mí?

—¿Burlarme de usted? Al contrario, querido patrón: le hablo en serio.

—Pero ¿cómo puede ser que fueras un borrico hace un momento y que ahora, tras hundirte en el agua, te hayas convertido en una marioneta de madera?

—Será el efecto del agua marina. Es que el mar es muy suyo.

—¡Ojo, marioneta, ojo! No pienses que te vas a reír a mis espaldas. ¡Ay de ti si se me acaba la paciencia!

—Bueno, patrón, ¿quiere saber la auténtica historia? Libéreme esta pierna y se la contaré.

Aquel chapucero de comprador, curioso por conocer la auténtica historia, le deshizo enseguida el nudo de la soga que lo tenía atado; y entonces Pinocho, viéndose libre como un pajarillo, le contó esto:

—Sabed, pues, que yo era una marioneta de madera, como lo soy hoy, pero estaba muy a punto de convertirme en un chico como hay tantos en este mundo; solo que por mis pocas ganas de estudiar y por hacer caso a los malos compañeros me escapé de casa... Y un buen día, al despertarme, me vi convertido en un jumento con sus orejones... y la cola. ¡Qué vergüenza sentí! Una vergüenza, querido patrón... ¡Que san Antonio no se lo haga pasar ni siquiera a usted! Llevado a vender al mercado de los asnos, fui comprado por el Director de una compañía ecuestre, que se metió en la cabeza convertirme en un gran bailarín y saltador de aros; pero una noche, durante el espectáculo, tuve una mala caída en el teatro y quedé cojo de las dos patas. Entonces,

el Director, sin saber qué hacer con un asno cojo, me llevó a revender, y usted me compró.

—¡Menuda lástima! Y he pagado veinte perras por ti. ¿Y ahora quién me devuelve mis cochinas veinte perras?

—¿Y por qué me ha comprado? ¡Usted me ha comprado para convertirme en tambor! ¡En tambor!

—¡Menuda lástima! ¿Dónde voy a encontrar ahora otra piel?

—Patrón, no sucumba a la desesperación. ¡De borricos está el mundo lleno!

—Dime, petimetre, ¿tu cuento se acaba aquí?

—No —respondió la marioneta—, dos palabras más y luego le dejo en paz. Después de comprarme, me ha traído a este sitio para matarme, pero más tarde, cediendo a un piadoso sentimiento de humanidad, ha preferido colgarme un peñasco del cuello y arrojarme al fondo del mar. Este delicado sentimiento le honra sin medida, y mi reconocimiento hacia usted será eterno. Por otra parte, querido patrón, esta vez ha echado las cuentas sin el Hada.

—¿Y quién es el Hada?

—Es mi mamá, que se parece a todas las buenas mamás que quieren a sus hijos y no les pierden de vista jamás, y les atienden amorosamente ante cualquier desgracia, incluso cuando estos niños, por su atolondramiento y malas maneras, merecerían ser abandonados y quedar a merced de sí mismos. Decía entonces que la buena Hada, tan pronto como me vio en peligro de ahogarme, me envió inmediatamente un banco de peces que, creyendo efectivamente que era un borrico muerto, empezaron a comerme. ¡Y menudos muerdos! Jamás habría creído que los peces fueran más golosos que nosotros, los niños... Uno me comió la oreja, otro, el hocico, aquel, el cuello y la crin, otro más, el pelaje de las patas, y alguno, el del lomo... y, entre otros, había un pececito tan gracioso que hasta le dio por comerme la cola.

—De hoy en adelante —dijo el comprador horrorizado—, hago juramento de no volver a probar la carne de pescado. Me desagradaría en demasía abrir un salmonete o una pescadilla fritos y encontrarme dentro una cola de borrico.

—Yo pienso como usted —replicó la marioneta riendo—. Además, debe saber que cuando los peces acabaron de comerme todo el pellejo de asno que me cubría de la cabeza a los pies llegaron, como es natural, al hueso... o, por decirlo mejor, a la madera; porque, como ve, yo estoy hecho todo de madera durísima. Pero después de los primeros mordiscos, aquellos peces glotones se dieron cuenta de que la madera no era chicha para sus dientes y, asqueados ante aquel alimento indigesto, se fueron, uno para allá y otro para aquí, sin ni siquiera volverse a darme las gracias. Y aquí tiene la historia de cómo usted, tirando de la sogá, ha encontrado una marioneta viva en lugar de un borrico muerto.

—Yo me río de tu historia —gritó el comprador, sulfurado—. Lo único que sé es que me he gastado veinte perras para comprarte, y quiero que me devuelvan el dinero. ¿Sabes qué haré? Te devolveré al mercado, y te revenderé a peso de madera



curada para encender el hogar.

—Revéndame; me parece bien —dijo Pinocho.

Pero al decirlo pegó un buen salto y se metió en el agua. Y nadando alegremente y alejándose de la playa, le gritaba al pobre comprador:

—Adiós, patrón. Si necesita una piel para hacer un tambor, acuérdesse de mí.

Y se reía y seguía nadando; y pasado un rato, volviéndose, gritaba más fuerte aún:

—Adiós, patrón. Si le hace falta algo de madera curada para encender el hogar, acuérdesse de mí.

El hecho es que en un abrir y cerrar de ojos se había alejado tanto que ya casi no se le veía; vamos, que en la superficie se veía únicamente un puntito negro que de vez en cuando sacaba las piernas del agua para ejecutar cabriolas y saltos, como un delfín de buen humor.

Mientras Pinocho nadaba a la ventura, vio en medio del mar un escollo que parecía de mármol blanco, y en la cima del escollo a una hermosa Ovejita que balaba amorosamente y le hacía señas para que se acercara.

Lo más singular era esto: que la lana de la Ovejita, en lugar de ser blanca o negra, o de ambos colores como la de otras ovejas, en cambio era turquesa, pero de un color turquesa fulgurante que recordaba enormemente a los cabellos de la hermosa Niña.

¡Os dejo que decidáis vosotros si el corazón del pobre Pinocho se puso a palpar más fuerte! Redoblando sus fuerzas y su energía, se puso a nadar hacia el escollo blanco; y estaba ya a mitad del camino cuando salió del agua para venir a su encuentro una horrenda cabeza de monstruo marino con la boca abierta como una vorágine y tres hileras de colmillos que asustarían con solo verlas pintadas.

¿Y sabéis quién era aquel monstruo marino?

Aquel monstruo marino era ni más ni menos que el gigantesco Escualo que ya hemos recordado varias veces en este relato y al que, por sus estragos y su insaciable voracidad, apodaban el Atila de peces y pescadores.

Imaginad el espanto del pobre Pinocho ante la visión del monstruo. Trató de alejarle, de alterar su trayectoria, trató de escapar, pero aquella inmensa boca abierta seguía yendo a su encuentro con la velocidad de una flecha.

—¡Date prisa, Pinocho, por Dios! —gritaba balando la hermosa Ovejita.

Y Pinocho nadaba desesperadamente con brazos, piernas, pies y torso.

—¡Corre, Pinocho, que el monstruo se acerca!

Y Pinocho, haciendo acopio de fuerzas, se esforzaba todo lo que podía.

—¡Ojo, Pinocho! ¡Que te alcanza el monstruo! ¡Ahí está! ¡Míralo! ¡Date prisa, por Dios, o estás perdido!

Y Pinocho nadaba más deprisa que nunca, hala, venga, vamos, como una bala. Y estaba ya casi en el escollo, y la Ovejita se asomaba al mar y le tendía las patitas para ayudarle a salir del agua...

¡Pero ya era tarde! El monstruo le había alcanzado; el monstruo se bebió a la pobre marioneta como habría succionado un huevo de gallina; y lo engulló con tal

violencia y avidez que Pinocho, precipitándose al fondo del cuerpo del Escualo, se dio un golpe tan aparatoso que quedó alelado un cuarto de hora.

Cuando se recobró del susto, ni se figuraba en qué mundo estaba. A su alrededor no había más que una gran oscuridad, una oscuridad tan negra y profunda que le parecía como si hubiera penetrado en un tintero lleno. Se mantuvo a la escucha, y no oyó ruido alguno; solo de vez en cuando sentía en el rostro violentas rachas de viento. De entrada, no alcanzaba a entender de dónde salía aquel viento, pero entonces comprendió que brotaba de los pulmones del monstruo. Porque cabe saber que el Escualo sufría un asma terrible, y al respirar parecía que soprase la tramontana.

Al principio, Pinocho trató de envalentonarse; pero cuando contó con todas las pruebas de que efectivamente se hallaba en el interior de un monstruo marino, entonces empezó a llorar y a gritar, y llorando decía:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Oh, pobre de mí! ¿No vendrá nadie a salvarme?

—¿Quién quieres que te salve, desgraciado? —dijo entonces en la oscuridad una voz chillona de guitarra desafinada.

—¿Quién es el que habla así? —preguntó Pinocho, que se quedó helado del susto.

—Soy yo: soy un pobre Atún, devorado por el Escualo junto a ti. ¿Y tú qué pez eres?

—Yo no tengo nada que ver con los peces. Yo soy una marioneta.

—Entonces, si no eres un pez, ¿por qué te has hecho devorar por el monstruo?

—Yo no me he hecho devorar, ¡es él quien me ha devorado! ¿Y ahora qué vamos hacer así, a oscuras?

—Resignarnos, y esperar que el Escualo nos digiera a los dos.

—¡Pero yo no quiero que me digieran! —gritó Pinocho, que volvió a romper a llorar.

—Tampoco yo querría ser digerido —añadió el Atún—, pero soy bastante filósofo y me consuelo pensando que, cuando se nace atún, resulta más digno morir bajo el agua que bajo el aceite.

—¡Majaderías!

—La mía es una opinión —replicó el Atún—, y las opiniones, como suelen decir los atunes políticos, deben respetarse.

—Ya, pero lo que yo quiero es irme de aquí... Quiero escaparme.

—Escápate, si puedes.

—¿Es muy grande este Escualo que te ha devorado? —preguntó la marioneta.

—Figúrate que su cuerpo mide más de un kilómetro, sin contar la cola.

Mientras mantenían esta conversación a oscuras, a Pinocho le pareció ver una especie de claridad en lontananza.

—¿Qué será aquella lucecita tan lejana? —preguntó Pinocho.

—Será algún compañero nuestro de desventuras que espera como nosotros el momento de ser digerido.

—Quiero ir a su encuentro. ¿No podría darse que fuera un viejo pez capaz de

enseñarme el modo de huir?

—Te lo deseo de corazón, querida marioneta.

—Adiós, Atún.

—Adiós, marioneta, y buena suerte.

—¿Dónde volveremos a vernos?

—¿Quién sabe? ¡Mejor ni pensarlo!

*Pinocho reencuentra en el cuerpo del Escualo... ¿a quién? Leed este capítulo y lo sabréis*

En cuanto se despidió de su buen amigo Atún, Pinocho se movió a ciegas entre aquella inmensa oscuridad, y empezó a caminar a tientas dentro del cuerpo del Escualo, dirigiéndose paso a paso hacia aquella leve claridad que veía parpadear bien lejos.

Y al caminar sintió que sus pies se deslizaban a una charca de agua grasienta y resbaladiza, y el agua desprendía un olor tan penetrante a pescado frito que le pareció encontrarse en plena cuaresma.

Y cuanto más avanzaba, más luminosa y definida resultaba la claridad; hasta que, camina que caminarás, al final llegó, y una vez allí... ¿qué encontró? ¿A que no lo adivináis? Pues encontró una mesita puesta con una vela encendida metida en una botella de cristal verde, y sentado a la mesa a un viejecito todo blanco, como si fuera de nieve o de nata montada, que estaba allí mordisqueando unos pececitos vivos, pero tan vivos que por momentos, cuando se los comía, hasta le saltaban de la boca.

Ante aquella visión, el pobre Pinocho tuvo una alegría tan grande e inesperada que por poco no se sumió en el delirio. Quería reír, quería llorar, quería decir un montón de cosas, pero en cambio maullaba confusamente y balbucía medias palabras sin sentido. Por fin, logró soltar un aullido de alegría y, extendiendo los brazos y arrojándose al cuello del vejete, empezó a gritar:

—¡Oh, papaíto mío! ¡Por fin le encuentro! ¡De ahora en adelante no le abandono más, nunca más, nunca más!

—¿Así que mis ojos me cuentan la verdad? —replicó el vejete restregándose los ojos—. ¿Eres en verdad mi querido Pinocho?

—¡Sí, sí, soy yo de verdad! Y usted ya me ha perdonado, ¿no es cierto? ¡Oh, papaíto mío, qué bueno es! Y pensar que yo en cambio... ¡Oh, pero si supiera todas las desgracias que me han sobrevenido y todo lo que me ha salido del revés! Imagine que el día en que usted, pobre papaíto, al vender su zamarra, me compró el abecedario para ir a la escuela, yo me escapé a ver a las marionetas, y el marionetista me quería meter en el fuego para que le asara el cordero, que fue quien luego me dio cinco monedas de oro para que se las llevara a usted, pero me encontré a la Zorra y al Gato que me llevaron a la Posada de la Gamba Roja, donde comieron como lobos, y partiendo solo de noche me encontré con los asesinos que se pusieron a perseguirme, y yo salí por patas y ellos detrás, y yo para adelante y ellos detrás, y yo venga a correr, hasta que me colgaron de una rama del Roble Grande, de donde la hermosa Niña del pelo turquesa me mandó a recoger con una carrocita, y los médicos, después de visitarme, dijeron enseguida «Si no está muerto, señal de que sigue vivo», y

entonces se me escapó una mentira, y me empezó a crecer la nariz hasta que ya no pasaba por la puerta de casa, motivo por el que fui con la Zorra y el Gato a enterrar las cuatro monedas de oro, pues una la había gastado en la posada, y el Papagayo se puso a reír, y viceversa de las dos mil monedas no encontré una sola, por lo cual el Juez cuando supo que me habían robado, me hizo encarcelar enseguida, para dar una satisfacción a los ladrones, de donde, al marchar, vi un bonito racimo de uva en el campo, que me quedé preso en el cepo, y el campesino, con más razón que un santo, me puso un collar de perro para que le guardara el corral, que reconoció mi inocencia y me dejó ir, y la Serpiente, con la cola que humeaba, empezó a reír y se le partió una vena del pecho, de modo que regresé a la casa de hermosa Niña, que estaba muerta, y el Palomo, al ver que lloraba, me dijo «He visto a tu papá construyéndose una barquita para ir a buscarte», y yo le dije «¡Oh, si también yo tuviera alas!», y él me dijo «¿Quieres ir con tu papá?», y yo le dije «¡Ojalá! Pero ¿quién me lleva?», y él me dijo «Te llevo yo», y yo le dije «¿Cómo?», y él me dijo «Móntate en la grupa», y así volamos toda la noche, luego por la mañana todos los pescadores que miraban al mar me dijeron «Hay un pobre hombre en una barquita que está a punto de ahogarse», y yo de lejos le reconocí enseguida, porque tenía una corazonada y le hice señal de regresar a la playa.

—También yo te reconocí —dijo Geppetto—, y habría regresado a la playa de buena gana, pero ¿cómo? Había mar gruesa, y una oleada me volcó la barquita. Entonces un horrible Escualo que estaba allí cerca, tan pronto como me vio en el agua, corrió enseguida hacia mí y, sacando la lengua, me alcanzó y me devoró como un pastelillo.

—¿Y cuánto hace que está encerrado aquí dentro?

—Desde aquel día, ya llevaré dos años. Dos años, Pinocho mío, que me han parecido dos siglos.

—¿Y cómo ha conseguido salir adelante? ¿Y dónde ha encontrado la vela? Y las cerillas para encenderla, ¿quién se las dio?

—Ahora te lo contaré todo. Debes saber que aquella misma borrasca que volcó mi barquita mandó a pique un carguero mercante. Los marineros se salvaron todos, pero el carguero se hundió hasta el fondo y el Escualo que aquel día tenía un apetito excelente, después de devorarme a mí, se tragó también al carguero.

—¿Cómo? ¿De un bocado? —preguntó Pinocho, maravillado.

—De un bocado. Y solo escupió el palo mayor, porque se le había quedado entre los dientes como una espina. Para mi gran suerte, aquel carguero estaba repleto de latas de estaño con carne en conserva, galletas, esto es, pan tostado, botellas de vino, uvas pasas, queso, café, azúcar, velas y cajas de cerillas. Con toda esta gracia de Dios he podido tirar adelante dos años; pero hoy ya estoy en las últimas: en la despensa ya no queda nada, y la vela que ves encendida es la última que me queda.

—¿Y luego?

—Y luego, querido, nos quedaremos los dos a oscuras.

—Entonces, papaíto mío —dijo Pinocho—, no hay tiempo que perder. Hay que pensar enseguida en huir.

—¿En huir? ¿Cómo?

—Escapando por la boca del Escualo y lanzándose al mar nadando.

—Eres muy elocuente, pero yo, querido Pinocho, no sé nadar.

—¿Y qué importa? Usted se monta en los hombros y yo, que soy buen nadador, le llevaré sano y salvo hasta la playa.

—¡Ilusiones, hijo mío! —replicó Geppetto, sacudiendo la cabeza y sonriendo melancólicamente—. ¿Te parece posible que una marioneta de apenas un metro de alto, como tú, pueda tener la fuerza de llevarme a nado sobre los hombros?

—¡Pruébelo y lo verá! De todos modos, si está escrito en el cielo que debemos morir, tendremos al menos el gran consuelo de morir abrazados.

Y, sin decir más, Pinocho cogió la vela y, abriendo camino para iluminarlo, le dijo a su papá:

—Venga detrás de mí y no tenga miedo.

Y así caminaron un buen tramo, y atravesaron todo el cuerpo y todo el estómago del Escualo. Sin embargo, una vez llegados allí donde empezaba la enorme garganta del monstruo, pensaron en detenerse para echar una ojeada y aprovechar el momento oportuno para la fuga.

Bueno, cabe saber que el Escualo, como era muy viejo y padecía asma, así como palpitaciones, se veía obligado a dormir con la boca abierta; por lo que Pinocho, asomándose a la antesala de la garganta y mirando hacia arriba, pudo ver en el exterior de aquella inmensa boca abierta un buen pedazo de cielo estrellado y la bellísima luz de la luna.

—Este es el momento de escapar —bisbiseó entonces volviéndose hacia su papá—. El Escualo duerme como un lirón, el mar está tranquilo y hay una claridad casi diurna. Venga pues, papaíto, detrás de mí, y dentro de poco estaremos a salvo.

Dicho y hecho: subieron por la garganta del monstruo marino, y al llegar a la inmensa boca empezaron a caminar de puntillas sobre la lengua, una lengua tan extensa que parecía el sendero de un jardín. Y estaban casi a punto de dar el gran salto para lanzarse a nadar al mar cuando, en ese preciso momento, el Escualo estornudó, y al hacerlo pegó una sacudida tan violenta que Pinocho y Geppetto se vieron proyectados hacia atrás y arrojados de nuevo al fondo del estómago del monstruo.

Con el impacto de la caída, la vela se apagó, y padre e hijo quedaron a oscuras.

—¿Y ahora? —preguntó Pinocho, muy serio.

—Ahora, hijo mío, ya estamos perdidos.

—¿Por qué perdidos? Deme la mano, papaíto, y tenga cuidado de no resbalar.

—¿Adónde me llevas?

—Debemos intentar la fuga de nuevo.

Dicho lo cual, Pinocho tomó a su papá de la mano y, caminando nuevamente de

puntillas, remontaron juntos la garganta del monstruo, luego atravesaron toda la lengua y superaron las tres hileras de dientes. Antes de dar el gran salto, no obstante, la marioneta le dijo a su papá:

—Póngase a caballo sobre mis hombros y agárrese bien fuerte a mí. En lo demás ya pienso yo.

Tan pronto como Geppetto se hubo acomodado sobre los hombros de su hijo, Pinocho, muy seguro de su intención, se arrojó al agua y empezó a nadar. El mar estaba tranquilo como el aceite, la luna brillaba con todo su resplandor y el Escualo seguía durmiendo un sueño tan profundo que ni un cañonazo lo habría despertado.

*Por fin Pinocho deja de ser una marioneta y se convierte en un niño*

Mientras Pinocho nadaba raudo para alcanzar la playa se dio cuenta de que su papá, al que tenía montado a caballo sobre los hombros con las piernas sumergidas en el agua, temblaba a base de bien, como si se viera afligido por la fiebre terciana.

¿Temblaba de frío o de miedo? Quizá por una cosa y por la otra. Pero Pinocho, creyendo que aquel temblor se debía al miedo, le dijo para consolarlo:

—¡Ánimo, papá! En pocos minutos llegaremos a tierra y estaremos a salvo.

—Pero ¿dónde está esa bendita playa? —preguntó el vejete, inquietándose cada vez más y aguzando la vista como hacen los sastres cuando enhebran la aguja—. Aquí estoy yo, mirando por todas partes, y no veo más que cielo y mar.

—Pues yo veo también la playa —dijo la marioneta—. Para que lo sepa, yo soy como los gatos: veo mejor de noche que de día.

El pobre Pinocho fingía estar de buen humor, pero en cambio... en cambio, empezaba a desfallecer: le fallaban las fuerzas, la respiración se le hacía pesada y afanosa... vamos, que no podía más, y la playa seguía lejos.

Nadó mientras tuvo aliento para ello; luego se volvió hacia Geppetto, y dijo con voz entrecortada:

—¡Papá mío, ayúdeme, porque me muero!

Y padre e hijo estaban ya a punto de ahogarse cuando oyeron una voz chillona que dijo:

—¿Quién se muere?

—Yo y mi pobre papá.

—¡Yo reconozco esa voz! ¡Tú eres Pinocho!

—Justo, ¿y tú?

—Yo soy el Atún, tu compañero de cautiverio en la panza del Escualo.

—¿Y cómo has conseguido escapar?

—He seguido tu ejemplo: tú me iluminaste el camino, y luego escapé también yo.

—¡Atún mío, llegas justo a tiempo! Te ruego, por el amor que les tienes a los atuncitos, tus hijos: ayúdanos, o estamos perdidos.

—De buena gana y de todo corazón. Agarraos los dos a mi cola y dejaos llevar. En cuatro minutos os conduciré a la orilla.

Geppetto y Pinocho, como podéis imaginar, aceptaron inmediatamente la invitación; pero, en lugar de pegarse a la cola, juzgaron más conveniente sentarse directamente sobre el lomo del Atún.

—¿Pesamos demasiado? —preguntó Pinocho.

—¿Pesar? Para nada: es como llevar la concha de un par de moluscos —respondió el Atún, cuyo corpachón era tan grande y robusto que parecía una ternera



de dos años.

Llegados a la orilla, Pinocho fue el primero en saltar a tierra para ayudar a su papá a hacer lo propio; luego se volvió hacia el Atún y, con voz conmovida, le dijo:

—¡Amigo mío, tú le has salvado la vida a mi papá! No tengo palabras para agradecértelo. Permíteme al menos que te dé un beso como gesto de eterno reconocimiento.

El Atún sacó el morro del agua, y Pinocho, arrodillándose, le plantó el más cariñoso de los besos en la boca. Ante un gesto de tan viva y espontánea ternura, el pobre Atún, poco habituado, se sintió tan conmovido que, avergonzado porque le viesen llorando como un crío, volvió a introducir la cabeza bajo el agua y desapareció.

Mientras, se había hecho de día.

Entonces Pinocho, ofreciendo su brazo a Geppetto, al que apenas le quedaban fuerzas para tenerse en pie, le dijo:

—Apóyese en mi brazo, querido papaíto, y vámonos. Caminaremos bien despacito, como las hormiguitas, y cuando nos cansemos, reposaremos por el camino.

—¿Y adónde deberíamos ir? —preguntó Geppetto.

—A buscar una casa o una cabaña donde nos deparen la caridad de un mendrugo de pan y algo de paja para acostarnos.

Todavía no habían dado cien pasos cuando vieron sentados al margen del camino a dos perillanes, que estaban allí pidiendo limosna.

Eran el Gato y la Zorra, pero se veían irreconocibles. Figuraos que el Gato, a fuerza de fingir su ceguera, había acabado ciego de verdad; y la Zorra, envejecida y tiñosa, con el cuerpo lacerado, ni siquiera tenía cola. Así es: esa patética ladronzuela, caída en la miseria más supina, se vio obligada un día a vender incluso su bellísima cola a un chamarilero que la compró para hacerse un matamoscas.

—¡Oh, Pinocho! —gritó la Zorra, lloriqueando—: muestra algo de piedad hacia estos dos pobres enfermos.

—¡Enfermos! —repitió el Gato.

—¡Adiós, listillos! —respondió la marioneta—. Ya me engañasteis una vez, y no me la jugáis más.

—¡Créetelo, Pinocho, que hoy somos pobres y desgraciados de verdad!

—¡De verdad! —repitió el gato.

—Si sois pobres, os lo merecéis. Recordad el proverbio que dice: «Dinero robado no queda sembrado». ¡Adiós, listillos!

—¡Ten compasión de nosotros!

—¡De nosotros!

—¡Adiós, listillos! Recordad el proverbio que dice: «No vale dar gato por liebre».

—¡No nos abandones!

—¡... ones! —repitió el Gato.

—¡Adiós, listillos! Recordad el proverbio que dice: «A cada cerdo le llega su San

Martín».

Y diciendo así, Pinocho y Geppetto siguieron tranquilamente su camino; hasta que, recorridos otros cien pasos, vieron al final de un sendero en mitad del campo una bonita cabaña toda de paja y con el tejado de teja y ladrillo.

—Esa cabaña debe de estar habitada por alguien —dijo Pinocho—. Vayamos y llamemos.

Allá fueron y llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una vocecita desde dentro.

—Somos un pobre papá y su pobre hijito, sin pan ni refugio —respondió la marioneta.

—Dad la vuelta a la llave y la puerta se abrirá —dijo la misma vocecita.

Pinocho le dio la vuelta a la llave y la puerta se abrió. Una vez dentro, miraron por aquí y por allá, y no vieron a nadie.

—¿Y el amo de la cabaña dónde está? —dijo Pinocho asombrado.

—¡Estoy aquí arriba!

Padre e hijo se volvieron hacia el techo, y vieron encima de sus cabezas a un Grillo Parlante.

—¡Oh! Mi querido Grillito —dijo Pinocho saludando graciosamente.

—Ahora me llamas tu querido Grillito, ¿verdad? Pero ¿te acuerdas de cuándo, para echarme de tu casa, me arrojaste el mango de un martillo?

—¡Tienes razón, Grillito! Échame a mí también, arrójame el mango de un martillo, pero ten piedad de mi pobre papá.

—Tendré piedad del papá y también del hijito; pero he querido recordarte aquella grosería para enseñarte que en este mundo, cuando se puede, hay que mostrarse cortés con todos, si esperamos que nos honren con la misma delicadeza cuando lo necesitamos.

—Tienes razón, Grillito, tienes razón a paladas, y yo tendré presente la lección que me has dado. Pero ¿me cuentas cómo has conseguido comprarte esta hermosa cabaña?

—Esta cabaña me la regaló ayer una graciosa Ovejita cuya lana era de un bellísimo color turquesa.

—Y la Oveja ¿adónde ha ido? —preguntó Pinocho con viva curiosidad.

—No lo sé.

—¿Y cuándo regresará?

—No regresará jamás. Ayer partió muy afligida, y balando parecía decir: «Pobre Pinocho, ahora ya no volveré a verle: a estas alturas, el Escualo ya lo habrá devorado entero».

—¿Eso dijo? ¡Así que era ella! ¡Era ella! ¡Era mi querida Hadita! —empezó a gritar Pinocho, sollozando y llorando a lágrima viva.

Después de llorar a gusto, se secó los ojos y, tras preparar un buen lecho de paja, tendió en él al viejo Geppetto. Luego le preguntó al Grillo Parlante:

—Dime, Grillito: ¿dónde podría encontrar un vaso de leche para mi pobre papá?

—A tres campos de distancia de aquí está el agricultor Giangio, que tiene unas vacas. Ve allá y encontrarás la leche que buscas.

Pinocho se fue corriendo a casa del agricultor Giangio, pero este le dijo:

—¿Cuánta leche quieres?

—Quiero un vaso lleno.

—Un vaso cuesta una perra gorda. Empieza por pagarme.

—No tengo ni un céntimo —respondió Pinocho, mortificado y doliente.

—Mal, marioneta mía —replicó el agricultor—. Si tú no tienes ni un céntimo, yo no tengo ni una gota de leche.

—¡Paciencia! —dijo Pinocho, e hizo ademán de irse.

—Espera un poco —dijo Giangio—. Entre los dos podemos entendernos. ¿Quieres ponerte a darle vueltas a la noria?

—¿Qué es la noria?

—Es el artilugio de madera que sirve para subir agua de la cisterna para regar la huerta.

—Lo probaré.

—Pues súbeme cien cubos de agua y, como compensación, yo te regalaré un vaso de leche.

—Está bien.

Giangio condujo a la marioneta al huerto y le enseñó cómo hacer girar la noria. Pinocho se puso manos a la obra, pero antes de subir los cien cubos estaba empapado de sudor de la cabeza a los pies. Un cansancio de ese calibre no lo había soportado jamás.

—Hasta hoy era mi borrico el que hacía girar la noria —dijo el agricultor—, pero hoy la pobre bestia ya anda agonizando.

—¿Me lleva a verle?

—De buena gana.

Tan pronto como Pinocho entró en el establo, vio a un bonito borrico tendido sobre la paja, agotado por el hambre y el exceso de trabajo. Tras mirarlo fijamente, se dijo, turbado: «¡Y yo que a este borrico le conozco! ¡Su fisonomía no me resulta desconocida!».

E, inclinándose sobre él, le preguntó en dialecto asnal:

—¿Quién eres?

Ante la pregunta, el borrico abrió los ojos agonizantes y respondió balbuciendo en el mismo dialecto:

—Soy Lar... gui... ru... cho.

Y entonces volvió a cerrar los ojos y expiró.

—¡Oh, pobre Larguirucho! —dijo Pinocho a media voz; y, tras tomar un puñado de paja, se secó una lágrima que se le deslizaba rostro abajo.

—¿Te conmueves así por un asno que no te costó nada? —preguntó el agricultor

—. ¿Qué debería hacer yo que lo compré con dinero contante y sonante?

—Ya le cuento: era amigo mío.

—¿Amigo tuyo?

—Un compañero de escuela.

—¡¿Cómo?! —gritó Giangio, estallando en una risotada—. ¡¿Cómo?! ¿Tenías a un jumento como compañero de escuela? ¡Menudos estudios habrás seguido!

La marioneta, mortificada por aquellas palabras, no respondió; pero tomó su vaso de leche casi caliente y regresó a la cabaña.

Y desde aquel día en adelante siguió durante cinco meses levantándose todas las mañanas antes del alba, para ir a darle vueltas a la noria y ganarse de este modo aquel vaso de leche que tanto le convenía a la achacosa salud de su papá. Y no satisfecho con esto, con el tiempo, también aprendió a fabricar cestos y canastos de junco; y con el dinero que ganaba, proveía con gran juicio en todos los gastos diarios. Entre otras cosas, construyó un elegante carrito para sacar de paseo a su papá en los días apacibles y que le diera un poco el aire.

Además, pasaba las noches ejercitándose en la lectura y la escritura. En el pueblo de al lado había comprado por unos pocos céntimos un gran libro al que le faltaban la cubierta y el índice, y con él practicaba la lectura. En cuanto a escribir, recurría a una ramita afilada que utilizaba como pluma; y al no contar con tinta ni tintero, la entintaba en un frasquito de zumo de moras y cerezas.

El hecho es que, con esa buena voluntad de apañarse y de tirar adelante, no solo había conseguido mantener casi cómodamente a su progenitor siempre enfermizo, sino que además había podido reservar cuarenta ducados para comprarse un trajecito nuevo.

Una mañana le dijo a su padre:

—Voy al mercado a comprarme una chaquetilla, una gorrita y un par de zapatos. Cuando vuelva a casa —añadió riendo—, iré tan bien vestido que me tomará por un gran señor.

Una vez fuera de casa, se puso a correr muy alegre y contento, cuando de pronto oyó que le llamaban por su nombre y, al volverse, vio a un bonito Caracol que emergía de un seto.

—¿No me reconoces? —preguntó el Caracol.

—Me suena, pero...

—¿No te acuerdas de aquel Caracol que le hacía de asistente al Hada del pelo turquesa? ¿No recuerdas aquella vez que bajé para que te calentaras y te quedaste con un pie clavado en la puerta de casa?

—Me acuerdo de todo —gritó Pinocho—. Responde enseguida, Caracolillo simpático: ¿dónde has dejado a mi buena Hada? ¿En qué anda? ¿Me ha perdonado? ¿Sigue acordándose de mí? ¿Todavía me quiere? ¿Está muy lejos? ¿Podría ir a su encuentro?

Ante todas aquellas preguntas formuladas atropelladamente y sin resuello, el

Caracol respondió con su acostumbrada flema:

—Pinocho mío, la pobre Hada yace en un camastro del hospital.

—¿En el hospital?

—Lamentablemente. Mortificada por mil desgracias, ha enfermado gravemente y ya no tiene un mendrugo de pan que llevarse a la boca.

—¿De verdad? ¡Oh, qué gran dolor me produces! ¡Oh, pobre Hadita! ¡Pobre Hadita! Si tuviera un millón, correría a llevárselo. Pero no tengo más que cuarenta ducados. Míralos: estaba a punto de ir a comprarme un traje nuevo. Tómalos, Caracol, y se los llevas enseguida a mi buena Hada.

—¿Y tu traje nuevo?

—¿Qué más da el traje nuevo? Vendería incluso estos andrajos que llevo encima, para poder ayudarla. Venga, Caracol, date prisa, y dentro de dos días vuelve aquí, que espero poder darte algo más de dinero. Hasta hoy he trabajado para mantener a mi papá; desde hoy trabajaré cinco horas más para mantener también a mi buena mamá. Adiós, Caracol, te espero dentro de dos días.

El Caracol, contra su costumbre, empezó a correr como una lagartija a la solana de agosto.

Cuando Pinocho regresó a casa, su papá le preguntó:

—¿Y el traje nuevo?

—No encontré ninguno que me fuera bien. ¡Paciencia! Lo compraré en otra ocasión.

Aquella noche Pinocho, en lugar de velar hasta las diez, lo hizo hasta la medianoche; y en lugar de hacer ocho canastos de junco, hizo dieciséis.

Luego se fue a la cama y se durmió. Y, durmiendo, le pareció que veía en sueños al Hada hermosa y sonriente, que, después de darle un beso, le decía:

—¡Bravo, Pinocho! En virtud de tu buen corazón, yo te perdono todas las diabluras que has cometido hasta hoy. Los niños que asisten amorosamente a los padres en sus miserias y enfermedades merecen siempre grandes alabanzas y afecto, aunque no puedan ser distinguidos como modelos de obediencia y de buena conducta. Sé más juicioso en adelante, y serás feliz.

En aquel momento se acabó el sueño y Pinocho despertó con los ojos fuera de sus órbitas.

Y ahora imaginad su asombro cuando, al despertar, se dio cuenta de que ya no era una marioneta de madera, sino que se había convertido en un niño como los demás. Echó una ojeada en derredor y, en lugar de las paredes de paja de la cabaña, vio una bonita estancia amueblada y arreglada con una simplicidad casi elegante. Saltando de la cama, halló preparado un bonito vestuario todo nuevo, una gorra nueva y un par de botines de piel que le iban que ni pintados.

Tan pronto como se vistió le dio naturalmente por meter las manos en los bolsillos, y sacó un pequeño portamonedas de marfil en el que estaban escritas estas palabras: «El Hada del pelo turquesa restituye a su querido Pinocho los cuarenta

ducados y da mil gracias por su buen corazón». Tras abrir la cartera, en lugar de cuarenta ducados de cobre, brillaban allí cuarenta flamantes cequíes de oro.

Luego fue a mirarse al espejo y le pareció que era otra persona. Ya no vio reflejada la imagen habitual de la marioneta de madera, sino la imagen fresca e inteligente de un apuesto muchacho de pelo castaño, ojos celestes y un aire risueño y festivo como unas pascuas.

En medio de todas esas maravillas que se sucedían sin parar, Pinocho ya no sabía si estaba despierto de verdad o soñaba con los ojos abiertos.

—Y mi papá, ¿dónde está? —gritó de pronto.

Y entrando en la habitación contigua halló al viejo Geppetto sano, avisado y de buen humor como antaño; retomado su viejo oficio de carpintero, se encontraba justamente dibujando un precioso marco adornado con hojas, flores y cabecitas de diferentes animales.

—Sáqueme de dudas, papaíto: ¿cómo se explica todo este cambio repentino? —le preguntó Pinocho, colgándose de su cuello y cubriéndolo de besos.

—Este cambio imprevisto en nuestra casa es todo mérito tuyo —dijo Geppetto.

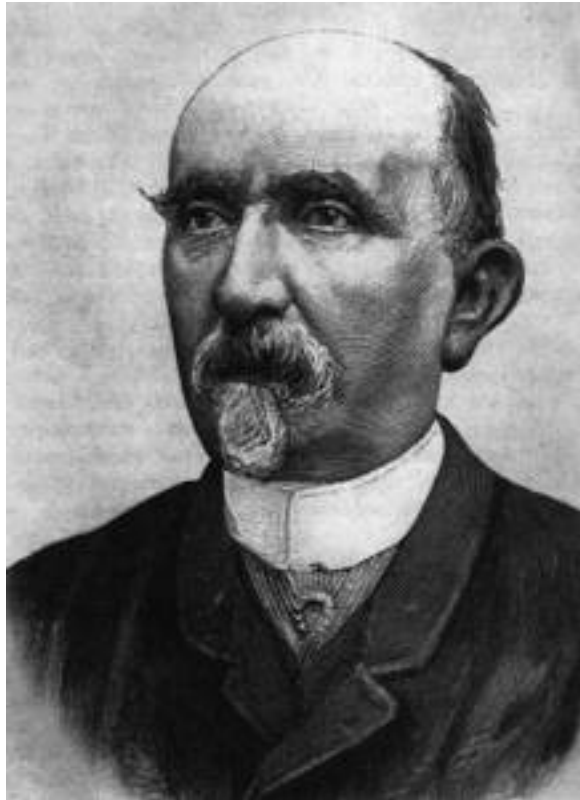
—¿Por qué mérito mío?

—Porque cuando los niños malos se vuelven buenos tienen la virtud de renovar y alegrar la vida de sus familias.

—Y el viejo Pinocho de madera, ¿dónde se habrá escondido?

—Ahí lo tienes —respondió Geppetto, señalando una gran marioneta apoyada en una sillita, con la cabeza ladeada, los brazos colgando y las piernas cruzadas y medio dobladas, que hasta parecía un milagro que se aguantara erguido.

Pinocho se volvió a mirarlo. Y después de mirarlo un poco, dijo para sí con gran satisfacción: «¡Qué gracioso era como marioneta! ¡Y qué contento estoy de haberme convertido en un buen muchacho!».



CARLO COLLODI (1826-1890), seudónimo de Carlo Lorenzini, nació en Florencia, donde sus padres eran sirvientes de una familia aristocrática. Sirvió como voluntario en el ejército toscano durante las guerras italianas de la Independencia de 1848 y 1859, fundó un semanario satírico, *Il Lampione*, y se hizo famoso en Italia como autor de cuentos y obras teatrales. En 1881 publicó, en *Il giornale per i bambini*, «Storia di un burattino», que apareció dos años más tarde con el título de *Las aventuras de Pinocho*. Collodi murió en 1890 sin saber el inmenso éxito que cosecharía su obra en todo el mundo.

# Notas



[1] *Scaramuccia*: literalmente, «escaramuza». Por otro lado, *scaramuccia* se refiere también a un tipo de la comedia del arte. (N. de la T.) <<

[2] En España apareció el texto por primera vez en 1912 de mano de la Editorial Saturnino Calleja de Madrid. No obstante, en 1900 ya corría por Florencia una traducción al español de Luis Bacci, que se acerca más al plagio que a la traducción por la casi total ausencia de referencias al autor original. *(N. de la T.)* <<

[3] *Jack tales*: literalmente, «cuentos de Jack». Jack es el personaje arquetípico que protagoniza los cuentos y leyendas ingleses tradicionales. (N. de la T.) <<

[4] Willard Gaylin, *Adam and Eve and Pinocchio: On Begin and Becoming Human*, Nueva York, Viking, 1990. <<